This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 300 009

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789
T114
mu

LUIS TABOADA

EL MUNDO FESTIVO

DIBUJOS
DE
ANGEL PONS
Y
FOTOGRABADOS DE PÁEZ

MADRID
A. DE SAN MARTIN
EDITOR
Puerta del Sol, núm. 6

EL MUNDO FESTIVO

ES PROPIEDAD.

ESTABLECIMIENTO TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, núm. 20

LUIS TABOADA

EL MUNDO FESTIVO

DIBUJOS DE PONS

FOTOGRABADOS DE PÁEZ

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN, EDITOR
Puerta del Sol, núm. 6

1894

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

REESE
Chemistry

PRESERVATION
COPY ADDED
DATE 2/92

AMADO LECTOR:

Aquí tiene V. otro libro que he fabricado en mis ratos de ocio, con el exclusivo objeto de distraerle á V. y alejar de su imaginación los males de la patria.

Mi buen amigo el Sr. San Martín, uno de los editores más inteligentes de España, y una de las personas más correctas del ramo de libros, se ha encargado de dar á luz esta mi nueva obra, que, como V. ve, aparece impresa con todo lujo é ilustrada por uno de nuestros primeros dibujantes.

Por ahora todo va bien: artículos amenos (¡alábate, pavo!), editor espléndido, dibujante habilísimo; no falta más que una insignificancia: que usted, amado lector, compre el libro, y que después de comprado le guste, con lo cual quedaría satisfecho y feliz su atento seguro servidor, q. b. s. m.,

LUIS TABOADA.

170362

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

EL DIVORCIO.

Cuando yo me vi con mi título de abogado en toda regla, pensé volverme loco de felicidad.

—No salgas á la calle con ese hongo—me decía mi madre.—Ponte el sombrero de copa, que ya eres abogado, y no está bien que te confundan con un transeunte cualquiera.

—Sí, Manolo—añadió mi padre.—Tienes que vestir como corresponde á tu nueva condición social. ¡Y nada de bromas en el café, ni de hacer

el amor á las modistas, ni de pararte en las columnas mingitorias! Cuando tengas un apuro, métete en un portal donde nadie te vea.....

El caso fué que toda mi familia me prodigaba enhorabuenas y me hacía objeto de sus elogios. Un hermano de mi madre me regaló una escribanía de plata figurando un besugo con el tintero en el vientre; otro de mis tíos me trajo un ejemplar del *Diccionario de Alcubilla*, encuadernado en tela verde con mis iniciales en el lomo, y una tía mía por parte de madre, me obsequió con un gorro turco, bordado con sedas de colores, y un limpiaplumas, que representaba un perrito, de paño negro, con los ojos de cristal y el hocico de lacre encarnado.

Pronto tuve un despacho magnífico, con mi mesa de roble imitando pinabete, mi librería repleta de volúmenes, y mi buen edredón de felpa para los pies.

Pero los pleitos.....

Los pleitos no parecían por ninguna parte.

—Aun no te conoce el país—me decía mi madre.—En cuanto sepa el público que has abierto bufete, ya verás cómo acuden los litigantes.

—No estaría de más—añadió mi padre—que te hicieses amigo de los periodistas para que pusieran un suelto, como cosa suya, diciendo que te habías establecido y que eras el ojo derecho del profesor.

Una mañana..... ¡cada vez que me acuerdo!..... una mañana entró en mi despacho la señora de Gatín, vestida de negro, con los ojos hinchados y la faz demudada por el dolor.

—Le necesito á usted—me dijo solemnemente.—Sólo usted puede salvarme.

—¿Qué ocurre?

—Quiero pedir el divorcio lo antes posible, y le nombro á usted mi abogado.

—Pero.....

—Mi esposo es un pillo, que me maltrata y me escarnece. Ayer por la noche estuvo comiendo chorizo asado y calamares en la viña P.

—¿Con una dama?

—No, señor, con tinta.

—Eso no tiene nada de particular.

—¿Cómo que no? Desde la viña se fué á la Zarzuela, y allí le han visto hablando en secreto con la madre de un traspunte. Cuando volvió á casa le pedí cuentas de su conducta, y él, por toda respuesta, me sumergió el rostro en la palangana para refrescarme. Estoy decidida á presentar la demanda de divorcio.

—Piénselo usted bien.....

No había medio de convencer á la señora de Gatín. Por otra parte, la idea de que iba á ejercer la honrada profesión lisonjeaba mi vanidad y me hacía el más feliz de los abogados.

Desde aquel instante comencé á estudiar el

asunto con todo detenimiento, y me pasaba las horas del día y parte de la noche consultando libros y hojeando leyes.

—Manolito—me decía mi madre, presentándose en mi despacho envuelta en un peinador que parecía una sobrepelliz,—te estás matando; métete en la cama, que vas á acabar con tu salud y con el petróleo.

—Déjame—contestaba yo.—Este es un negocio que va á darme celebridad y á abrirme las puertas del Supremo.

Todos los días se presentaba en mi despacho la señora de Gatín para saber cómo iba su asunto y para contarme horrores de su marido.

—Anoche vino á la una—decía sollozando—y lo primero que hizo fué darme en la cabeza con un salchichón que había comprado para convidar á la criada. Tienen relaciones; no me cabe duda.

A fuerza de amontonar datos y fundamentos legales, adquirí la convicción de que era cosa fácil conseguir el divorcio, y esta esperanza me henchía de orgullo.

—¡Qué suerte la mía!—exclamaba en el colmo de la felicidad.—¡Voy á inaugurar mis tareas jurídicas ganando un pleito ruidoso!

—¿Cómo va eso?—me preguntaba mi padre con cierta vanidad de autor satisfecho.

—No puede ir mejor. He reunido todos los datos que necesitaba para conseguir el divorcio.

—¿Y el marido?

—El marido continúa maltratando á la infeliz cónyuge por todos los medios conocidos: hoy la

pega con un salchicón; al día siguiente abraza á la criada en su presencia; al otro pretende envenenarla con polvos de Segovia.....

—¡Qué horror!

—Ella está anhelando el momento de la separación, y no desiste de su empeño por nada del mundo.

Cuando todo marchaba á pedír de boca; cuando íbamos á entrar en el período de prueba y yo me disponía á recibir los plácemes del mundo entero, fuí á casa de mi defendida para ultimar ciertos informes de última hora.

Llegué á su domicilio; pregunté á la criada por la señora, y fuí conducido al gabinete.....

¡Oh, sorpresa! Allí, sentado en un sofá, estaba el esposo infiel, el verdugo doméstico, el hombre impuro. Sobre sus rodillas jugueteaba una mujer.

—¿Me quieres, chichito?—preguntaba ella.

—Ya lo sabes, chichita—contestaba él.

De pronto ella, al sentir ruido, volvió la cabeza súbitamente, y entonces pude verla el rostro.....

¡Aquel rostro era el de la señora de Gatín!

LOS QUE PINTAN.

Las Exposiciones del Círculo de Bellas Artes han desarrollado la afición artística en mucha gente, y hoy se dedican á la pintura una porción de sujetos que antes vivían entregados á la industria del sebo, ó á la construcción de jaulas, ó á la limpieza de guantes sin olor.

Nada estimula tanto como las lisonjas tributadas á nuestro prójimo, y al ver que la prensa hacía grandes elogios de un cuadro de género, ó daba la enhorabuena al autor de un paisaje nevado, ó ensalzaba las felices disposiciones de una señorita

pictórica, pero fea, se han lanzado al mundo artístico gran número de vecinos más ó menos cabezas de familia, y hay cada aficionado por ahí que parte los corazones.

Hay quien revela desde chiquitín aptitudes extraordinarias para la pintura, y en este caso está perfectamente justificada la manía de enseñarle el dibujo y dejarle crecer el pelo; pero lo que no se comprende es que un administrador de loterías cesante, ó un boticario viudo con cinco de familia, ó un cirujano menor picado de viruelas, se dediquen á la pintura con ahinco y anden por ahí metiéndonos por los ojos las obras de su pincel.

—¡Hombre! Ahora que está usted aquí, voy á enseñarle un cuadrito que he pintado.

—Pero, ¿usted pinta?

—Sí, señor, pinto desde que tenía cinco años y medio. Vea usted.

—¡Caramba! Está muy bien esa cesta de salmonetes.

—No es cesta.

—¿No?

—Es la Samaritana en la fuente dando de beber á Nuestro Señor Jesucristo.

—Pues mire usted, yo había confundido á la Samaritana con un besugo.

El afán de la pintura ha perjudicado á muchas personas que pensaban dedicarse al comercio de granos ó á la industria del corcho, y hoy viven

entre pinceles y tubos de color, con los dedos teñidos y la nariz hecha una lástima.

Porque á lo mejor están pintando, les pica la cara, y como suelen tener una imaginación vehemente, se rascan sin querer y salen á la calle con un chafarrinón en las narices.

—¿Tiene usted ahí un chírlo, ó es chocolate seco?—se les pregunta.

Y ellos contestan:

—Puede que sea azul de Prusia ó bermellón. Mientras pinto, no sé lo que hago, y muchas veces voy á pintarle las venas á una figura y me las pinto á mí mismo, sin querer.

—¿Y qué hace usted ahora? ¿Algún paisaje?

—No, señor; yo me dedico á la figura. Estoy haciendo un cuadro de costumbres romanas; pero como pinto de afición, no tengo estudio ni pago modelos y me valgo de las personas de la familia. Mi cuñada, como es frescota, me ha servido de modelo para la figura de Agripina. La pongo recostada sobre una cómoda de aquel tiempo, hablando con mi suegro, que es Nerón. ¿No conoce usted á mi suegro?..... Sí, hombre; uno alto, con toda la barba, que iba mucho á casa de las de Mínguez y hacía el gallo divinamente.

—No recuerdo.

—Sí, hombre; uno que tiene una cicatriz en este ojo, de cuando el cantón de Cartagena, que era Ministro de Gracia y Justicia y sastre de la

tropa. Pues bien, en primer término pongo á Nerón y á su madre, y detrás á Serpa.

—¿Pinto?

—He querido decir Sergio, que era un alguacil romano y entraba en casa de Nerón como una persona de la familia, según dice la historia. Viene á ofrecer al Emperador las cabezas de dos niños; pero como yo no tengo sucesión, he tenido que valerme de los hijos de la portera, uno rubio y otro moreno claro.

—No sabía que se dedicase usted á la pintura.

—Sí, hombre. Ya desde pequeño revelaba muy buenas disposiciones; y cuando estuve empleado en la diputación pinté una corrida de toros, que gustó bastante y me la expusieron en una salchichería de la calle de Postas. Luego me casé y ya no pude seguir, porque no sé si usted sabe que mi mujer se me volvió loca.

—¿De rabia?

—No, de una caída. Se cayó encima del brasero, y desde entonces la tenemos en un cuarto, con la cabeza metida en una funda de bayeta, porque no quiere ver la luz ni saber siquiera que existo yo. La última vez que nos vimos la quise retratar, y comenzó á echar espuma por la boca y á llamarme pintamonas..... Á mí la pintura me ha proporcionado muchos disgustos; una vez me metí una brocha llena de carmín por este ojo; otra vez me envenené con la vejiga del azul, porque

estaba distraído, y creí que la vejiga era un puro que me había regalado mi suegro..... El día menos pensado sabe usted que me ha ocurrido alguna desgracia gorda, porque está de Dios que la pintura va á ser mi muerte; pero yo no la dejo.

Como éste, hay muchos que viven entregados al arte con alma y vida, y una de dos: ó mueren de un cólico producido por el blanco de plomo, ó presentan un cuadrito en cualquiera Exposición.....

Que es, si cabe, mayor desgracia que la otra.

COSAS DE LOS GENIOS.

Cada cual tiene sus rarezas y sus preocupaciones.

Todos los hombres grandes se han distinguido por sus extravagancias. Rousseau escribía sus famosas obras en cueros vivos, según asegura uno de sus biógrafos. Betthoven, antes de sentarse al piano, se colocaba las zapatillas en la cabeza, á guisa de prendido de señora; y cuentan que Mo-

zart compuso su famosa *Misa de Requiem* con los pies metidos en una sombrerera.

En algo se han de conocer los seres superiores de los que no lo somos.

Yo escribo sentado, como cualquier oficial de Ayuntamiento, y lo más que hago es rascarme el cogote cuando no acuden las ideas; algunas veces me muerdo el dedo gordo de la mano izquierda; otras veces me pellizco la ternilla de la nariz con unas pinzas que he comprado con este propósito, porque observo que estos pellizcos estimulan la inteligencia; y de aquí la costumbre que tienen los estudiantes del Instituto de meterse los dedos por las ventanas de la nariz, cuando no saben la lección.

Los genios, ya sean masculinos ó femeninos, se diferencian de nosotros en que escriben de un modo particular; unos se colocan de bruces sobre la mesa, otros se tienden en el suelo, otros echan las patas por alto; todo menos sentarse á escribir como Dios manda.

Una poetisa de mi pueblo, casada con un tratante en leñas, no puede componer sus preciosos versos sin ponerse antes un chaleco de Bayona perteneciente á su esposo.

Cierto joven, también poético, que está en Madrid desde 1887 siguiendo la carrera de sobrestante de Obras públicas, escribe sobre un baúl y se sienta en un acordeón, porque dice que de

este modo encuentra más pronto los consonantes.

Yo tuve un vecino que era autor dramático de altos vuelos y se ponía á escribir sobre lo primero que encontraba. En cierta ocasión le sorprendí versificando sobre un sacerdote que había ido á hacerle una visita.

—No se enfade usted—le dijo el poeta—pero yo tengo caprichos muy raros.

—Sí—añadió la esposa del aludido—todos los hombres de genio son muy extravagantes, y alguna consideración hay que tener con ellos.

—¿De qué se trata?—preguntó el recién llegado.

—De hacer un par de redondillas encima de usted. Présteme usted el abdomen por cinco minutos.

Y se puso á versificar sobre el vientre de aquel santo varón, que no mostró la menor resistencia, porque es hombre que acata los privilegios del genio y respeta los caprichos de los seres superiores.

Hay un músico muy famoso que no puede componer una mala habanera si no llama antes á su esposa y le da dos ó tres puñetazos en un vacío.

—¡Caramba!—dice ella.—Ya me voy yo cansando.

Y contesta él, con la mayor dulzura:

—No seas tonta, mujer. Ya sabes que si no me desahogo, no me salen las melodías.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¿Cuál es el hombre de talento que no tiene caprichos raros?

Un orador elocuente á quien todos hemos aplaudido, prepara sus discursos cerrando los ojos y apoyando la cabeza en la mesilla de noche. En esta posición permanece dos ó tres horas, hasta que viene la criada y le rocía el rostro con agua de Colonia. Entonces él se yergue y rompe á hablar con la mayor elocuencia; para que se calle, es preciso cubrirle la cabeza con un mantón ó taparle el rostro con una cesta.

Cuentan de un crítico de teatros que se pone un refajo de muletón siempre que escribe, y algunas veces coge una zapatilla y se la guarda en el pecho; otras veces se sube al vasar de la despensa, y desde allí dicta sus famosos artículos á un escribiente, á quien obliga á escribir disfrazado de moro.

Yo tuve un compañero de redacción que se comía los mangos de las plumas mientras aderezaba los artículos de fondo; y había otro redactor que se llevaba los gabanes de los compañeros para empeñarlos inmediatamente.

—¡Es un vicio horrible! ¡Es una acción vituperable!—decíamos todos; y contestaba el director del periódico, que era además tío del interesado:

—Lo juzgan ustedes con demasiada severidad. No es que se lleve los gabanes por lo que puedan

valer; es que si no roba cualquier cosilla, no puede escribir los artículos. Lo mismo era su padre, que esté en gloria, sólo que aquél se llevó un día los fondos de la administración y le mandaron á presidio, porque el juez no se hizo cargo de que aquel hombre no era un ladrón vulgar, sino un genio periodístico, sujeto á las extravagancias propias de los seres superiores.

PERSONAS COMUNICATIVAS.

Va á haber cambio de Gobernadores, según anuncian los periódicos.

Algún sujeto feliz, que hoy ejerce la autoridad en una provincia, y no deja el bastón de borlas más que para abrocharse los pantalones ó para

teñirse las patillas, tendrá que renunciar á los esplendores del poder, y pronto hemos de verle por aquí, en clase de «majestad caída», echando pestes contra el Ministerio.

Desde que el Gobierno ha iniciado la necesidad de hacer nuevos nombramientos, no tienen instante de reposo varios jóvenes de la mayoría, aspirantes al bastón supradicho.

¡Ser Gobernador civil! ¡Qué felicidad tan grande!

Hay alguno que cuenta con poderosas relaciones, y está seguro de la victoria. No hay más que fijarse en la expresión de júbilo que brilla en su rostro.

Ayer le vimos en la cervecería inglesa comiendo jamón en dulce y bebiendo Jerez pálido.

—Mozo, ahora traeme un palillo y después un café con copa—decía reclinándose muellemente en el diván.

—¡Caramba, D. Atilano! ¡Cuántas cosas toma usted hoy!—replicaba el camarero.

—Sí, Higinio; hay días felices. Mira, no le cobres á aquel chico, periodista ministerial, que está bebiendo aguardiente junto al mostrador.

—Pero ¿le ha tocado á usted la lotería?

—¡Quiá! Van á hacerme Gobernador un día de éstos.

—¡Anda, anda! ¡Qué contenta se va á poner su patrona de usted!

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

—¡Naturalmente! Ya sabe ella que en cuanto me coloque, la meto en el modelo.

—¡Cómo! ¿La va usted á prender?

—Al contrario; voy á darle un destino de celadora, para que no tenga que pelear con los huéspedes. La pobre es digna de mejor suerte, y á mí me ha tomado mucho cariño. Aun el otro día me echó unos cuchillos en el pantalón negro; y como sabe que me gusta variar de comida, siempre está cambiando el sistema de las albóndigas. Unos días me las pone secas, otros con salsa, y así sucesivamente..... Oye, ¿tenéis aquí langostinos?

—No, señor.

—¡Qué lástima! Hoy me siento capaz de comprarte media docena y de comérmela toda. Yo no conocía estas emociones del poder civil. ¡Qué placer! ¡Sentirse uno Gobernador de la noche á la mañana!.....

—Pero ¿tiene usted seguro el nombramiento?

—Hombre, casi es seguro. Figúrate que uno de los actuales Ministros estuvo tomando los baños de Paracuellos con una tía mía; es decir, él los tomaba en una bañera y mi tía en otra; pero han sido compañeros de aguas, y yo me he valido de esta circunstancia para visitarle. De modo que siempre que estaba malo iba á preguntar por su salud, y un día le regalé dos sinapismos Rigolot. El hombre, agradecido, acaba de decirme que quiere darme una prueba de afecto, y á mí no hay

quien me quite de la cabeza que lo que me va á dar es un Gobierno civil.

—Puede.

—Porque hace lo menos diez meses que soy diputado; además, siempre me he distinguido por mi amor á la disciplina, y antes de que me lo pregunten, ya estoy diciendo «sí» con la cabeza, en las votaciones.

Hay quien no puede reprimir la alegría, y hace confidente suyo al primero que encuentra, como le sucede á Regúlez, que se ha salvado de la catástrofe en el último arreglo de Ultramar, y entra en la peluquería diciendo:

—¡Hola, señores! ¿Hay novedades por aquí? ¿No? Me alegro. Pues yo continúo como antes.

—Sí, ya vemos que no se le ha quitado á usted la erupción de la cara—contesta uno de los oficiales.

—No hablo de eso, sino de mi destino. ¡Y cuidado si ha habido sangre! De los de 12, sólo hemos quedado vivos cuarenta y dos. ¡Con decir á ustedes que hasta han dejado cesante á Nalguilla!

—¿Quién es Nalguilla?

—Uno que llevaba veintinueve años en el Ministerio, día por día, y le respetaban todos los Ministros, por lo buen padre que era. Cuando tenía algún chico malo, nos lo traía á la oficina y lo acostaba en un rincón sobre los expedientes,

para estar al cuidado de la criatura y poderle dar las medicinas á su hora. Era hombre que no se ocupaba nunca de su familia, y el último hijo que tuvo, lo dió á luz su señora en nuestro Negociado, asistida por mí y por un escribiente.

—¿Y cómo le han respetado á usted?

—Porque he sabido buscármelas. En cuanto supe que el Ministro iba á hacer economías, le escribí unos versos en andaluz, aludiendo al cultivo de la remolacha, que es una de sus debilidades, y el hombre me mandó llamar para conocerme. Entonces yo le dije que no me dejara cesante, porque tendría que irme á vivir con mi cuñada, y esto sería horrible.

Es una mujer atroz, y cuando vivía en su casa, cuando yo no era empleado aún, me tasaba los alimentos, y un día que me comí por equivocación un panecillo suyo, me echó por las escaleras, y tuve que recurrir al Alcalde de barrio para que me devolviese la ropa.

Las personas comunicativas no tienen inconveniente en abrir su pecho delante de todo el mundo, y á lo mejor vamos á la peluquería y nos enteramos, sin querer, de lo que no nos importa.

A casa de Almeida, donde yo me afeito, acude un señor venerable, que entabla conversación con el mancebo mientras éste le sirve, y ayer le decía en alta voz:

—Pues sí. Ayer tuve un disgusto muy grande

con mi esposa, y lo probable será que nos separemos. No me he separado ya, porque quiero llevarla á que vea *Don Álvaro*, que no lo conoce; pero en seguida la mando con sus padres.

—¿Tiene mal carácter?

—No; tiene un capitán de húsares.

VENTAJAS DE LOS TOROS.

La afición á los toros es compatible con todas las demás aficiones de la vida.

Se puede ser admirador de Kant y de Lagartijo; de Rossini y del Espartero; de Echegaray y del Ostión.

Hay individuo de la juventud católica á quien

vemos hoy agarrado á una vela, junto al altar mayor, con los ojos humedecidos por el llanto, y la nariz amoratada por la influencia de una fuerte fluxión religiosa, y al día siguiente le encontramos en el tendido, con americana clara y sombrero cordobés, dirigiendo piropos á las chicas y «echando pecados» cada vez que un picador coloca una vara fuera de su sitio.

Bien dicen que la afición á los toros se sobrepone á todos los demás grandes sacudimientos del espíritu.

—Mire usted—nos decía un chico, tiple religioso, que usa bonete para andar por casa y viene á salir por cuarenta y cinco Padrenuestros un día con otro.—Á mí las cosas del culto me enamoran, y cuando oigo hablar, por ejemplo, del martirio de San Bartolomé, lo siento como si fuese cosa mía; pero sale el primer toro y se me quita la pena completamente.

—¿De manera que cuando está usted en los toros se olvida de San Bartolomé?

—Sí, señor; por mí ya pueden hacerlo picadillo.

Las empresas lo hacen cada vez peor; muchos aficionados quieren dejar el abono, y ha llegado á creerse por algunos que la próxima temporada va á ser inaguantable y triste, como una poesía de *La Ilustración Española y Americana.*

¡Crasísimo error! La afición no desaparece, y

ya van siendo muchos los papás que llevan á los toros á sus pequeñuelos para que se vayan soltando en las palabrotas, y sepan distinguir mañana una verónica de un quite.

A nuestro lado suele sentarse un niño con ojos de besugo, que vocea como el más inteligente aficionado, y á quien dice el papá á cada momento:

—Fíjate bien en las suertes, Secundinito, para hacerlas después en casa. Anda, dile cuatro frescas á ese picador y tírale esa naranjita, á ver si le das en los morros.

Y el muchacho se pone á gritar como un becerro, con gran satisfacción del padre, que se dirige á sus compañeros de tendido para decirles:

—Es una criatura muy lista, como ustedes ven. Yo le traigo aquí para que vaya adquiriendo conocimientos taurinos y no sea un *iznorante* el día de mañana, porque el hombre que no entiende de toros, créame usted á mí, no es persona *dizna*.

Sería muy conveniente que todos los padres de familia imitasen el ejemplo de éste, á fin de ir fortaleciendo á la generación futura. Nada vigoriza tanto á un individuo como el espectáculo de los toros. Entra usted en la plaza siendo persona pacífica, con mucho amor al prójimo y mucho deseo de que haya paz entre los hombres, porque casi todos somos hermanos, según dicen por ahí;

pero no hace más que salir el primer toro, y ya está usted en disposición de pegarse con cualquiera y de ver imperturbable la destrucción del género humano.

La lucha del picador con el bruto nos enardece la sangre.

—Vaya usted al toro, ¡so morral! — grita usted furioso.—Acérquese usted al bicho, que está deseando coger. ¿Para cuándo son las multas, señor Presidente?

—¡Es un escándalo!—agrega otro espectador iracundo.—¡Un toro tan hermoso y lo están dejando enfriar! ¡Si el toro tuviese las intenciones que tengo en este momento!.....

—Valiente cornada le daba yo á ese pillo.

—Y le estaría muy bien empleada, porque eso no es picar. Déjese usted coger, ¡so granuja!

—¡A la cárcel ese hombre!

—¡Pillo, tumbón, borracho! ¡Que no te reventara!.....

En éstas y otras manifestaciones del espíritu público se patentiza la conveniencia del espectáculo nacional. Yo, á fuerza de ver toros, he adquirido un vigor de que antes carecía. Antes me pisaban en un callo chiquitín que tengo en el dedo meñique del pie izquierdo, y lo más que hacía era rascármelo silenciosamente; ahora entro en el tendido, y en cuanto me tropieza un acomodador con la gorra, ó me molesta con las rodi-

llas el espectador de retaguardia, ya estoy «echando juramentos» y queriendo andar á cachetes con todo el mundo.

Y lo que me sucede á mí le sucede á un amigo mío, que ha estado siete años y medio soportando los caprichos de su padre político y siendo su esclavo fiel. Hoy le hacía limpiar el gabán; al día siguiente le mandaba por pitillos; al otro le obligaba á leerle *La Correspondencia*, hasta que mi amigo tomó un abono de tabloncillo de grada, y poco á poco fué adquiriendo fiereza de carácter y espíritu de rebelión, y un día llegó á su casa de vuelta de la corrida, y porque el suegro le llamó «perdido», ¡pum!, le rompió un paraguas en la cabeza.

Ya ven ustedes cómo las corridas de toros sirven para algo.

CORRESPONSALES.

Los periódicos llamados *serios* se ven y se desean para encontrar asuntos con que distraer á los lectores durante el verano.

No hay personajes políticos con quien conferenciar, ni sale por ahí ningún asesino célebre, ni se hunde ningún edificio, ni se arroja por el balcón ninguna señorita perteneciente á la aristocracia.

Los redactores de los periódicos se van á las playas y desde allí nos dan cuenta de todo lo que ocurre á orillas del impetuoso mar. Por ellos sabemos que la condesa de la Lombarda unirá en

breve su suerte á la del distinguido joven Pepito Cerilla, primogénito de los marqueses de la Coliflor, y que la señora de Zarramplín y sus bellas hijas continúan en Biarritz tomando baños de ola. Lo que no dicen es que le han pedido prestados catorce duros á un bañero, y que la más pequeña de las niñas está en relaciones con el hijo de un fondista para ver si pueden salir de allí sin pagar el hospedaje.

Hay cartas interesantísimas en las que los corresponsales describen las fiestas celebradas en tal ó cual población, y hablan de los discursos pronunciados por un presidente de juegos florales, tartamudo de nacimiento, aunque elocuente y bien parecido.

Los corresponsales se ven agasajados por la colonia de bañistas, y aun por los naturales del país donde aquéllos residen temporalmente, y claro está que son invitados á todas las fiestas y recibidos en todos los salones. No falta algún capitalista local que les convida á comer para que se fijen en la vajilla y puedan decir en el periódico que el anfitrión tiene muy bien puesta la casa y que la señora es muy distinguida, y que les han puesto dos principios, uno de carne y otro de pescado frito.

Durante la comida, el dueño de la casa se permite decir al corresponal:

—No crea usted que hemos hecho nada extra-

ordinario para festejarle; no, señor. En esta casa comemos siempre lo mismo: sopa, cocido abundante y dos platos fuertes. Yo soy el diputado provincial que come mejor en este distrito. Si usted quiere decirlo en su periódico, se lo agradaceré en el alma.

—Con muchísimo gusto.

—Luego le enseñaré el jardín y toda la ropa blanca que tenemos, para que vea usted lo bien que estamos, gracias á Dios.

La señora suele meter baza en la conversación, añadiendo:

—A mí todos los vestidos me los hace una modista de Palencia que tiene mucho gusto, porque está casada con un ventrílocuo francés.

—Yo—agrega el esposo—no le he pedido nada á Villaverde, á pesar de mi filiación conservadora; pero ahora deseo que me hagan conde de Casa Fernández-Rodríguez, aunque no sea más que para darle en cara al farmacéutico de la plaza, que es mi enemigo político. A él le hicieron especialista de cámara, porque inventó un ungüento para evitar los eruptos, y desde que tiene el diploma nos desprecia á todos. Convendría que hablase usted en su periódico de la sillería de la sala, para que viese el Gobierno que no hacía nada de más nombrándome conde.

El caso es que los corresponsales lo pasan perfectamente, y alguno conocemos que está en re-

laciones amorosas con la hija de un alcalde. Éste ve la cosa con buenos ojos, porque espera obtener un bombo cuando pronuncie un discurso con motivo de la inauguración de una fuente.

—Chivalete—dice el alcalde á su futuro yerno. —Hágase usted la cuenta de que está usted en su casa. Si quiere usted dormir la siesta, ó lavarse los pies ó limpiarse las botas, no tenga usted reparo alguno. A usted le tratamos como si fuera de la familia.

—Tantas gracias, D. Urbano.

—No le digo que se venga á vivir aquí, porque en este pueblo hay muy malas lenguas; pero puede usted dormir en casa de mi cuñada, que ya no es lo mismo.

El corresponsal ha aceptado la invitación y le sale la vida por una friolera.

Los personajes políticos que hoy se bañan en agua sulfurosa están deseando que se les acerque algún corresponsal de Madrid para celebrar conferencias y verse en letras de molde. En cuanto saben que Mengano es corresponsal, se le acercan con cierto disimulo y empiezan por decirle en tono cariñosísimo:

—¿Conque es usted periodista?

—Sí, señor, corresponsal de *El Lenguado Dinástico*.

—¡Ah, sí; buen periódico! ¿Y no piensa usted decir nada de las bellezas de este país?

—Sí, señor; ya he descrito la flora y la fauna de la provincia.

—Perfectamente. Ahora lo que debe usted hacer es ocuparse en la importantísima cuestión de nuestros vinos. El país desea conocer la opinión de los hombres públicos sobre el asunto. ¿Sabe usted quién soy yo?

—Sí, señor. ¿Usted no es uno que tocaba la flauta en Apolo?

—¡Quiá! Yo soy Clarete, senador vitalicio y primo segundo de Becerra.

—Usted dispense; pero como tiene usted ese grano negro junto á la nariz, le había confundido con el de la flauta, que tiene otro grano igual.

—Mucho me choca; porque de esta clase sólo hay dos granos en España: el mío y el de un diputado provincial de Orense..... Ahora bien; si desea usted conocer mi opinión acerca de nuestros vinos en el extranjero, diré á usted que hay que rebajar las tarifas.....

El corresponsal suele caer en la red y toma notas para escribir una correspondencia expresando las opiniones de Clarete, que, dicho sea entre paréntesis, maldito lo que nos interesan.

Pero Clarete consigue que el periódico madrileño dé á los vientos de la publicidad sus ideas, y se queda tan contento, no sin decir al corresponsal, por vía de contera:

—Yo, aunque me esté mal el decirlo, tengo

dotes para desempeñar la cartera de Hacienda, porque he estudiado á fondo nuestros cereales y nuestros caldos, y además me he criado con Cos-Gayón, como quien dice, porque una tía suya y una mía eran viudas y tenían un gato para las dos..... El día que yo sea ministro le hago á usted intendente de Cuba.....

En fin, no hay cosa mejor que ser corresponsal, digan lo que quieran sus detractores.

SIC VOS NON VOBIS.

EN LA CAMA.

¡Qué hermosa estaba! No puedo oir cantar á esa mujer sin sentir un frío suave, que me sube por la columna vertebral. Envidio la suerte de los coristas, que pueden contemplarla de cerca. ¡Si yo fuese amigo del director..... ¿Cómo haría yo para poder penetrar entre bastidores? Mañana me decido; sí, sobornaré al portero del escenario. ¡Ay, Paquita! ¿Por qué te he conocido? ¿Habrá fijado sus ojos en mí? ¿Sabrá que estoy ardiendo

de amor? Todas las noches tomo mi butaquita de orquesta y clavo en Paca mis gemelos «amantes», como diciéndola: «La amo á usted, sí, señora; á usted sola en el mundo.» ¡Lástima que tenga aquel diente de arriba tan amarillento! ¿Por qué tendrá tan amarillento aquel diente de arriba?..... El sueño comienza á dominarme..... Voy á dormir pensando en mi Paca, en la tiple más graciosa de cuantas han pisado el templo de Talía. ¿Se dice «templo de Talía?» No, «el templo de Melpómene.....» Tampoco, Melpómene era una griega casada con un tipógrafo..... Con estas cosas de la Mitología me hago un lío muy grande. Pero ¿qué más da? ¿Va á desairarme Paca porque yo no sepa quién es Melpómene? ¡Caramba! ¡Qué dolor más extraño siento esta noche! ¿Se me habrá indigestado el chico de limón? Desde que amo á Paca no hago más que beber cosas frías, porque noto que me abraso interiormente..... Mañana, sí; mañana entro en el escenario, aunque tenga que pasar por encima del cadáver del portero..... (*Se queda dormido.*)

EN LA PUERTA DEL ESCENARIO.

¿Que á dónde voy? Pues á ver á un sobrino del empresario. ¿Que cómo se llama? No lo recuerdo; hemos sido como hermanos, pero yo tuve una fiebre catarral y me fuí á Archidona con un

tío sacerdote, y allí se me quitó la memoria completamente. ¿Dice usted que puedo pasar? Muchísimas gracias..... No hay como tener ingenio para mentir. La mentira es un elemento poderoso en ciertas circunstancias de la vida..... ¿Dónde tendrá Paca su camarín?..... Orientémonos.

EN EL ESCENARIO.

Sí; este es su cuarto. Detrás de esa puerta está la mujer que yo adoro..... ¡Hombre! Me ha dado usted un empujón que á poco más me derriba..... No, señor; no estoy estorbando; estoy aquí á la espera de un sujeto que me ha dado una cita al lado de este bastidor. ¿Que está prohibida la entrada al escenario? ¿Y qué? ¿No le he dicho ya que espero á una persona con quien estoy citado?..... Bueno, me colocaré en un rincón para no estorbar á ustedes. Pero para eso no necesita usted darme con la silla en la espalda. Mire usted bien por dónde va..... ¡Qué hombre más grosero! Bien dicen que todos estos servidores del escenario son unos seres sin educación..... ¡Cielos! ¡Paca! ¡Qué hermosa está! ¡Qué bien le sienta el mantón de Manila! Me colocaré al paso, para que fije en mí su mirada de fuego..... ¡Si yo me atreviera á acercarme!..... Pero no; antes quiero que note mis ansias; que vea mi rostro, alterado por las emociones..... Mira hacia aquí; voy á adoptar una

postura sencilla, pero elegante. Me apoyaré en este bastidor con cierto abandono, y desde aquí la dirigiré miradas tiernas. Habla con su madre y sonríe. ¿Qué le dirá? La madre es fea, muy fea, pero hay en su fisonomía cierto sello de bondad que la hace simpática. ¡Si yo pudiera captarme el aprecio de esa señora!..... Llaman á Paca para salir á escena; ya se fué. Desde este agujerito del telón podré verla por la espalda..... El público aplaude. ¡Qué voz! ¡Qué gracia la suya! La mamá está hablando con un vejete. ¿Será su esposo? Sí, de seguro; éste debe ser el padre de Paca. No le perderé de vista, para ver si entablamos conversación y le seduzco con mi trato..... Hacia aquí viene. Hagámosle sitio..... ¿Quiere usted ver por este agujero?..... No, si yo he visto ya bastante; ahora le toca á usted..... No me molesto, no señor; al contrario, tengo mucho gusto..... (Parece muy simpático el padre de mi Paca.....) Hace calor, es cierto; la noche está bochornosa..... ¿Se va usted? (¡Qué ocasión para salir juntos é invitarle á refrescar!) Yo también me voy al café un ratito. ¿Quiere usted venir? (¡Acepta! ¡Qué suerte la mía!) No, usted primero; pase usted delante..... ¡No faltaba más!

EN EL CAFÉ.

Pues sí, señor, la noche está calurosa..... Vaya, vaya. ¿Conque todas las noches al teatro? Yo también; yo amo la música, el arte, la poesía..... ¿Qué quiere usted tomar? ¿Cómo? ¿Una chuleta? (¡Demonio!) Pues nada, nada; mozo, tráigale usted una chuleta á este caballero..... Para mí un chico de limón. ¿La quiere usted con patatas? ¿Sí? Mozo, con patatas..... ¿De manera que usted siempre en el teatro?..... Es natural. ¿Un cigarro? Sí, señor, tengo una cajetilla entera. Llévese usted los que guste; son de Susini; no me gustan los de cuarenta, porque suelen contener materias peligrosas. Una vez me encontré en un pitillo dos chinches, y otra vez un diente postizo; después supe que era de una maestra de labores..... Mozo, tráele vino á este caballero. Y ahora, ¿quiere usted un poquito de queso de bola? ¿De Gruyère? Mozo, Gruyère. (¡Caramba! Este padre no se descuida. ¡Vaya un apetito!) ¿Que si tengo un duro? Sí, señor; no faltaba más; no tiene usted que darme explicaciones. Tome usted..... Vaya, vaya, ¿conque Paquita sigue tan buena? Yo soy uno de sus admiradores más vehementes..... ¿Que de quién hablo? De Paca, la tiple sin rival. ¿Cómo? ¿Que no la conoce usted?..... Pero, ¿no estaba

usted hablando hace un momento con su mamá?..... ¿No es usted padre de Paca?

—No, señor; yo soy un apuntador retirado, que iba á ver si me prestaban dos pesetas para comprarme unos calzoncillos, porque estoy en cueros completamente.

CAMBIO DE MINISTERIO.

La palabra crisis cae siempre como una bomba en las oficinas públicas.

No basta que el jefe de la situación haya declarado que no tienen fundamento estos rumores alarmantes. Los hijos de la nómina se han estremecido, y hay quien no puede copiar una real orden sin llenarla de tinta, porque á lo mejor va

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

á mojar la pluma y moja el dedo índice, y después se lo chupa, sin saber lo que hace.

—¿Qué es eso, Rodríguez?—le pregunta el jefe, celoso de los intereses administrativos.

—Estoy sobresaltado, D. Aniceto. En cuanto oigo hablar de cambios ministeriales, ya no sé dónde tengo la cabeza. Esta mañana, creyendo ponerme el gabán, me puse un refajo de mi esposa; después me bebí el frasco de la bandolina creyendo que era jarabe de malvavisco.

—¿Ha acabado usted de copiar esa real orden?

—Sí, señor.

—¡Pero Rodríguez! ¿Qué ha puesto usted aquí? ¿Quién le ha dicho á usted que autoridad se escribe con h?

—Yo creí que era verbo.

—Mal creído. Autoridad es «digtongo», lo mismo aquí que en Constantinopla. Esto lo discuto yo con todos los gramáticos.

—Si yo hubiera sabido que era «digtongo», créame usted que le quito la h inmediatamente; pero en días como éstos no sabe uno lo que copia. He leído esta mañana que probablemente cambiaremos de ministro.

—No haga usted caso de los periódicos.

—Y algo debe de haber, porque he visto á dos diputados de oposición comprándose ropa negra en la calle de la Cruz.

—¿Y qué?

—Que ya empiezan á equiparse para tomar posesión de las carteras. ¿No conoce usted á nadie en ese partido?

—¿Quién, yo? Yo conozco á todo el mundo. ¡Como que llevo veinticinco años, día por día, pegado á esta mesa! A mí no hay quien me tumbe.

—¡Caramba! ¡Quién fuera usted! Yo con este ministro no tengo temor, pues somos como hermanos, sólo que él no me conoce personalmente, porque siempre que voy á su casa está estudiando algún proyecto de ley ó regañando con su señora; pero nos queremos mucho.

—Dícese que le sustituirá Vientecillo.

—¿Vientecillo? ¿Sabe usted si es uno que tiene una cuñada en Valladolid, llamada doña Casimira?

—No sé nada.

—Porque yo conozco á un Vientecillo, picado de viruelas, que hacía muy bien los juegos de manos, y era algo ventrílocuo. Puede que sea el mismo. Para ese tengo buena recomendación, ¡ya lo creo! Como que es uña y carne de un muchacho que está ahora en Ceuta.

—¿Preso?

—No, señor; está de farmacéutico interino, porque él piensa casarse con una segunda tiple, y entonces deja la botica.

—Bueno. A ver si queda despachado hoy el expediente de Valdemorillo.

¡Que si quieres! Ni Rodríguez, ni nadie, tiene la cabeza en disposición de trabajar, porque los periódicos insisten en lo de la crisis, y hay quien oye asegurar, por ejemplo, que entran los reformistas, y se va á su casa corriendo para decir á su señora:

—Micaela, vístete. ¿Sabes quién entra? El reformismo.

—¿Y qué?

—Que es preciso prepararnos. Vete á ver á las de Faldeta, que están en buenas relaciones con Mantecón, el que fué conserje del Círculo, y dilas que le hablen al alma. Porque Mantecón tiene mucha influencia, tanto que todos los pantalones de Romero se los dan á él para que los reparta entre los necesitados del partido. Ya sabes lo que has de decirle: que estamos muy atrasados, porque yo padezco del hígado y no nos llega el sueldo para agua de Carabaña. ¡Ah! Que no se olviden de hacerle presente que tenemos ocho hijos; aunque pongas seis de más, no importa..... Y no vayas á presentarte con el sombrero azul, porque dirán que..... ¡vaya un lujo! Lleva una mantillita insignificante; ya sabes cómo son las de Faldeta, que todo lo censuran.....

Cuando el esposo regresa á la oficina, los demás funcionarios le rodean llenos de curiosidad.

—¿Viene usted de la calle?

—¿Qué se dice?

—¿Hay conciliación?

—¿Es verdad que nuestro ministro se retira á Castellón de la Plana?

—¿Se sabe quién entra?

El interpelado dice que viene de ver á una tía suya que le mandó llamar para encargarle un sastre barato y de confianza. El hombre echa mano de una razón cualquiera que justifique su inopinada salida, y se dirige á su Negociado para hacer que trabaja; pero lo que hace es pensar en la crisis y en que los niños necesitan botas, y en que su mujer está desnuda, como quien dice, por que no tiene más que el vestido de la calle y otro para andar por casa, color de chocolate, no porque haya nacido así, sino por las vicisitudes sufridas en su ya larga existencia.

Y entretanto los expedientes descansan en las taquillas.

Bien que, aun sin esta razón suprema de la crisis, siempre sucede lo mismo.

CABOS SUELTOS.

El hombre no ha nacido para el dolor, por más que digan; lo que hay es que él se lo busca por sí mismo, y así se nota que á lo mejor un hombre rico, sano, y hasta bello inclusive, anda por el mundo con los ojos medio cerrados, las cejas fruncidas y el labio caído.

—¿Qué tiene usted, joven?—se le pregunta.

Y él contesta tristemente:

—¡La vida es una batalla terrible!

—¿Pero qué le pasa á usted?

—¡Oh! No toquemos la herida.

—¿Pero no es usted rico? ¿No está usted gordo? ¿No tiene usted buen reloj? ¿No come usted todo lo que quiere? ¿No le han sacado á usted una muela sin dolor?

—Todo eso es verdad, y, sin embargo, sufro.

—¿Por qué?

—Porque la vida está llena de sinsabores. Ayer se me murió un perro de lanas, á quien quería como si fuera mi segundo padre; hace pocos días que perdí un colmillo discutiendo en el teatro Español sobre la degeneración del arte dramático. Tengo noticias de que no me será devuelto un pantalón de cuadros que había prestado á un amigo del alma. ¿Le parece á usted que no tengo bastantes motivos para ser desgraciado?

¡Así son las cosas de este mundo! Hay quien se casa—lo cual es gravísimo—y se va á celebrar la desventura á las Ventas del Espíritu Santo, comiendo cabrito y tocando la guitarra. En cambio, hay persona á quien se le cae una gota de esperma en el pantalón y rompe á llorar, como si le estuviesen recitando un epigrama de Guerrero.

Y es que la mitad del género humano se ha

vuelto loco; y unos ríen cuando les dejan cesantes, y otros lloran cuando se les ha muerto la suegra.....

*
* *

Aquí, á Dios gracias, no carecemos de asuntos cómicos.

Madrid ofrece ancho campo al escritor festivo, aun prescindiendo del campo de la política, que es donde más abunda lo grotesco.

Hace ya días que la autoridad no descubre ningún matadero clandestino, donde según los inteligentes se sacrifican mulas, caballos, borricos y *otras aves*—como diría un poeta andaluz, que no sabe distinguir una cotorra de un cordero asado.

Desde que se ha sabido lo de los mataderos, el pueblo de Madrid se ha emocionado profundamente, y nadie come carne sin adoptar todo género de precauciones.

Hay madre de familia que ha ido á ver al carnicero para decirle:

—Señor Juan, no nos engañe usted. Si piensa darnos chuletas de caballería menor, dígamelo con toda franqueza, y nos someteremos al sacrificio. Lo que no quiero es vivir en la duda.

—Pero señora.....

—¡Ay, señor Juan! Usted no sabe lo que es la

incertidumbre. Mi esposo, que tiene mucha imaginación, como todo hijo de Castrourdiales, ha creído notar en la carne que cenamos ayer cierto saborcillo sospechoso, y no hay quien le convenza de que aquella carne no era de mula. Después hemos podido confirmar esta sospecha, porque tenemos un niño de seis años que no hace más que relinchar desde anoche.

—Será un vicio que habrá adquirido en el colegio.

—No, señor; él nació muy listillo y muy mono; pero á los dos meses lo dejó caer el ama de cría en una palangana llena de agua sulfurosa y se le enfrió el cerebro; después, á fuerza de medicinas, logramos que le volviera el calor y la inteligencia, y hace más de cuatro meses que hablaba ya como una persona natural; de suerte, que el relincho de ayer nos dejó sorprendidos.

Lo cierto es que ya no sabe uno lo que come, y las personas de estómago delicado sufren lo indecible, porque hoy se vende carne de mula y mañana se venderá carne de perro, hasta que llegue un día en que veamos en los periódicos algún suelto como éste:

«Ayer el teniente alcalde de Buenavista descubrió un matadero clandestino en la calle del Gato. Entre los restos de que se incautó la autoridad, figuraban varios trozos de solomillo pertenecientes á un sastre, viudo, que había ido á cobrar una

cuenta y fué sacrificado por los matarifes en el mayor secreto.»

La autoridad sigue vigilando, pero no consigue evitar las adulteraciones de todo género que aquí se cometen. Empezando por el café, que sabe á aceite de almendras dulces, y concluyendo por el chocolate, que es lo mismo que pomada de belladona, todo está aquí mixtificado.

En cierta fonda barata nos sirvieron á un amigo y á mí, días pasados, dos raciones de croquetas que tratamos de comer, aunque sin conseguirlo.

—¡Mozo!—dijo mi amigo.—¿De qué son estas croquetas?

—De gallina—contestó el sirviente.

En aquel momento se nos acercó un antiguo parroquiano de la fonda para decirnos con reserva:

—Vengo aquí hace tres años y estoy en el secreto. ¿Saben ustedes con qué hacen las croquetas?

—¿Con qué?

—Con algodón en rama y cerato simple.

COSAS TRISTES.

Hasta ahora no hemos podido averiguar con exactitud cuáles féretros son mejores, si los de cinc, los de hierro galvanizado ó los de acero dulce.

Lo que sí sabemos á punto fijo es que ya no se muere la gente con la facilidad que se moría antes; pues llegaba el caso de tomar café con un

amigo el jueves por la mañana y encontrarle de cuerpo presente el viernes por la noche, en la cuarta plana de un periódico.

—¡Demontre!—decía uno en el café.—¡Se ha muerto Verduguillo!

Y contestaba el mozo:

—Sí, señor. Aquí ha estado diciendo su cuñado que fué una cosa repentina. Á las siete se puso á tocar la flauta sentado en un cofre, porque tenía esa costumbre; después comió queso de Villalón; después fué á pegarle á su señora—pues ya sabe usted que se llevaban muy mal—y ya no pudo. Del comedor le llevaron á la alcoba, y allí se murió, sin decir amén, encima de un ruedo.

Los aficionados á entierro—que también los hay, aunque parezca mentira—no saben qué hacerse ahora, y se refugian en los cafés para averiguar cómo anda eso de la salud pública.

Su conversación es ésta, poco más ó menos:

—¡Hombre! Quien está muy malito es Tallarín, el de la fábrica de fideos.

—No sabíamos nada—exclama uno de la reunión.....

—Sí—continúa diciendo el *funerario*.— Hizo la tontería de afeitarse estando en ayunas, y se le paralizó la pierna derecha. El médico dijo que era flato, pero esta mañana tenía trescientas once pulsaciones, y cuando estuve á visitarle acababa de sufrir un acceso terrible, durante el cual se bebió

el aceite de la lamparilla y quería matar á su cuñada.

Hay quien disfruta lo increíble acudiendo á las casas mortuorias y acompañando amigos al cementerio; y hay quien no hace más que ver una papeleta de defunción, y se pone furioso.

A esta clase de sujetos pertenece D. Laureano, que es la personificación del egoísmo, y no quiere ver lástimas, ni asistir á los entierros, ni dar pésames á nadie.

Sin embargo, el otro día recibió una papeleta de defunción y dijo á la criada:

—Prisca, sácame la ropa negra. ¡Maldita sea mi suerte!

—¿Va usted á alguna boda?

—¿Sabes quién se ha muerto? Don Agapito, el senador.

—¿Aquel que siempre le estaba á usted convidando á comer?

—El mismo. He perdido con él á mi segundo padre. Y lo peor es que tengo que ir al entierro y á dar el pésame á la viuda. ¡Por vida de.....!

—Vaya, no se incomode usted así—le decía la doméstica.

—¿Quieres que no me incomode, cuando tengo que ir al cementerio? Pero es necesario. ¿Qué diría si no la viuda? ¿Qué diría su cuñado el droguero, que me convida á comer siempre que tiene anguila, porque sabe que me gusta?

Don Laureano consultó el reloj y se puso más furioso de lo que estaba.

—Las tres y veinticinco—gritó fuera de sí.—¡Y el entierro es á las tres y media!..... A ver, Prisca, pásale un cepillo al gabán, sácame un pañuelo; trae el paraguas; anda, que no voy á llegar á tiempo..... ¡Ah! No abras á nadie, y procura no cantar durante mi ausencia, que se me han quejado los del segundo, porque dicen que sabes un tango muy escandaloso.....

Y D. Laureano bajó las escaleras de cinco en cinco, y al llegar á la calle tomó un coche, no sin decir antes al auriga:

—Vamos á un entierro. Fuencarral, 207; de prisa, porque es posible que lleguemos tarde.

El cochero puso el caballo al trote, y D. Laureano, al verse solo, comenzó á desahogar la bilis estrujándose las manos y mordiéndose las puntas de los dedos.

De pronto lanzó un ¡ah! con extrañeza y sacó la nariz por la ventanilla.

Por la calle de la Montera bajaba un carro fúnebre, seguido de gran número de carruajes.

—Cochero, métete en la fila—dijo D. Laureano.—¡Ya decía yo que íbamos á llegar tarde!

Y se dejó caer furioso en el fondo del coche.

Una hora después el carro se detenía ante el cementerio de San Isidro.

Los que formaban el fúnebre cortejo echaron pié á tierra. Don Laureano hizo lo propio.

—Era una excelente persona—dijo uno.

—Un buen padre de familia—dijo otro.

—Un honrado industrial—añadió un tercero.

—¿Cómo?—preguntó D. Laureano acercándose al grupo.—¿Industrial?

—¿Pues no lo sabía usted?

—No, señor.

Una duda terrible asaltó la mente de D. Laureano.

—¿Cómo se llamaba el muerto?—dijo con voz balbuciente.

Y contestó uno de los interpelados:

—José Rodríguez, fabricante de velas.

Don Laureano tuvo que apoyarse en el cochero para no caer redondo.

¡Acababa de asistir á un entierro sin conocer al difunto!

PERSONAJES CÉLEBRES.

Ahora venden por las calles, á real la pieza, una colección numerosa de personajes famosos en barro legítimo, color de chocolate claro, y los vendedores anuncian la ilustre mercancía en estos términos:

—¡A real, á real! ¡Bustos de Calderón, Cánovas, Cervantes, Ruiz Zorrilla, Pío nono, Frascuelo, Castelar, Carlos VII!..... ¡Ande el barato!

Y, naturalmente, toda persona de gusto suelta los veinticinco céntimos y se lleva para casa á Lope de Vega, ó á Mazantini, ó á Nabucodonosor, según las aficiones de cada uno; con lo cual se despierta en los hogares la admiración hacia los hombres eminentes.

Hay señora de su casa que había oído hablar de Napoleón, por ejemplo, y no trataba de inquirir si había sido un héroe ó un dentista famoso.

Ahora ve el busto del gran capitán del siglo, y exclama sorprendida:

—¡Calle! ¿Quién me lo había de decir? Yo he conocido á este hombre. ¡Vaya!

—¿Cómo?—pregunta admirado el esposo de la señora.

—A este hombre le he visto yo mucho en casa de las de Rodríguez.

—No puede ser.

—Pues es lo mismo que un huésped valenciano que estuvo en casa de Rodríguez, cuando quedó cesante el padre y tuvieron que alquilar el gabinete á un caballero formal. Por cierto que siempre estaba jugando con la menor, y un día sin querer la dió un golpe en un ojo, que á poco más se lo vierte.

—Mujer, no digas desatinos. Napoleón fué un general francés que estuvo en la batalla de Lepanto, y luego se casó con una mora que era viuda, pero guapa.

Los bustos que se venden ahora están bastante parecidos.

A lo mejor pide uno á Rossini, y le dan un sujeto metido en carnes, con la nariz lo mismo que una ostra y unos bucles en el cogote que parecen fideos naturales.

—¿Pero este es el señor de Rossini?—pregunta usted al vendedor.

Y él contesta:

—¡Vaya! ¿Pues no ha de ser? Aquí no se engaña á nadie.

—Para ser Rossini lo encuentro demasiado gordo.

—Es que cuando le retrataron estaba con un flemón, porque padecía mucho de la boca, y nunca quiso sacarse una muela de abajo que tenía picada.

El busto de Washington ha causado una verdadera revolución en casa de D. Rosendo, padre de cuatro chiquillos, que no hicieron más que ver al personaje y comenzaron á gritar desaforadamente:

—¡Ay, qué gusto!

—¿Qué?—preguntó D. Rosendo.

—La cabeza de la abuelita.

Y el más pequeño de los chiquillos comenzó á besar al héroe de la independencia americana, y á meterle los dedos por la nariz, en señal de confianza respetuosa.

Algunas personas no tienen consideración con los personajes y cometen abusos.

El otro día vimos sobre la cómoda de una casa de huéspedes el busto de Hernán-Cortés entre una caja de betún y una lechuga flamenca.

No hace tampoco muchas horas que, visitando á un hombre público importante, encontramos sobre la mesa del comedor el busto de Garibaldi, con un pañuelo de hierbas atado á la cabeza.

—¿Ha visto usted cómo está el salvador de Italia?—dijimos al dueño.

—Cosas de los niños—nos contestó.—Juegan con él como si fuera un polichinela. La otra tarde le metieron en la jofaina para ablandarlo. Otro día le pusieron una bata de mi suegra y mi morrión de miliciano para asustar al aguador, que es muy impresionable, como buen poeta.

—¡Ah! ¿Tiene usted un aguador de la clase de vates?

—Sí, señor; él vino á Madrid á ser poeta lírico; pero se rompió una pierna, y viéndose cojo y desgraciado, tuvo que agarrarse á la cuba.

—El demonio son los chicos.

—¡Ay! No lo sabe usted bien. Yo soy muy aficionado á los bustos, y ya me llevan roto una porción de personajes. Al emperador Guillermo lo tiraron al patio la otra tarde, y por poco descalabran á la portera, que estaba distraída, pegándole

á un sobrino que tiene. Ayer mismo me encontré debajo de la cama un pedazo de Voltaire, dentro de una zapatilla. Le digo á usted que son unos demonios.

Convenido, los muchachos son terribles; pero bueno fuera que les enseñáramos á respetar á los grandes hombres, ahora que están baratos, y que puede cualquier padre de familia hacerse con la colección.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

REFORMAS.

Las autoridades alemanas han dispuesto que cierto número de empleados reciban lecciones de higiene práctica, bajo la dirección del sabio Kock, á fin de que sean útiles en las presentes circunstancias y sirvan lo mismo para despachar un expediente que para aplicar una docena de sanguijuelas á domicilio.

Aquí no hemos llegado todavía á conseguir que nuestros funcionarios conozcan las reglas más elementales de la medicina; y no estaría de más que supiesen poner una cataplasma con equidad y aseo.

Es posible que nuestros gobernantes quieran imitar la conducta de los de Alemania, y establez can cursos prácticos donde puedan adquirir los conocimientos precisos ciertos empleados que hoy distraen sus ocios tomando café en la oficina ó discutiendo la importante cuestión de si Frascuelo se corta ó no la coleta.

Precisamente en este país abundan los hombres «mañosos», y en pocas lecciones lograríamos que algún funcionario resultase una verdadera notabilidad en la construcción de aparatos ortopédicos, ó en la de corsés-fajas para sujetar el abdomen.

Hay escribiente que pone carabina con v de corazón; pero en cambio sabe encolar las patas de las sillas, desarmar relojes, construir casas rústicas para guardar las obleas; y á cada paso acude al domicilio del jefe, unas veces á componer la mesa de la cocina y otras á «desatrancar» el caño de las aguas fecales.

—Balduque—le dice su superior jerárquico—¿tiene usted algo que hacer mañana por la noche?

—Tengo que ir á poner dos cristales á casa de un amigo, que los ha roto en un momento de frenesí disputando con su esposa; pero lo dejaré para otro día, si fuese necesario.

—Corriente. Necesito que vaya usted á casa, porque se nos ha resentido el barreño grande, y

además mi esposa necesita que le machaque usted un clavo que le ha salido en una bota.

Y el escribiente acude solícito á reparar los desperfectos del jefe, cuando no á sustituir á la criada en sus enfermedades ó ausencias.

El día en que ciertos empleados adquieran instrucción científica, habremos conseguido mucho en favor de la humanidad doliente, porque ellos, con tal de no tener que escribir en la oficina, son capaces de cualquier sacrificio.

—Vengo á saber cómo sigue mi expediente—preguntará alguno de esos ciudadanos que andan por las oficinas sudando el quilo para ver si excitan el celo de los hijos de la nómina.

Por toda respuesta el jefe del Negociado dirigirá una mirada compasiva al solicitante.

—¿Desde cuándo tiene usted morada la nariz? —le preguntará cariñosamente.

—Es de nacimiento.

— Pues hay que operarla.

—¿Cómo?

—Tiene usted un quiste sebáceo en la parte inferior.

—Yo á lo que vengo es á que me despachen ustedes mi instancia, porque se trata de unos huérfanos moribundos.

—La salud antes que todo. A ver, D. Higinio; traiga usted las tijeras de los quistes y deje usted para luego ese expediente.

—Corre mucha prisa. Ya lo ha pedido dos veces el Ministro.

—No importa. Antes está la nariz de este caballero.

Y quieras que no, el infeliz solicitante tendrá que dejarse operar, siempre con la esperanza de que le despachen el expediente.

¿Qué más quisiera D. Balbino, uno de nuestros primeros oficiales quintos, sino que le dedicasen al estudio de la higiene, en vez de hacerle copiar circulares con falsilla?

Porque es lo que él dice:

—Llevo veintitrés años, día por día, dale que le darás á la pluma, y no hay pantalones que duren ni dedos que aguanten. Mejor que escribir reales órdenes, preferiría andar por las casas dando unturas individuales ó poniendo sinapismos personalmente. ¡Ay! ¡Quién hubiera nacido en Alemania!.....

El día que nos coloquemos á la altura de las circunstancias y nuestros burócratas adquieran los conocimientos necesarios en higiene médica, deberemos renunciar á que se nos atienda en las oficinas públicas; porque nuestras solicitudes pasarán íntegras al cesto de los papeles inútiles, y cuando tengamos que pedir justicia nos contestarán con la mayor frescura:

—¿Viene usted á saber el resultado de su solicitud? Pues no la he despachado todavía, porque

he tenido que cortarle una uña gorda á un senador del reino que estuvo aquí á hacer una recomendación, y ahora voy á sacarle dos muelas á una viuda que tiene inflamada la mandíbula de abajo. Es lo que pasa con todas las reformas: siempre hay alguno que sale perdiendo.

SERES SUPERIORES.

Hay personas que creen haber nacido de distinto modo que el resto de la humanidad, y no pueden avenirse con la idea de haber tenido sabañones, ni de que la nodriza les hubiese mojado las pantorrillas con una esponja.

—¿Yo?—nos decía con indignación cómica cierto sujeto dedicado hoy al estudio de la remolacha, desde el punto de vista puramente subjetivo.—Yo no he dado lugar nunca á ciertas abluciones depresivas, porque desde muy chiquitín he tenido conciencia exacta de mis deberes sociales.

—¿No ha sido usted niño nunca?

—Sí, señor; lo he sido durante una temporada; pero hay niños y niños. ¡A mí no me ha lavado nadie en el mundo!

A esta clase de sujetos pertenece D. Castor; un hombre serio, si los hay; que se burla de las flaquezas humanas, y siempre está hablando de su fibra y de su presencia de ánimo, á fin de que la humanidad le admire y le tema.

Él dice haber sido capitán de dragones, y después jefe de un penal en Africa, y más tarde director de un periódico en Bolivia, escrito todo él con sangre de sacerdote y aguardiente de 36 grados. En fin, quien oiga hablar á D. Castor creerá, de fijo, hallarse en presencia de un lobo carnicero, que se hizo hombre interinamente para infundirnos valor y mejorar la raza.

Por las noches suele ir al café, donde nos reunimos varios caballeros, y es cosa de echarse á temblar cada vez que D. Castor toma la palabra.

—¡Qué! ¿Están hablando ustedes de pulmonías? —exclama á lo mejor con aire desdeñoso.—Para pulmonía, una que tuve yo en Bogotá el año 61.

Me cogía desde aquí (*señalando el pescuezo*) hasta aquí (*poniendo la mano en la boca del estómago*), y tuvieron que sangrarme con una cuchara, porque no había lanceta, ni cortaplumas, ni nada absolutamente. Aquí se asustan ustedes por cualquier cosa.

—Pero.....

—¡Déjeme usted acabar! El hombre debe de ser hombre, y me da rabia que se hable á cada paso de la salud pública. Todo eso es miedo, nada más que miedo.

El afán de D. Castor consiste en hacernos creer que él es más hombre que todos los demás conocidos hasta el día, y que está colocado lo menos siete ú ocho varas por encima de la humanidad.

—Tendrá usted que convenir—se le dice– en que el estado de la salud pública es alarmante, y gracias á que se nota cierta mejoría.

—Protesto. Es que la raza se ha empequeñecido. ¡Es que ya no hay hombres! Mire usted, yo abro los ojos por la mañana, y lo primero que hago es llamar á mi señora y meterle la cabeza en una palangana. Después me envuelvo en una colcha ligera, y bajo al patio á lavarme en la fuente.

—¡Qué atrocidad!

—Después llamo á las demás personas de la casa, y las desnudo; y por fin consigo que todos

los que me rodean vivan robustos y fuertes. Tengo un niño de seis años más duro que un roble. ¡Con decirles á ustedes que se come las mechas de la maquinilla del espíritu de vino!..... En mi casa nadie tose, porque en cuanto oigo estornudar á alguno, ya le estoy echando por la cabeza un jarro de agua fría. Ayer mismo cogí á la portera y, quieras que no, la bañé en la tinaja.

Don Castor ha conseguido que le tengamos por *sprit fort*, y le envidiemos con toda el alma.

—¡Quién fuera como él!—nos decía por lo bajo un joven que forma parte de nuestra tertulia y anda por ahí metido en un cuello de piel, que parece un cabrito doblado.—Yo, desde que sé lo de las pulmonías, me lavo solamente con el dedo gordo de un guante, mojado en colonia.

Don Castor no vino anoche al café, y todos le echamos de menos.

Hoy hemos sabido que lo del *sprit fort* es música celestial, y que lo del agua fría en ayunas es cosa que ha leído en un tratado de higiene escrito por un médico inglés que se murió loco.

Porque D. Castor.....

Don Castor llegó ayer á su casa y encendió una cerilla en la escalera; el humo, introduciéndosele en la garganta, le hizo toser, y el hombre asustado comenzó á pedir socorro á grandes voces.

Acudió su esposa envuelta en un mantón, y le preguntó fuera de sí:

—¿Qué traes, Castor de mi vida?

—¡Ya la he cogido!—exclamó él apoyándose en el pasamanos.

Y se desmayó de miedo encima de su esposa.

Para que se fíen ustedes de los que andan por ahí echándoselas de seres superiores.

LOS ESTRECHOS.

Es una costumbre muy honesta y muy sana.

Las jóvenes solteras, sin auxilio pecuniario, disfrutan lo que no es decible cuando se verifica la tan acreditada operación de los estrechos, porque no es la primera vez que ha ocurrido el caso de una señorita pobre que *salió* con un caballero mi-

llonario, y éste se fué derecho á su pareja, y le dijo:

—Señorita, usted está muy mal alimentada; no trate usted de ocultarlo, porque se le conoce en el cutis y en todo. La suerte ha querido unir nuestros nombres, y yo ofrezco á usted mi mano y mi fortuna.

—Caballero—contestó ella.—No debo ocultar á usted que nuestra situación es precaria, porque papá nos ha abandonado á mamá y á mí, y hoy vivimos de nuestros propios frutos.

—¿Cuáles?

—Chaquetillas para la tropa.

—¿Ha venido esta noche su mamá de usted?

—Sí; es aquella señora chata que está junto al piano. Aquel bulto que tiene debajo del ojo se lo hizo papá antes de marcharse.

El caballero quiso conferenciar aquella misma noche con la que iba á ser su suegra sobre ciertos particulares de la boda, y entonces pudo notar que madre é hija eran dos espíritus francos. La mamá le dijo de buenas á primeras:

—No debo ocultar á usted lo más mínimo. Mi niña no tiene más que dos camisas y una chambra. Después no diga usted que le hemos engañado.

Dos meses más tarde se celebraba la boda, y aquel suceso produjo honda impresión en el ánimo de cuantos tuvieron de él noticia.

Muchas veces, donde menos se piensa surge un esposo amante y rico, pues hay hombre que sólo

por el hecho de salir emparejado con una señorita, ya se cree en la obligación de amarla perpetuamente; pero en la mayor parte de los casos los estrechos sólo sirven para distracción honesta de damas y galanes. Pónense unos y otros de acuerdo para reunirse en casa de una amiguita amable, de esas que se perecen por «recibir» y porque las llamen «distinguidas» en los periódicos, y entre algazara y júbilo se verifica la operación de «echar los años».

—Inocencia Perrín—dice uno de los jóvenes de la tertulia, leyendo una papeleta.

—Emeterio Tubillo—responde una de las señoritas, leyendo á su vez el nombre del caballero.

Tubillo, que está presente, se pone colorado como una remolacha, porque hace año y medio que ama á Inocencia, aunque nunca se ha atrevido á declarárselo. Ella, por su parte, trata de ocultar la emoción que le produce aquella coincidencia providencial..... Tubillo lucha, porque es tímido, y además porque está picado de viruelas, y esto le quita el valor para todo; pero al fin se decide á acercarse al objeto de sus ansias.

—Ya ha visto usted—la dice con voz balbuciente.

—¿Qué?—pregunta ella.

—Que hemos salido.

—¡Ah!

Tubillo no quiere dejar la cosa á media corres-

pondencia, y trata de reanudar la conversación; pero es tal su aturdimiento, que mete el pie dentro de una maceta, y esto le hace perder el equilibrio, obligándole á caer sobre la joven. Esta lanza un grito; él quiere buscar un punto de apoyo para librarla del choque, y se agarra sin querer á la trenza de una señora catalana, que al sentirse acometida, comienza á llamarle «bruto» en lemosín.

Siempre ocurre algún incidente tragi-cómico con motivo de los estrechos. Hay quien, teniendo veintidós años, sale con la señora de la casa, que tiene setenta y seis corridos, y hay quien sale con su propia abuela ó con su tío, porque muchas veces se confunden las papeletas; y hay, en fin, quien acude por primera vez á una tertulia para echar los estrechos y ver si saca buena pareja, y ve con dolor que ha ido á parar á la boca del lobo.

El lobo es D. Melitón, prestamista cruel y gran amigo de la señora de la casa, que no hace más que ver al recién llegado, y le sale al encuentro con estas palabras:

—¡Hola, so títere! ¿Conque también asiste usted á las reuniones? ¿No decía usted que estaba con el trancazo? El trancazo se lo voy á dar á usted en cuanto salgamos de aquí, ¡so pillo!

No puede darse situación más crítica ni más estrecha.

FUNCIONARIOS.

¡Da un gusto tener que andar por las oficinas del Gobierno!

El que necesite averiguar el estado de un expediente ó se vea impelido á hacer visitas á los empleados, ya tiene encima una de las mayores desgracias de este mundo.

Los porteros de las oficinas son, por regla general—y salvando pocas, pero dulcísimas excepciones—unos seres mal encarados, que parecen vivir en perpetua desesperación, y miran á los infelices visitantes como si fueran bandidos de Sierra Morena ó variolosos en el período de la descamación, ó profesores de cornetín.

Basta que vean á uno con la mirada humilde, el sombrero en la mano y la faz sonriente para que le reciban á gritos y le traten como á un gui ñapo.

—¿Está el señor de Arenilla?—pregunta usted con la mayor amabilidad del mundo.

—¿Qué se le ofrece á usted?—replica el portero como si quisiera comérsele á usted allí mismo detrás de la mampara.

—Venía á recoger una comunicación.

—Pues no se le puede ver.

—Usted dispense.

—Es que parece que tienen ustedes gusto en venir á la hora peor. ¿No sabe usted que ahora es cuando está descansando?

—¡Ah! ¿Pero descansa en la oficina?

—Sí, señor; á las tres toma el medicamento y lo duerme hasta las cinco menos cuarto. Ya debía usted saberlo.

—Es que.....

—Bueno; haga usted el favor de dejar libre esta puerta, porque va á pasar el señor Director hacia

el despacho del señor Ministro, y no quiere ver pretendientes en la portería, porque se aflige.

—Bien, pero.....

—No se apoye usted en la mampara, que se puede estropear. ¿No tiene usted ojos?

En vista de esta dulzura de carácter, baja usted las escaleras, sin esperanzas de ver al señor Arenilla en todo el año económico, ni de obtener la comunicación anhelada, ni de conseguir que el portero le otorgue á usted una sonrisa cariñosa.

Yo en cierta ocasión tuve que ir á una oficina y me salió al paso un portero bastante bruto, por lo que pude observar, y eso que á primera vista ya me lo había parecido.

—¿Se puede ver al señor Secretario?—pregunté tímidamente (¡porque yo les tiemblo!).

—¿Sabe usted leer?—replicó aquel salvaje.

—Hombre, leo algo, aunque mal—dije yo con cierta modestia.

—Pues lea usted ese aviso.

El aviso, fijado en la puerta de la Secretaría, decía así:

«El señor Secretario recibe los jueves, de una á una y media.»

—Es que yo no vengo como pretendiente, sino como simple Taboada—me atreví á replicar.

—Aunque venga usted como Nuncio.

—¡Carambal—le dije con cierta dulzura—baje usted la voz, que parece usted una corneta.

—Yo hablo como me da la gana. ¿Sabe usted?

—Bueno, hombre; no se irrite usted de ese modo.

—Está uno cansado de pelear con ustedes, que son todos unos *méndigos*, y hay momentos en que..... si no fuera mirando.....

—¡Hombre, por Dios! Si ha pensado usted pegarme, le ruego que me pegue de la cintura para abajo, porque he tenido las viruelas locas y todavía me resiento.

El caso fué que no pude ver al Secretario, y eso que me debía cinco duros, y no hacía una semana que le había hecho un suelto para los periódicos llamándole ilustre y probo y andaluz eminente. Más tarde le dí mis quejas contra el portero, y mi amigo se puso furioso y dijo que iba á hacer y á acontecer.....

Sí, sí; buenas y gordas. El portero ascendió á los ocho días, porque estaba casado con un ama seca que iba todas las tardes á casa del Secretario á fregarle la loza, y yo me quedé con las groserías en el cuerpo.

No hay desgracia semejante á la de tener que acudir á los porteros, y de seguir así las cosas habrá que decir á estos funcionarios de escalera con lágrimas en los ojos:

—Caballero, por la memoria de su madre y de todas aquellas personas de su particular estima-

ción, ¿tiene usted la bondad de pasar recado á D. Aquilino, el oficial primero?

Hoy poco falta para que nos peguen con la badila ó nos echen las manos al cuello; y hay alguno que no hace más que verle á usted en la portería y empieza á patear y á dirigirle miradas iracundas. Después se encara con usted y le dice:

—Si viene usted á ver á alguno, es inútil.

—¿Por qué?

—Porque todos están fuera.

—¿Dónde?

—En el infierno.

Y da media vuelta, dejándole á usted con la palabra en la boca.

—¡Tengo hoy un humor!.....—dice dirigiéndose á su compañero.—Si fuera á dejarme llevar, ahora mismo empezaba á escobazos con todos estos tipos que vienen aquí á hacer preguntas y á dar la jaqueca.

Entonces usted se retira modestamente por el foro, antes de que aquel energúmeno pierda los estribos y le tire á usted por las escaleras.

Hay un medio de que le reciban á uno con amabilidad estos funcionarios, y es el de presentarse en la portería con la frente erguida, los ojos entreabiertos y el labio comprimido, á guisa de persona ilustre.

—Abra usted el despacho del Director—dice usted imperativamente.

Y el portero se prosterna, saca el llavín, alza el portier y abre todo lo que hay en la casa, desde el despacho del Director hasta la alhacena de los azucarillos.

Pero no vaya usted con humildades ni buenos modos, porque le darán con la puerta en las narices.

LA INSTRUCCIÓN Á MOGICONES.

El mundo mejora á ojos vistos.

Ya se castiga á los maestros que tenían la costumbre de reventar parvulitos; ya no se tolera el feo vicio de la palmeta; ya podremos mandar al colegio á nuestros hijos sin vernos en la necesidad de decirles, como sucedía antes:

—Adiós, monín, y procura saber la lección para que no se incomode D. Sisenando. Si ves que coge las correas, baja la cabecita para que te pegue en el cogote, que es el sitio más duro que tenemos en la familia.

Hay maestros terribles. Sólo porque digieren mal, ó porque tienen una muela careada, ó porque les ha salido espesa la tinta, desahogan el mal humor en los tiernos discípulos, y están deseando que alguno deje de contestar á cualquier pregunta, ó que tropiece en la estera del pasillo, para darle media docena de pescozones ó suspenderle de una oreja en clase de gato.

—A ver, niño: ¿dónde está situado el Pico de Tenerife?

—En las montañas de León, conforme se baja, á mano derecha.

—¡Pum!

El maestro descarga un puñetazo sobre aquel alumno infeliz, que se refugia detrás de una mesa, porque sabe lo carnicero que es D. Sisenando.

Hay quien sigue á ojos cerrados aquella máxima sublime, que se atribuye á un veterinario del Renacimiento, casado en segundas nupcias con una poetisa irascible:

«La letra con sangre entra.»

—Sí—nos decía un profesor de primeras letras. —Todo niño necesita dos ó tres lapos semanales, si ha de llegar á aprender la aritmética. ¿Ve us-

ted este callo del dedo gordo? Pues me ha salido á fuerza de manejar la palmeta.

Efectivamente; muchos profesores creen que es necesario aplicar la instrucción como se aplican las sanguijuelas: hasta que salga sangre.

—¡Oh! ¡La sagrada misión del magisterio!—exclaman.—El profesor es un ser excepcional, que debe presentarse á los ojos de sus alumnos rodeado de todos los prestigios. Es necesario que el párvulo vea en nosotros un hombre superior, exento de debilidades. Para bien ser, deberíamos andar por casa envueltos en un dominó con capucha, á fin de inspirar respecto á la infancia.

Hemos conocido á un profesor que se pintaba el entrecejo con corcho quemado y tenía una peluca para imitar los pelos de la nariz.

—¿Por qué hace usted eso, don Aquilino?—le preguntamos.

—Para que me teman los alumnos. Sin el freno del temor, no hay educación posible.

De él decía su señora:

—Es esclavo de la profesión, ó por mejor decir, del sacerdocio. A él no le gusta el derramamiento de sangre, pero no tiene más remedio que descalabrar á dos ó tres alumnos todos los meses.

Sólo así consigue que se ilustren. En casa tenemos la oreja de uno que es ahora diputado á Cortes gracias á su instrucción. ¡Ah! mi esposo es un profesor modelo; jamás le verán ustedes

sonreir, ni rascarse delante de la gente, para no perder la dignidad. Obliga á sus discípulos á que sean respetuosos entre sí y que se saluden todas las mañanas, y el año pasado les hizo cantar un coro en latín con motivo de los días de mamá, á pesar del odio que la tiene.

¡Ah, sí! El error del maestro consiste precisamente en querer aparecer á los ojos de sus discípulos en calidad de fiera interina.

Ó en opinar como otro que hablaba así:

—Ya ve usted, uno es profesor de instrucción primaria, y no está bien que fume, ni que gaste en la capa embozos colorados, ni que tenga mucha familia.....

Y de deducción en deducción acaban por decir que el uso de las disciplinas es conveniente y hasta sano.

—Créame usted, caballero; los niños son muy brutos, y nuestra misión penosísima. Así es que muchas veces nos cegamos, porque no hay paciencia que baste.

—¿No tiene usted paciencia?—le dijimos.—Pues deje usted la escuela y métase á banderillero, ó ponga usted una tienda de quitamanchas.

LOS GOCES DEL HOGAR.

Los madrileños se disponen á celebrar la Nochebuena con verdadero entusiasmo religioso.

La fe es una de las grandes virtudes que nos enaltecen, y en cuanto hay que manifestar nuestro regocijo cristiano, lo primero que hacemos es pensar en los comestibles.

Todo aquel que respeta la religión y no quiere faltar á sus preceptos, se dedica al besugo y á la sopa de almendra, suponiendo que han sido creados por la divinidad con el solo fin de festejar el natalicio del Mesías.

En casi todas las casas habrá jaleo; y una mamá celosa de su buen nombre, dice á sus hijos:

—Lolita, Manolín, Restitutito, á ver cómo os laváis esa cara y os raspáis bien esas manos, que esta noche cena aquí D. Emeterio, el jefe de papá, que es viudo y solo.

Los niños se friegan con el mayor cuidado para no faltar á los deberes de la decencia, y la mamá, entretanto, anda por la cocina hecha un adefesio.

—Á ver—dice á la criada—cuelga el besugo por la cola, para que se le baje la sangre á la cabeza y se ponga blanco. ¿Has batido los huevos? Procura que no deje de cocer la coliflor. Dale una vuelta al bacalao. Pon á ventilar esas almejas para que no se acaloren.

Rodríguez, el esposo, tiene mucho empeño en que la cena sea cosa superior, porque ha convidado á D. Emeterio, el jefe de su oficina, que está acostumbrado á comer en muy buenas casas, y es hombre que suele ir los domingos á la fonda, y siempre está diciendo que los cubiertos de dos pesetas son excelentes.

—Mire usted, D. Emeterio—le dijo Rodríguez, —en mi casa no encontrará usted lujo; pero en

cuanto á limpieza..... Usted está solo en el mundo, y no es cosa de que pase la noche del 24 como un hongo; mi esposa es una especialidad para guisar el bacalao á la vizcaína: con que véngase usted á cenar con nosotros.

Don Emeterio aceptó el convite, porque con tal de comer es capaz de sentarse en la punta de una espada; pero, al saberlo, decía doña Robustiana, la mujer de Rodríguez:

—Tú nunca reflexionas los pasos que das en el mundo. ¿Quién te ha mandado invitar á D. Emeterio, sabiendo cómo estamos de vajilla? Ayer se nos rompió una fuente honda.

—¡Pero, mujer! Yo le debo muchos favores: siempre que toma café en la oficina me deja un poquito en el vaso; además le ha dicho al Subsecretario que toco muy bien la bandurria, y voy á ir una noche de éstas á su casa para que me oiga y me ascienda.

Todas estas razones convencen á doña Robustiana; pero su tranquilidad dura poco, porque la criada entra en el gabinete con los pelos de punta, diciendo:

—Señora, venga usted.

—¿Qué ha pasado?

—Que Robustianito ha querido subirse al fogón y se le ha caído encima la cazuela de la compota.

La pobre criatura se presenta delante de los papás con la cara chorreando almíbar. Trae un

chirlo en la frente y una mano despellejada, y la nariz lo mismo que una berenjena.

—¡Ay, qué hijos!—grita la mamá corriendo en auxilio del muchacho.

—¡Qué le vamos á hacer!—dice Rodríguez;—son accidentes de la vida..... Anda, vete á la cocina, porque ya sabes cómo es la criada; si la dejas sola, es capaz de comerse el besugo.

A Robustianito le ha acostado su mamá, después de envolverle la cara en unos trapos, y los otros chicos andan por la cocina oliéndolo todo y provocando la desesperación de la criada, que les dice furiosa:

—¡Fuera de aquí, golosos! ¿Quién se ha comido una cebolla que había sobre este estropajo?

—Ha sido Manolín—dice la niña.

—¡Bribón! Voy á decírselo á tu mamá para que te señale.

Cuando la noche comienza á extender sus negras alas, D. Emeterio hace su aparición solemne en casa de Rodríguez, y la esposa de éste cambia el mandil de la cocina por la elegante bata de tartán á cuadros verdes y negros.

—Dispense usted si me presento así, de cualquier manera—dice al recién llegado;—pero no puede una fiarse de los criados. Está perdido el servicio doméstico.

Manolito y Lolita aparecen por el foro, y don Emeterio trata de besarles, pero no encuentra

dónde; tal es el estado lastimoso de aquellas caras, que parecen dos zapatillas suizas.

—Ea, á cenar—dice Rodríguez lleno de júbilo.

Y todos se sientan, y en aquel momento Robustianito, que oye el ruido de los platos, comienza á chillar desde la cama y á darse en la cabeza contra los boliches.

—Déjale—dice Rodríguez á su mujer.—Ya se cansará.

—Es que temo que se arranque los trapos—añade ella.—¡Ay! Es un chico muy travieso. Un día, porque no quisimos darle patatas, se cortó las dos cejas con el cuchillo de la cocina.

Aun no ha acabado de expresar sus temores la buena señora, cuando se presenta Robustianito en camisa, llorando como un becerro; después comienza á pedir sopa y á revolcarse en la estera; Rodríguez quiere pegarle con el cucharón y don Emeterio procura poner paz, mientras los otros niños se han subido á las sillas y distraen sus ocios metiendo la cuchara en la sopera. Por fin doña Robustiana consigue tranquilizar á Robustianín, y acaba por envolverle en una colcha y sentarle á la mesa, mientras dice D. Emeterio, hablando consigo mismo:

—¡La familia! ¡Los goces puros del hogar! Cualquier día me pescan á mí en otra casa de éstas..... ¡Ahora, con que el bacalao no esté como á mí me gusta!.....

INCLINACIONES.

El hombre nace sin saber para qué, y sin sospechar adónde podrá conducirle el destino.

Nace uno, verbigracia, de padres aseados, y con el tiempo resulta que se enamora de una tripicallera, ó que cifra su dicha en no mudarse la ropa interior, ó en dejarse crecer las uñas, ó en comer la sopa de macarrones con los cinco dedos.

En Calatayud, por ejemplo, ha nacido un muchacho que al principio parecía una persona natural, y poco á poco fué desarrollándose, hasta

que se vió con asombro que se moría por las hierbas y por el trote.

Ahora, según dice la prensa de aquel país, el tal sujeto se dedica á labrar el campo, uncido á un burro joven y completamente huérfano.

—¿Por qué aras?—le preguntan los amigos.

Y él contesta con la mayor sencillez:

—Porque ese es mi natural.

No le guía el propósito de la fama europea ni pretende que le hagan concejal; rinde tributo á sus inclinaciones y las cultiva gozoso, arrimándose al burro, como si se tratara de un hermanito menor, víctima de la madrastra.

Cada cual tiene en el mundo sus tendencias dominantes y sus placeres propios, y hay quien se pirra por un lunar de pelo debajo de la nariz, y quien busca la amistad de los segundos apuntes de zarzuela, y quien daría cualquier cosa porque le dejasen tirar del carro de la carne todos los domingos al anochecer.

En cuanto comienza el desarrollo de las criaturas, ya se notan sus tendencias más salientes.

—Fermín—dice una madre cariñosa dirigiéndose á su esposo.—El niño muge.

—¿Cómo?

—Todas las noches, antes de quedarse dormido, menea las patitas con desasosiego y se pone á mugir como un novillo desamparado. Yo no sé á quién sale esta criatura.

—¿Pero, es eso verdad?

—Hace muchos días que lo vengo observando y me asusta su porvenir. Cuando se le contraría en lo más mínimo, nos embiste á todos, y ayer le sorprendí comiéndose la albahaca del recibimiento.

Por mucho que se esfuerce un padre celoso, no conseguirá nunca torcer las inclinaciones poderosas de estos niños, que empiezan por comerse las plantas del hogar doméstico y acaban por engancharse espontáneamente en los arados.

—Vengo á traerle á usted este niño—dicen al maestro—á ver si se ilustra.

—¿Sabe algo?

—Por ahora no sabe más que morder, porque le hemos criado con mucha libertad, y esta costumbre la ha cogido al lado de su abuelita, que es bastante bruta, aunque esté mal que hable yo así de mi suegra.

—Procuraremos quitarle el vicio.

—Hombre, sí; y á ver si de paso puede usted hacer que no ladre.

—¡Ah! ¿Pero ladra?

—Es otra costumbre que ha cogido, y yo lo atribuyo á que tenemos enfrente un hojalatero que está estudiando para tenor, y se pasa la vida haciendo escalas.

A los ocho días el padre infortunado recibe una carta procedente del colegio, que dice así:

«Venga usted por el muchacho, porque si no lo suelto en el Retiro cualquiera tarde de éstas. Ahora no ladra; pero rebuzna y se come la paja de las sillas, y ayer le dió una coz en un vacío al profesor de matemáticas, que á poco más le deja en el sitio.»

No hay educación que tuerza las naturales inclinaciones de ciertos muchachos. Lo que pasa es que muchos, á fuerza de celo en los profesores, y de agua fresca aplicada al cutis, aparecen á nuestros ojos como personas racionales, y llegan á disimular sus tendencias; pero en cuanto se les rasca olvidan su papel y vuelven á los naturales relinchos.

A lo mejor tropezamos en el mundo con un hombre serio y teñido; los puños de la camisa raspando la punta de los dedos, y la cabeza levantada, como si se la sujetaran desde el techo con un alambre.

Nos saluda con aire de superioridad, y se digna aconsejarnos que nos dediquemos al cultivo de la novela filosófica, ó al de la historia china, ó al de la patata nacional, y entonces preguntamos á cualquiera:

—¿Quién es éste?

—Un hombre muy importante—nos dice á media voz.—Está indicado para senador vitalicio desde hace más de tres años.....

El aludido rompe á hablar y vamos tomando

nota de sus vaciedades, hasta convencernos profundamente de que aquél es uno de tantos sujetos que andan por el mundo ocultando sus inclinaciones.....

Pero menos modesto que el de Calatayud, en vez de arar, ora.

Aunque en el caso presente todo viene á ser lo mismo.

ESCENAS DE FAMILIA.

I.

—Ceferino, es usted un tirano. Está usted matando á disgustos á este ángel del Señor. Se ha casado usted con el único objeto de asesinar á mi hija lentamente.

—¡Pero, señora!.....

—¡Pobrecilla! No hay más que verla para conocer lo mucho que sufre. Todas las chaquetas le

vienen anchas. ¿Son estas las carnes de Mariquita? Antes daba gusto verla, y ahora se le ha puesto el cutis del color de la cordilla. La priva usted de lo necesario, y no tiene usted inconveniente en gastar un dineral en el café con los amigotes.

—Falso.

—¿Falso? Ayer mismo estaba usted en la Cervecería Suiza tomando agua con azucarillo.

—¿Qué tiene eso de particular?

—¡Pues me gusta! ¿Conque es decir que se niega usted á comprar á mi hija un miserable abrigo de *peluche*, que no cuesta más que ciento cincuenta pesetas, y en cambio se va usted á los establecimientos públicos á beber agua con azucarillo?..... Esto es el colmo del cinismo..... Mire usted, mire usted cómo llora la pobrecita.

—Pero.....

—Nada de disculpas. Adivino lo que va usted á decirme: que su posición no le permite hacer desembolsos; que no es usted rico..... Ya lo sé, por desgracia. Pero ¿quién le ha mandado á usted casarse? Mi hija ha sido criada con mucho mimo, y para que usted lo sepa, la pretendía un joven muy guapo y de mucho porvenir, que había inventado una máquina para jugar al tute; pero ella, que siempre ha sido muy tonta, dejó al inventor y se enamoró de usted por ese lunar de pelo que tiene usted en la mejilla. ¡Valiente adefesio! ¡Un lunar que parece un felpudo!..... No sé dónde tenía los

ojos mi hija. ¡Infeliz! Ignoraba que al casarse con usted se casaba con el propio Don Dionisio, el tirano de Siracusa.

—No diga usted desatinos, señora.

—¡Hombre! Ya no falta más sino que nos pegue usted á las dos..... Vente, hija mía; huyamos del poder de este verdugo.

—Ceferino, tú ya no me quieres.

—¡Pero, Mariquita! ¿Es posible que des crédito á las exageraciones de tu madre?

—¡Hija de mi corazón! No consientas que insulten á tu mamaíta. Yo me voy de esta casa.

—¡Vaya usted al infierno!

—¡Ay, ay, que me da el ataque! ¡Socorro! Este hombre quiere asesinarnos porque nos ve solas é indefensas..... ¡Ay! Yo me ahogo.

Mariquita se lanza á socorrer á su mamá, que patalea y echa espumarajos por la boca; la criada acude llena de pavor y Ceferino se tira de los pelos junto á la cómoda.

Cuando doña Bernarda vuelve en sí, arremete contra su desventurado yerno, gritando:

—Mañana mismo presentará ésta la demanda de divorcio. ¿Lo oye usted, caballero? Mañana mismo. ¡Abur!

Y después de estampar un sonoro beso en la mejilla de Mariquita, baja las escaleras esgrimiendo el abanico como si fuera una navaja de Albacete.

Ceferino se queda de pie en medio de la sala, con la cabeza entre las manos; su esposa va á echarse en el sofá, vertiendo abundantes lágrimas, y la doméstica se vuelve á la cocina, diciendo para sí:

—¡Pobre señorito! Él ya está flaco; pero con estas cosas va á acabar por morirse el mejor día en un rincón como el gato del segundo.

II.

Ceferino contempla á Mariquita durante algunos segundos.

Ella no cesa de llorar amargamente; él, que es tierno de corazón, quiere que la tempestad desaparezca, y va poco á poco acercándose á su mujer.

—Pero ven acá, tontuela—la dice con acento cariñoso.—¿Puedes dudar de mi cariño?

—Mamá es la única persona que me ama y me comprende.

—Tu mamá es un teniente coronel de la Guardia civil.

—Ceferino, no insultes á la que me ha dado el ser. Ella es la que me hace notar todos tus desaires. Me ves desnuda, y no eres para comprarme un abrigo de peluche.

—Pero ¿no sabes que son escasos nuestros recursos?

—Lo que sé es que á la de Martínez le ha traído su marido de Castrojeriz un gabán forrado de pieles, y que á la del segundo le están haciendo una *pelerina* con un agremán alrededor de siete dedos de ancho.

—Pues bien, Mariquita. Tú no serás menos que la de Martínez..... Abur.

III.

—Ante todo la paz conyugal—decía Ceferino, entrando en una tienda de la calle de Postas.

Un dependiente con el pelo rizado y la mirada melancólica salió á su encuentro, preguntándole:

—¿Qué va á ser?

—¿Tiene usted abrigos de peluche?

—Sí, señor..... Á ver, Emeterio: baja los abrigos..... Aquí tiene usted éste, de clase superior, género inglés cruzado. Ayer vendimos catorce.

—¿El precio?

—Veintisiete duros.

—Es carísimo. ¿Quiere usted veinte?

—*Me* cuesta más.

—¿A usted?

—A mí precisamente, no señor; pero es nuestra manera de hablar.

Ceferino logró que le vendieran la prenda en

veinticinco duros, y se dirigió á su casa rápido como un corzo herido.

Subió precipitadamente la escalera y se lanzó al pasillo, que estaba á media luz.

Inmediata á la puerta había una persona de pie, con las manos en la cintura, como si se preparara á armar un escándalo.

—Es Mariquita, que estará impaciente—dijo Ceferino para sí, y se arrojó en sus brazos diciendo:

—Aquí me tienes, ángel mío.

—¡Seductor! ¡Sin vergüenza!—gritó la persona del pasillo.

Ceferino retrocedió asustado.... .

¡Era doña Bernarda!

BRUJERÍAS.

No hace muchos días que fué amonestada po. el juez una hermosa joven, á quien acusaba su marido de haberle dado unos polvos para corregir el mal genio.

Parece ser que el esposo tenía momentos de

irascibilidad, durante los cuales regañaba á su mujer y quería estrangular á su suegra, y se martirizaba á sí propio, dándose golpes en la nuca con la mano del almirez.

La esposa, para evitar disgustos, fué á ver á una reputada bruja, y ésta la dió unos polvos de su invención, merced á los cuales el hombre más irascible se convierte en manso y dulcísimo borrego.

No es este el primer caso que registra la historia.

Sabemos de otro marido irascible que tomó los polvos maravillosos, y á los pocos días era tal su mansedumbre, que se sentaba en una sillita de costura, y allí permanecía las horas muertas haciendo pajaritas de papel ó jugando con unos cromitos.

Llegó á tal extremo la calma de aquel infeliz, que la mujer, arrepentida de su obra, tuvo que apelar á toda clase de recursos para volverle á la vida.

—Celedonio, levántate—le decía.

Y el hombre, sin rechistar, se ponía de pie.

—Celedonio, incomódate.

—No puedo—contestaba él.

—Celedonio, fáltame á todo género de consideraciones.

—No tengo ánimos para nada.

—Pégame, Celedonio.

El hombre levantaba la mano y la volvía á bajar diciendo:

—Me es imposible, Dorotea; yo no te falto á ti por nada de este mundo.

No sé qué es peor, si tener mal genio ó no tener ninguno, como le pasaba á este pobre marido después de tomar los polvos. El caso fué que se murió de puro bueno que era, y hoy dice su esposa con lágrimas en los ojos:

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué tiempos aquellos, cuando se ponía furioso y me tiraba platos á la cabeza! ¡Qué bofetada tan hermosa la que me pegó el año pasado, por este tiempo!

Lo de los polvos prodigiosos es cosa corriente entre muchas personas. Hay mujeres que aseguran haber reconquistado el amor de sus esposos por medio de raspaduras de sombrero hongo echadas en el vino. Hay otras que creen que el hombre se enamora como un salvaje con sólo ponerle en la espalda cinco pelos de gato untados de aceite.

En cierta ocasión tuvimos la dicha de que llegase á nuestro oído el siguiente diálogo:

—Buenos días, doña Ramona.

—Adiós, Pepita. ¿Cómo va?

—Mal, muy mal; mi marido me está dando muchos disgustos. ¿Querrá usted creer que me ha visto el jueves tumbada sobre un felpudo con un dolor de vientre que me volvía loca, y no ha sido para decirme por ahí te pudras?

—¡Jesús, Jesús!

—Yo creo que debe de tener otra.

—Puede.

—Porque ayer le pedí catorce reales para comprar sanguijuelas, y me los negó.

—¿Y está cariñoso?

—¡Qué ha de estar!

—Pues, hija, tiene usted que darle algo.

—¿Y qué le doy?

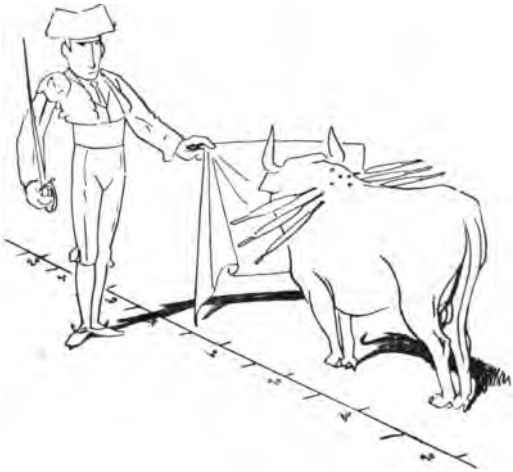
—Coja usted una uña de perro que esté bien fresca, y la cuece usted en vino blanco. Si la uña puede ser de perro canelo, mejor que mejor; después pasa usted el agua por un calcetín usado, pero tiene que ser azul, y se la mezcla usted con el chocolate. Si nota usted que no hace efecto, entonces hay que arrancarle un pelo del bigote y meterlo en leche de cabras, vista ordeñar. Cuando el pelo suba, verá usted cómo su marido se vuelve cariñoso. También es muy bueno hacerle beber tinta con un poquito de azafrán, ó meterle una herradura en el bolsillo del pantalón, sin que él conozca que la lleva.

¡Desgraciado de aquel que cae en manos de una de estas mujeres candorosas!

Un amigo nuestro, casado con una vieja supersticiosa y ridícula, estuvo comiendo durante dos meses seguidos sus propias uñas. La mujer se las raspaba, aprovechando su sueño, y después echaba las raspaduras en el cocido.....

Al enterarse el esposo, cogió una estaca y se la rompió en las costillas á su mujer.

No se puede negar la influencia de las raspaduras sobre el corazón humano.



LOS HOMBRES SERIOS.

Hay quien va á los toros dispuesto á presenciar el espectáculo con la misma formalidad que si asistiera á una sesión de la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Conozco un aficionado que no se ríe nunca, ni se comunica con sus compañeros de grada, ni aplaude más que en determinadas y contadísimas ocasiones. Llega á la plaza, se sienta, enciende un cigarro escogido de diez céntimos y se dispone á presenciar la corrida con la seriedad propia de

quien va á oir un sermón de Manterola, ó á sacarse una muela.

—A mí me gusta el toreo serio—dice él; y vocifera indignado cuando *Guerrita*, después de hacer un quite, le da al toro una patadita en el hocico ó trata de colgarle la montera en un cuerno.

Los que no ejercemos el sacerdocio de la afición taurina y vamos á la plaza á distraernos, encontramos muy simpáticas y agradables ciertas *monerías* de los diestros, y hasta las aplaudimos, siempre que no traspasen los dinteles de lo conveniente.

Los hombres serios, por el contrario, protestan furiosos y gritan á lo mejor, apoyando ambas manos en las rodillas de sus adláteres:

—¡Eso no es torear! ¡Eso es hacer títeres! ¡Vaya usted á escardar cebollinos, so pelele!

Hay un abonado de tabloncillo, en la grada tercera, que se pasa toda la corrida poniendo los ojos en blanco y haciendo gestos, en los que se refleja la más íntima amargura.

—¿Qué le pasa á usted—suele preguntarle alguno.

Y él contesta con acento tenebroso:

—¡El arte está perdido! ¡Ya no hay quien toree en serio! ¡Qué escándalo!

Algunas veces lleva á su esposa á los toros, con ánimo de ventilarla, y la pobre señora, que es expresiva y locuaz, entabla conversación con cual-

quiera espectador amable. Entonces el hombre serio la dice al oído:

—Cállate, Restituta.

—¿Por qué?

—Porque van á creer que estás muy contenta.

—¿Tú no lo estás?

—¿Cómo quieres que esté contento al ver lo que pasa? Ya no hay formalidad en la lidia de las reses. Los mismos toros están avergonzados, y se dejan torear de mala gana.

—¿Qué es eso?—interrumpe un espectador.—¿No le gusta á usted Mazzantini?

—Desengáñese usted—contesta el hombre serio—hoy todo es mojiganga.

—¿Qué quiere usted entonces? ¿Que salgan los toreros con mitra, ó que pongan un catafalco en medio del redondel?

—Lo que quiero es que se toree con arreglo á las prescripciones del arte clásico. Nada de monaditas ni de *titiritadas*. El matador debe ser serio.

—Justo, como Fabié ó como Jove y Hevia, el economista de mármol de Carrara.

Malas son las exageraciones de los que van á los toros á meditar sobre la decadencia del arte, pero en cierto modo no dejan de tener razón. Hoy abundan los matadores acrobáticos, alguno de los cuales; mejor que matar toros parece que está haciendo juegos malabares; y si las cosas siguen así, habrá con el tiempo matadores funám-

bulos, banderilleros equilibristas y picadores excéntricos, que saldrán á poner varas y á dar volteretas sobre el caballo.

Aun hemos de ver algún programa de toros donde se lea:

«El espada Cameletti matará dos toros y dará el doble salto mortal por encima de los monos sabios.»

«El banderillero *Piri* presentará un besugo amaestrado, y los demás artistas de la cuadrilla harán gran número de habilidades, distinguiéndose el picador *Bandullón* con sus juegos icarios. Al final ejecutará el tan aplaudido baile de la *Ninfa ardiente*, tomando parte Nemesio López, carpintero de la plaza, que es sonámbulo, y el tan reputado mono *Ventosa*, que se dejará magnetizar á presencia del público.»

Grandes sorpresas nos reserva el toreo del porvenir, y nada tiene de particular que los hombres serios se indignen desde ahora en vista de la informalidad con que hoy se torea.

Para que el torero no traspase los límites de lo justo y llegue á la plaza dispuesto á lidiar las reses con el aplomo y la *formalidad* que el caso requiere, convendría que se le leyera un trozo de discurso de Navarro Reverter.

Que es lo bastante para producir honda impresión en el ánimo y quitarle la alegría á cualquiera.

EL TÍO MILLONARIO.

Don Emeterio y su señora vivían mal. Todo lo mal que puede vivir un matrimonio con doce mil reales de sueldo y dos hijas casaderas. Las pobrecillas se pasaban la existencia diciendo:

—¡Ay, papá! ¡Qué ganas tenemos de ir á una reunión para probar los emparedados!

—¡Deben de ser muy ricos!—añadía la madre con amargura.

Don Emeterio no decía nada, pero clavaba los ojos en el techo y lanzaba hondos suspiros.

Una mañana, ¡mañana feliz! el cartero llegó á aquel domicilio con una carta. Abrióla D. Emeterio, y lanzó un grito de alegría.

—¿Qué ocurre?—le preguntó su esposa.

—Que mañana llega tu tío.

—¿Qué tío?

—El tío del Brasil. Me lo escribe tu hermano, el de la Coruña.

—¿Será posible?—exclamó D.ª Nemesia, la esposa.—Hay que ir á visitarle al momento, porque es millonario y nos querrá dotar inmediatamente. ¿Sabes á dónde viene á parar?

—Sí; á la fonda de los Leones, según dice la carta.

La familia de D. Emeterio esperó impaciente que llegase el día señalado, y corrió á la fonda.

—¡Tío de mi corazón!—dijo D.ª Nemesia arrojándose en los brazos del forastero.

—Aunque no soy más que sobrino político, le quiero á usted como si fuera mi segunda madre—añadió D. Emeterio, estrechando al otro contra su corazón.—Aquí tiene usted á las niñas: ésta se llama Lorenza y esta otra Bruna; pero son dos ángeles.

El tío miraba á toda aquella gente con estupe-

facción, porque como fea, lo era bastante; sobre todo D.ª Nemesia, que parecía un perro de lanas color de canela.

—¿Conque ustedes son mis sobrinos?—preguntó por último el brasileño.

—Sí, señor; sobrinos completos—contestó la esposa de D. Emeterio.—Yo soy Nemesia, la hija de su hermana Celedonia.

—¡Ah, sí! ya recuerdo..... Mi hermana Celedonia; una chata con bastante bigote. ¿Y qué se ha hecho de ella?

—Pues nada; se murió la pobrecita de una irritación muy grande.

—Hace tanto tiempo que falto de Europa, que ni aun recuerdo cuántos hermanos hemos sido.

—Es natural.

—Vaya, vaya; pues sentadse, que vendréis cansados. ¿Queréis tomar cualquier cosilla? ¿Un vasito de agua? ¿Un poquito de magnesia? ¿Os queréis lavar las manos?

Doña Nemesia y sus retoños esperaban que el tío las convidase á comer, y el mismo D. Emeterio decía para sí:

—Es cosa segura. Ahora no nos deja marchar, y me alegro mucho, porque no he comido en la fonda desde Marzo del 89, cuando se casó la de Pérez con el chico del sombrerero.

Pero el tío no se daba por enterado, y se limitaba á hablar del Brasil y de sus progresos.

—¡Qué país aquél!—decía.—Yo he tenido que trabajar muchísimo para conseguir un capital, y he sido todo lo que hay que ser, hasta negro.

—¡Qué atrocidad!—exclamó una de las niñas.

—El hombre, para ganarse la vida, no debe reparar en nada. A mí me tuvieron dos meses metido en una espuerta y tapado con un paraguas, porque no quería matar á un amigo.

—¡Caracoles!—dijo D. Emeterio.

—Sí, señor; he pasado muchas penalidades, hasta que por fin me casé con una india.

—¿Y qué hizo usted de ella?

—Se me murió del muermo, que es una enfermedad muy común en aquel país.

En esto dieron las siete y comenzó á sonar la campana de la fonda, avisando que la comida estaba dispuesta.

—A comer—dijo el brasileño.

Los corazones de aquella familia latieron con violencia.

—Ustedes se irán—siguió diciendo el tío—porque tendrán que comer también. Conque, abur, y ya iré á verles y á llevarles un regalito.

Todos se miraron con mal disimulado enojo; pero la promesa del regalito compensaba en cierto modo la contrariedad sufrida.

Doña Nemesia volvió á abrazar á su tío; don Emeterio estrechó otra vez su mano, y las niñas le dirigieron miradas tiernas que equivalían á decirle:

—¿Por qué no se casa usted con nosotras? Somos muy limpias.

Él no entendió nada: lo que hizo fué empujarlos á todos fuera de la habitación, diciéndolos de nuevo:

—Ya iré, ya iré á llevarles un regalito.

Y efectivamente, al otro día D.ª Nemesia era visitada por el tío del Brasil, que le dijo al entrar:

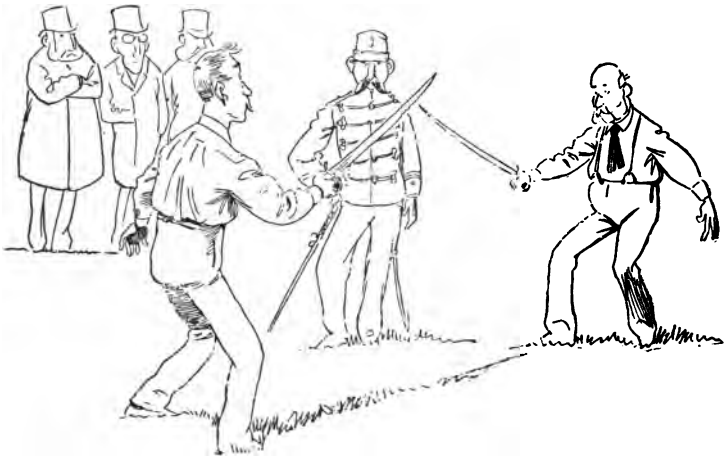
—Vaya, ya estoy aquí.

—¡Tío de mi alma!—gritó la sobrina.

—Ya veis que no olvido la promesa—dijo colocando una jaula sobre la consola.

—¿Qué es? ¿Qué es?—preguntaron á dúo las niñas.

—¡Un loro!—exclamó D.ª Nemesia, lanzando un suspiro y dejando caer los brazos á lo largo del cuerpo, en señal de profunda desolación.



VENTILAR EL HONOR.

Todo extremo es vicioso. He conocido personas que se dejaban insultar, sin oponer la menor protesta, y hasta permitían que se les metieran los puños por los ojos, y les arrancaran mechones de pelo.

En cambio sé de algunos que no pueden resistir la menor alusión, ni permiten que delante de ellos se pronuncie una palabra más alta que otra. En cuanto se les dice, verbigracia:

—Hombre, no sea usted tonto,—se les enciende

la sangre, cambian de color, aprietan los puños y se dirigen furiosos á su interlocutor, exclamando:

—Lo de tonto, ¿lo ha dicho usted para ofenderme? ¿Sí? Conteste usted en el acto. ¿No contesta usted? Bueno; tendrá usted que entenderse con dos amigos.....

Y en un dos por tres se promueve un lance de honor, que arreglan los padrinos declarando que no ha habido propósito de ofender al «tonto», y que éste es un cumplido caballero, si bien algo aficionado á la bebida.

Algunas veces los padrinos no conducen la cuestión con todo el acierto que fuese de desear, y entonces se verifica el duelo á sable, sin punta ni filo, con la condición expresa de que los combatientes no podrán herirse más que de la cintura para abajo, á fin de que no se les estropee el físico, ni sufran los remos.

Cada lunes y cada martes ocurre un caso de éstos, y hay hombre que tiene que acudir al campo del honor obligado por las circunstancias y diciendo confidencialmente á los testigos:

—¡Caramba! ¡Cuánto siento tener que cruzar mis armas con ese hombre! Yo no le quiero mal, antes por el contrario, me parece una persona muy simpática, y hasta tiene mucho parecido con un hermanastro de mi suegro, que ha sido para mí un segundo padre.

—Sí; pero le ha faltado á usted llamándole

«avestruz» delante del fosforero de la cervecería. Tiene usted que lavar el honor.

No es cosa de dejar que se nos pise la honra, y tenemos que ir á casa de un maestro de armas, para que nos dé unas leccioncitas, á cambio de unos duros, y además no nos libramos de que nos digan los testigos con la mayor formalidad del mundo:

—Es necesario estar prevenido para cualquier contingencia grave. Bueno será que haga usted testamento y que lleve usted una carta en el bolsillo, declarando que se da usted la muerte por gusto.

—¿Pero, qué? ¿Me voy á morir?

—Eso es lo que no sabemos; pero póngase usted en lo peor. ¿Tiene usted que hacerme alguna recomendación reservada?

—¡Hombre, sí! En caso de muerte, hágame usted el favor de mudarle el agua al jilguero del pasillo. ¡Ah! Y que no se olviden de recoger una americana que he mandado á casa del sastre, para que la ponga trencilla nueva.

El hombre acude al terreno del honor sin que le anime ningún propósito maligno, y cuando «cae en guardia» dirige á su contrario miradas cariñosas, como si quisiera decirle:

—Procure usted no hacerme mucho daño, y sobre todo no me dé usted en la cabeza, porque la tengo muy delicada.

Pocas veces obedecen los duelos á motivos graves. Por lo general los hombres se desafían sin que medie entre ellos el encono. Una palabra mal sonante, un acaloramiento, un instante de mal humor pueden dar lugar á un desafío, y ni aun las personas de carácter dulce se sustraen á estas peligrosas influencias.

Don Heliodoro tiene un callo conocido de todos sus compañeros de oficina, pues le nació el mismo año que hizo su entrada en Madrid D. Amadeo de Saboya, y desde entonces acá no ha podido dominarle.

Todos los funcionarios que han pasado por aquella oficina han tenido por fuerza que pisar el callo de D. Heliodoro, porque como es el empleado que más bulle, siempre está uno tropezando con aquellos pies, que parecen dos cartapacios.

—Dispense usted—le decían los compañeros cada vez que le pisaban la excrecencia.

—Eso no vale nada—respondía él sonriendo.

Pero el otro día, un oficial subalterno dejó caer un expediente encima del pie de D. Heliodoro, y éste, montando en cólera, cogió al chico por el cuello de la americana y lo tiró contra una taquilla.

Aquella misma tarde quedó concertado el duelo, porque es lo que decía el escribiente:

—Salvo el respeto que me inspira como supe-

rior jerárquico, yo exijo una explicación en el terreno de las personas decentes.

—¡Pero, Balduque!—le decían los compañeros para tranquilizarle—D. Heliodoro no ha tenido intención de ofenderte. El te ha tirado contra la taquilla sin el propósito de mancillar tu honor.

No hubo más remedio que acudir á las armas, y los contendientes llegaron á la Fuente de la Teja á las ocho de la mañana. Allí le quitaron á D. Heliodoro la levita, y el hombre empezó á toser y á quejarse de un dolor en un vacío, porque no está acostumbrado á desnudarse á la intemperie, y porque es hombre que usa chaleco de Bayona en todo tiempo. El escribiente se conmovió ante los estornudos de D. Heliodoro, y dijo que le perdonaba el agravio, con lo cual se evitó la efusión de sangre.

Pero al día siguiente D. Heliodoro tuvo que quedarse en la cama, víctima de un catarrazo horrible.

—¿Qué es eso?—le preguntaban los amigos.

—Un enfriamiento que he pillado ayer por la mañana en la Fuente de la Teja.

—¿A qué has ido allí?

—A ventilar el honor.

—Sí, ya vemos que lo has ventilado. ¿Y ese rasguño de la ceja? ¿Es algún sablazo?

—No; esto es cosa de mi mujer. En cuanto supo

que venía de un duelo, se puso furiosa, porque no quiere que me constipe, y como tiene un genio tan atroz, ¡pum! me tiró á la cara el frasco de la bandolina.

PRODUCCIÓN NACIONAL.

Como no sea del anarquismo, no se habla de otra cosa, porque de los robos que se cometen nadie habla ya, excepción hecha de las víctimas.

Los *atracos* se han puesto de moda, y todos los que no quieren pasar por personas insignificantes salen de su casa con el deseo de ser desvalijados, para poder decir después con cierto orgullo:

—A mí me robaron ayer en la calle de la Greda, entre siete y ocho. Se conoce que han querido darme esta prueba de consideración.

—¿Y le han robado á usted mucho?

—No, señor; me robaron catorce reales y un reloj de níquel; pero lo que siento es que no anda y se van á incomodar conmigo los atracadores. Si yo sé que iban á robármelo, lo hubiera llevado á casa del relojero para que lo arreglara.

Se conoce que las autoridades están muy ocupadas con eso del anarquismo, y no se entretienen en poner vigilantes.

El servicio nocturno ha llegado á tal punto de abandono, que llama uno al sereno para que le abra la puerta y se hace el desentendido.

— ¡Ramón! ¿No oye usted que le llamo?

— Sí, señor; ya lo he oído, pero estaba arrimado á aquella puerta pensando en Cos-Gayón.

Otras veces busca uno al sereno y no lo encuentra por ninguna parte.

—¡Pepe! ¡Pepeeee!

— Caramba! No es usted poco *esijente*—contesta el interesado, saliendo de una taberna.—No tienen ustedes consideración con la *autoridaz*. Estaba echando unas copas.

Hoy son pocos los que se salvan del robo callejero ó domiciliario.

Todos los días entran ladrones en las casas y se llevan lo que hay. Así, no extrañemos que los co-

liseos estén vacíos, porque casi nadie tiene ropa para presentarse en público.

—Isidora—dice un marido á su mujer.—Sácame el gabán, porque ha refrescado la noche y no quiero constiparme.

—¿Pero no recuerdas que te lo robaron el domingo?

—¡Ah, sí! Ya lo había olvidado.... Bueno; pues sácame una manteleta tuya y me la echaré por los hombros; no es cosa de que me quede sin ver el *Thermidor*.

Hay ladrones muy decentes, que se limitan á robar con la mayor finura y dicen á la víctima:

—¿Está usted bueno? Yo bueno, gracias. Tenga usted la bondad de facilitarme todo lo que lleve encima..... No, no se moleste usted, ni grite, ni se acalore, porque será inútil. Los vigilantes de la autoridad brillan por su ausencia.

—Pero.....

—Si usted se opone á mis deseos, me veré en la triste necesidad de saltarle á usted los dientes de una trompada.

En esto del robo se ha adelantado muchísimo. Ahora le roban á uno con cierta amabilidad, y cuando le pegan lo hacen con muy buenas palabras. Por ejemplo:

—Va usted á permitirme que le dé una puñalada en el costado derecho. Es cosa muy breve. Ya está. Vaya, abur, y dispense usted la confianza.

Los ladrones se han ilustrado mucho, y ya forman parte de nuestra sociedad. Con el tiempo hemos de asistir á algún círculo donde se nos harán presentaciones como ésta:

—Tengo el gusto de presentar á usted á D. Fulano de Tal, caballero de Isabel la Católica y ladrón de caminos, canales y puertos.

—Muy señor mío.

—Es fundador de una sociedad que tiene por objeto introducirse en casa de los comerciantes por la alcantarilla.

—¡Oh, excelente persona!

Así como antes se exigían ciertas condiciones morales para alternar en el mundo con las personas decentes, ahora va á ser necesario demostrar que es uno ladrón reconocido para que le admitan en las tertulias.

—¿Cuántos robos ha hecho usted?—preguntará el dueño de la casa.

—Estoy en el décimoctavo.

—¿Y estafas?

—Llevo once.

—Corriente. Aquí tiene usted una casa á su disposición. ¿Ha matado usted á alguien?

—No, señor, porque no cortaba la navaja; pero pienso matar un día de estos á un amigo que tiene un reloj de oro muy hermoso.

En la Cárcel Modelo hay ya una coleccion de caballeros ladrones que honran á cualquier país.

En este punto marchamos bien.

Ahora sólo falta que la autoridad prenda á los que andan sueltos, á fin de completar la colección y remitirlos á Chicago, donde obtendremos la medalla de oro.

AQUELLA NIÑA.....

I.

—¿Es aquí donde se admite un caballero con asistencia ó sin ella?

—Sí, señor; aquí es. Puede usted pasar.

La dueña de la casa era una señora con bigote, que me llevó al gabinete y me dijo, después de invitarme á tomar asiento:

—¿Ha visto usted el anuncio? Nosotras admitimos un caballero decente, porque yo tengo una hija y debo procurar, ante todo, que no vea malos ejemplos.....

—Es natural.

—Porque mi hija, aunque me esté mal el decirlo, es una niña sin experiencia, y usted ya sabe cómo está el mundo.

—Sí; está bastante mal.

—De modo y manera que yo no quiero alquilar la habitación al primero que se presente. He tenido buenas proporciones, pero no me han inspirado confianza. Ha venido un joven andaluz, que traía un flemón en el lado derecho, y por esto solo me he negado á recibirle, porque los flemones indican cierta ligereza de carácter; después vino un sacerdote que se quería quedar con el cuarto, pero traía consigo un sobrino sospechoso, y tampoco quise admitirle. Después vino una señora con su perro..... ¡Jesús, qué asco! Yo le dije que no quería señoras con animales domésticos, y ella se me insolentó y quiso darme en la cabeza con una butifarra que traía envuelta en un papel..... Nada, nada; yo sólo alquilo el gabinete á un caballero estable y decoroso, porque tengo una hija que está empezando á vivir, y no quiero que se extravíe.....

—Hace usted bien.

—Por primera vez en mi vida me veo en estos

trotes, y si no hubiera sido por Eguilior, el Ministro de Hacienda, otro gallo me cantara; porque yo solicité una viudedad, fundada en que mi esposo murió á consecuencia de un golpe que le dió en un vacío un sobrino segundo de Sagasta, y me parecía natural que habiendo fallecido á manos de la familia del Presidente del Consejo, se me indemnizara con una pensión vitalicia; pero, no, señor: no han querido concederme la viudedad, y hoy tengo que buscarme la vida, alquilando este gabinete, que es precioso..... Mire usted, mire usted qué buenas vistas. Enfrente un guarnicionero, que canta todas las tardes, y debajo una salchichería, que despide un olor delicioso.....

Doña Aniceta, que así se llamaba la patrona, siguió refiriéndome su vida y milagros, y convinimos, por último, en que yo pagaría por la habitación y asistencia treinta duros mensuales.

—Usted me parece una persona fina—me dijo —y no tengo inconveniente en admitirle en mi hogar; pero, ¡por la Virgen Santísima!, acuérdese usted de que mi Telesfora es una niña inocente.....

—Pierda usted cuidado..... ¡Pues no faltaba más!

II.

¡Qué mirada tan dulce la de Telesfora! ¡Qué sonrisa tan inocente! ¡Qué expresión tan sencilla y tan pura!

Yo no me atrevía á incomodarme cuando encontraba en la sopa un pelo de D.ª Aniceta, ó cuando iba á vestirme y tropezaba con un tomate crudo dentro de un zapato. Lo único que hacía era decir á D.ª Aniceta:

—¡Señora, por Dios! No meta usted las hortalizas en mi calzado.

—Dispense usted—contestaba la patrona.—Es que me he servido de un zapato de usted para machacar esta mañana unos tomatitos. Se nos ha extraviado el almirez.

La presencia de Telesfora comenzaba á hacerme cosquillas en el corazón. Era una joven ideal, que se ruborizaba por cualquier cosa, y á quien había que tratar con toda la delicadeza posible. Una vez que me oyó decir «¡carape!» á consecuencia de un pisotón de D.ª Aniceta, la joven se ruborizó y tuvo que ocultar el rostro en los brazos de su mamá, que me dijo con acento de reconvención:

—¡Por Dios, caballero! Reprima usted su lenguaje.

Otra vez que Telesfora me sorprendió en el pasillo en mangas de camisa, y con un pie sin

babucha, porque se me había extraviado, lanzó un grito de virgen ofendida, y tuvo su mamá que aflojarla el corsé y darle tazas de tila para que se tranquilizara.

Si alguna vez venía á traerme el espejo ó el cepillo, ó cualquier otro chisme indispensable, antes de entrar en el cuarto, preguntaba desde la puerta:

—¿Se puede?

—Adelante- contestaba yo.

—¿Está usted visible?

—Sí, hija, sí.

Y tenía que envolverme en la colcha ó esconderme detrás de una butaca, á fin de no herir la honestidad de Telesforita, que dejaba el chisme sobre la mesa de noche y echaba á correr, sin volver la cabeza.

—¡Qué criatura tan casta y tan interesante!—decía yo á solas.

Y pensé seriamente en unir mi existencia á la de aquella mujer incomparable.

Un hecho altamente significativo vino á resolver el asunto, y no pensé más que en la dicha de ser esposo de Telesfora.

Hallábase en el comedor haciendo arroz con leche, pues éste era uno de sus platos favoritos, tal vez porque el arroz con leche viene á ser una especie de símbolo de la dulzura doméstica, cuando entró su mamá diciendo:

—Telesfora, cuando acabes de hacer el arroz, ocúpate en repasar esto.

Y presentó á su hija unos calzoncillos de mi pertenencia.

—¡Horror! —gritó Telesfora palideciendo; y cayó de bruces sobre la mesa, introduciendo las narices en el arroz.

—Sí, sí—me dije á solas.—Esta chica es un ángel, y yo debo hacerla mi mujer, sin ningún género de duda.

III.

Nuestras relaciones marchaban viento en popa. ¡Qué relaciones tan castas y tan interesantes!

—¿Me quieres?—la preguntaba yo en momentos de deliquio amoroso.

—No me lo preguntes, porque me da mucha vergüenza — contestaba Telesfora, tapándose la cara con la cestilla de la costura.....

IV.

Una tarde..... una tarde Telesfora y yo nos mirábamos como dos jilgueros inocentes, sentados el uno frente al otro.

—Tilín..... tin..... tin.....—hizo la campanilla de la escalera.

—¿Quién será?—dijo Telesfora.

—Ahora lo sabremos—contesté yo, dirigiéndome á la puerta.

—No te molestes.....

Pero ya había yo levantado el pestillo.

Una mujer entró en la habitación con malos modos, gritando:

—¿Á quién le dejo yo este chiquillo?

—¿Un chiquillo?—exclamé asustado.

—Sí, señor; el niño de la señorita Telesfora.

—¿Qué está usted diciendo?

—¿Pues qué? ¿No sabe usted que ha tenido una criatura con un *tiniente?* Y lo peor es que hace dos meses y medio que no me pagan la manutención, y vengo á dejarlo.....

Telesfora se tapó la cara con el tapete de la mesa del comedor.

¡Aquella niña..... aquella niña candorosa y pura había tenido un chiquillo con un teniente de la reserva, casado y feo!

MEJORAS.

Á Dios gracias, no carecíamos de agencias fúnebres encargadas de enterrar á los muertos por un precio módico. Ahora tenemos, además, una asociación de empresarios de pompas, que realiza la importante misión de llevarnos al cementerio en elegantísima carroza.

Los tiempos se imponen, y la industria moderna va poco á poco estableciendo facilidades para todo.

Antes se ponía uno malo y tenía que decir á su esposa:

—Mariquita, yo voy á dar las boqueadas, y lo siento bastante, porque tú no entiendes de entierros y te pueden engañar.

—No pienses en eso.

—Hay que pensar en todo; que vayan á avisar al carpintero, y tráemelo aquí para ver cuánto me pone por una caja decente.

—Pero.....

—Y de paso que vayan á preguntar á la parroquia cuánto me va á costar un entierro de segunda clase.

El enfermo se tomaba el trabajo de disponerlo todo, á la vez que exhalaba el último suspiro; y había hombre que antes de expirar definitivamente volvía la cabeza para decir á sus deudos:

—Vaya, abur, y no os olvidéis de despabilar los blandones para que no se corran.

Ahora todos mueren tranquilos, porque saben que hay tarifa para los entierros, y que á nadie se le lleva más de lo justo.

Lo único que tiene que hacer la viuda es avisar á la Agencia y sentarse á llorar encima de un baúl, para que la encuentren anegada en llanto los amigos de la casa.

De cuando en cuando debe decir con acento de desesperación:

—¡Ay, qué hombre he perdido! ¡Ay, que ángel me ha llevado Dios!

Y pare usted de contar, porque todos los demás detalles referentes al duelo corren á cargo de las Agencias funerarias. Hasta hay alguna de éstas que tiene empleados de rostro macilento para llorar en el comedor mientras los amigos ensalzan las virtudes del difunto.

—¿Es usted pariente del cadáver?—se pregunta al agente fúnebre.

—No, señor; soy el representante de *El suspiro entrecortado*, sociedad de pompas de ultratumba. Yo vengo á llorar aquí de cinco á siete; á esa hora me marcho á comer y viene á relevarme un compañero, que es una especialidad en sollozos. Yo en lo que más me distingo es en los lamentos ahogados.

Es muy conveniente que haya sociedades encargadas de todo, porque en ciertos momentos de la vida no está uno para nada.

Á mi vecina D.ª Quiteria se le murió un tío segundo en su propia casa, y la pobre señora no sabía qué hacerse con el muerto, ni á quién echárselo.

—¿Dónde pongo esto?—preguntaba la criada toda aturdida.

—Ponlo sobre el aparador para que se enfríe,

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hasta ver qué hacemos—contestaba D.ª Quiteria sudando la gota gorda.

—¿Quiere usted que lo bajemos al portal?

—De ninguna manera. Lo mejor será que llames al vecino del segundo para que haga el favor de enterrarlo en un momento.

La buena señora no sabía que hay agencias fúnebres encargadas de todo, hasta que se lo dijo una vecina, y entonces llamaron al de las pompas y se hizo cargo del tío.

—¿De qué clase va á ser el entierro?—preguntó el agente.

—De la que usted quiera—respondió la señora.—Lo principal es que quede bien enterrado para evitar la crítica de los otros parientes.

—Bueno; volveré más tarde con la cama imperial.

—¿Cómo? ¿No se lo lleva usted?

—No, señora; tiene que quedar aquí.

—Hombre, hágame usted el favor de llevárselo cuanto antes; puede que haya alguna persona que quiera tenerlo en su casa, pagando lo que sea.

Aun existiendo agencias bien organizadas, son perturbadores estos acontecimientos; ¿qué no pasaría antes, cuando teníamos que arreglarlo todo por nosotros mismos y llegábamos hasta cerrar los ojos á nuestras propias suegras?

No cabe duda: los tiempos mejoran visiblemente.

PETITORIOS.

Las de Cateto han decidido pedir este año en la capilla del Cristo de la Salud, porque tienen ropa adecuada y porque cuentan con numerosas relaciones, que han de contribuir seguramente á aumentar los fondos de la bandeja.

Hace mucho tiempo que doña Severina, Cateta madre, deseaba figurar en una mesa de petitorio, porque es lo que ella dice:

—Nosotros, á Dios gracias, estamos en buena posición, y tenemos las prendas necesarias para poder presentarnos en público. ¿Por qué no hemos de pedir en una iglesia decente, como hacen otras?

El Cateto, esposo, es hombre modesto y enemigo de figurar; pero no consigue nunca que prevalezca su opinión en aquella casa. Alguna vez ha querido imponerse con buenas razones; pero le ha contestado su mujer:

—Mira, Filomeno, tú no entiendes de estas cosas. No te lo notarás; pero eres un hombre muy ordinario. El otro día, cuando estuvieron aquí las de Rufilanchas, te pusiste á cortarte los padrastros delante de ellas, y á mí un color se me iba y otro se me venía, porque sabe Dios lo que habrán ido diciendo de ti.

—Bueno, mujer, por eso no hemos de regañar.

—Yo tengo mucho empeño en que nuestras hijas brillen, y he decidido llevarlas á la mesa de petitorio; pero vas á hacerme el favor de no aparecer por allí, porque tienes ese gabán que da rabia verlo. ¡Jesús! ¡Qué manchas más indecorosas!

Las dos hijas de los señores de Cateto han enviado atentas invitaciones á todos sus amigos, para que acudan á depositar en la bandeja el óbolo de la caridad. Muchos no han contestado: otros

han devuelto la invitación diciendo que estaban ausentes, y alguno escribió en esta forma:

«Señoritas de Cateto:

»Mis buenas y distinguidas amigas: Desde el sábado estoy en la cama, á consecuencia de un dolor pertinaz que se me ha fijado en un vacío. El médico dice que es flato, pero yo lo atribuyo á una calaverada propia de mi edad. Estando sudando comí ensalada de lechuga, y hoy sufro las consecuencias de mi insensatez.

»No quiero dejar de contribuir al socorro de los desgraciados, y remito á ustedes la adjunta peseta. Parece falsa por su color, pero es buena. Lo que hay es que la he tenido entre unas píldoras de azufre que estoy tomando por prescripción facultativa, y se ha puesto así.

»Besa sus pies,

»*Emeterio Rinconcillo.*»

La casa de Cateto está medio revuelta, porque las niñas tienen que vestirse con sus mejores trajes y porque deben almorzar temprano, á fin de acudir al templo.

—Isidorita—dice la mamá—friégate bien el cuello, que lo tienes muy pardo, y á ver si me arreglas estas ondas de la frente para que no se me deshagan; y tú, Camila, pásale un trapo seco á mis botas de rusel..... ¡Ay, qué día de tanto jaleo! Ya sabéis que á las once en punto tenemos

que estar en la iglesia, porque empezarán á ir los amigos, y si no nos ven, se pueden incomodar..... Camila, sácame aquella chambra que tiene un entredós, y dile á tu padre que venga corriendo para que me abroche este corsé, porque vosotras no tenéis fuerza.....

Allí todo anda revuelto: sobre una silla vense las medias de doña Severina, y á su lado el bote de la bandolina y una babucha. La otra babucha ha ido á parar al pasillo en compañía de una bota del señor de Cateto. Encima de un baúl está el estuche de los pendientes y la caja de los polvos, y una jícara con un resto de chocolate, procedente del desayuno de doña Severina.

—Vamos, vamos; no os detengáis—dice ésta, dando vueltas por la habitación en paños menores.—¿Te has fregado el cuello, Isidorita? Anda, mujer, que no quiero que vayas así..... No nos va á quedar tiempo para almorzar; pero no importa, tomaremos cualquier friolerilla..... Que vaya tu padre por un cuarterón de queso manchego y un panecillo. No es cosa de que nos pongamos á freir el bacalao.

Después de muchos trabajos y no pocos gruñidos de doña Severina, y de recomendar á su esposo que no salga de casa hasta que ella vuelva, y que cuide de que el gato no se coma las espinacas ni se suba á la consola, la mamá y las niñas toman posesión de sus asientos ante la mesa de petitorio.

—¿Habrá venido alguna de nuestras relaciones? —dice la mamá.

—Todavía es temprano—contesta Camila.

—¿No es Besuguín aquel joven que está junto al confesonario?—pregunta Isidora.

—¡Quia! Besuguín es esbelto—replica la hermana.

—Y tiene otra nariz más expresiva—añade la mamá.

Pasan los minutos y los cuartos de hora y las horas enteras sin que se presente un solo conocido, y doña Severina empieza á intranquilizarse. Por último aparece Besuguín y saluda con un gracioso movimiento de cabeza á sus amigas; después introduce dos dedos de la mano derecha en el bolsillo de su elegante chaleco y deposita en la bandeja una monedita de dos reales.

—Gracias—dice doña Severina, sonriéndole cariñosamente.

Y clava los ojos en la moneda.

Besuguín desaparece, y la señora de Cateto dice á sus hijas con acento iracundo:

—¿Sabéis lo que creo? Que esos dos reales son falsos.

—¿Falsos?

—Los reconozco. Son los mismos que le dí yo á él la otra noche cuando jugamos á la lotería en casa de las de Martínez.

NUESTROS REPRESENTANTES.

No; la existencia del diputado no está sembrada de flores, como creen algunos.

Hay diputado que, además de sufrir los rigores de la disciplina, tiene que consagrarse en cuerpo y alma al servicio de los electores.

¿Que el herrador necesita tachuelas gordas, porque las del pueblo son caras y se las pesan mal? El amable diputado se encargará de recorrer las ferreterías de la corte hasta encontrar lo que desee el profesor en cascos. ¿Que la chica de la alcaldesa quiere hacerse un vestido de percal rameado, para herir el orgullo de las demás jóvenes del pueblo? Allá va el digno representante del distrito, de tienda en tienda, para satisfacer el capricho de la «cachorra» municipal. ¿Que á doña Mariquita, la boticaria, se le ha antojado una peluca rubia para tapar las rocas peladas del cráneo? Nadie mejor que el diputado puede encontrar lo que necesita la farmacéutica. En suma: el representante en Cortes, fiel expresión de los electores del distrito, viene á ser el ordinario del pueblo con sombrero de copa, y se pasa los mejores días de su inviolabilidad comprando cacharros, ó puntas de París, ó escobas de palma, ni más ni menos que el que hace el servicio de Madrid á Alcorcón.

—¿Cómo viene usted tan tarde, don Aquilino? —preguntaban los compañeros de pupilaje á un diputado de éstos.

—Ya ve usted—contestaba él.—El cargo impone ciertos deberes.....

—¿Sale usted ahora del Congreso?

—No, señor; salgo de las Américas.

—¿De Cuba?

—No, del Rastro. Vengo de comprar una cruz

de Isabel la Católica, usada, para un elector influyente, á quien acabamos de condecorar.

—La situación es muy grave—dijimos el otro día á un representante del país; y nos contestó:

—Lo será, no lo dudo; pero tengo ahí cuatro forasteros, y no puedo pararme á meditar hasta que se marchen.

—Hoy es un gran día para mí—exclamaba en cierta ocasión un diputado rural.

—¿Por qué?

—Porque le he sacado una subvención al Gobierno para una carretera de mi distrito, y además he comprado dos besugos de lance para remitírselos á la mujer del médico.

Hemos visto por ahí varios paletos conducidos por un diputado que les acompaña y obsequia. De cuando en cuando se detienen ante los escaparates y penetran en los cafés á tomar algo.

—A ver, tío Emeterio, ¿qué quiere usted tomar? —pregunta el diputado á uno de los paletos, que es elector influyente en el distrito.

—*Pus* á mí que me traigan cordero, si lo hay.

—¡Hombre, por Dios! Pida usted otra cosa más decente.

—Entonces, que saquen pepitoria.

—Mejor será que tome usted un refresco: leche merengada, que es lo que tomamos todos los conservadores cuando estamos en el poder.

—No te has vuelto poco fino con la *deputación*.

No, pues en Villachocha bien te gustaba empinar el codo y echarte al coleto medio cabrito tú solo.

Los electores, como es natural, quieren conocer el Congreso, y algunos llegan hasta decir al diputado:

—¡Hombre! Mañana lo primero que vamos á hacer es ir á la calle de Toledo para comprarle una cabezada al secretario, y en seguida nos metemos en las Cortes. Lo que debe usted hacer es decirle á Castelar que hable algo *pa* que le oigamos nosotros, porque luego nos preguntarán en el pueblo, y es una vergüenza no poder dar razón.

Los más atrevidos quieren bajar al salón de Conferencias para ver á Cánovas de cerca, y poderle decir que en el distrito hay un juez que es fusionista y no hace caso de las recomendaciones de los ministeriales.....

Y mientras ocurre todo esto, los seres candorosos que confían en la inteligencia, celo y patriotismo de ciertos diputados, se meten en la cama diciendo:

—Es verdad que estamos mal y que pueden ocurrir aquí muchos infortunios, dada la situación de nuestra Hacienda; pero los diputados se desvelan por el bien del país..... Durmamos tranquilos.

MATRIMONIOS.

I.

—¿Los señores de López?

—Pase usted.

—¿Están ustedes buenos? ¿Y los niños? ¡Qué monos son! ¿Este es el mayorcito? ¿Cómo te lla-

mas, hermoso? Es el vivo retrato de su papá..... Vaya, vaya, ¿con que ustedes siempre tan retraídos?.....

El marido es hombre alegre, de buen carácter, obsequioso y fiel como un perro de lanas. Ella tiene cara de pocos amigos, y procura que se note el desacuerdo en que vive con su esposo, á quien desprecia.

—¿Han pasado ustedes bien la Semana Santa? —preguntamos al matrimonio.

—Perfectamente—dice el marido.

—No le haga usted caso—replica la mujer.—Yo he estado con unos dolores muy grandes; pero este hombre no se fija en nada. A él en quitándole de sus toros.....

López mira á su esposa con ternura y temor al mismo tiempo. Después dice:

—Tiene razón ésta. La pobrecilla sufre bastante con un dolor que se le pone en el costado derecho, y otro en los riñones, y viceversa.

—¡Jesús, qué cosas dices! Va á creer este caballero que estoy hecha una carraca.....

Y dirige á su marido una mirada iracunda. Éste se decide á guardar silencio por no contrariar á su dulce compañera, y continúa hablando de cosas indiferentes.

He aquí un matrimonio como hay muchos. La mujer «lleva los pantalones», y en aquella casa no se hace más que lo que ella quiere. Si alguno

de los chiquillos se pone enfermo, López es quien le da las unturas y quien pelea con el muchacho, mientras ella permanece en la inacción, sin cuidarse del angelito, y lo más que hace es gruñir, asegurando que López tiene la culpa de la enfermedad, porque le ha dado al chico queso de Villalón y es muy ardiente.

Así y todo, López asegura que el matrimonio «es el verdadero estado del hombre». Ella, en cambio, declara que su marido es persona de pocos alcances, sin disposición para labrarse una fortuna, pues pudo haberse hecho amigo de Concha Castañeda en los baños sulfurosos, y desperdició la ocasión.

López es feo; su mujer ha sido de lo mejorcito de Cartagena; tiene un lunar de pelo junto á la barba; ha estado en relaciones, antes de casarse, con uno que llegó á subsecretario, y ella, por tonta, no le quiso, y hoy le pesa, porque no se vería como se ve, etc., etc.

II.

—¿Están los señores de Martínez?

—Adelante, amigo mío, adelante—dice la señora saliendo á recibirnos.

Es una mujer guapota, fresca y alegre, que

besa estrepitosamente á las señoras y aprieta con efusión la mano á los caballeros.

Desde el primer momento se adivina al verla que ha nacido para casada.

Adora á su marido, pero él no piensa de la misma manera; ella ama el matrimonio; él ama todos los matrimonios, menos el suyo.

Delante de la gente le verán ustedes enamorado de su mujer y ponderando sus disposiciones, sus encantos y sus virtudes.

—Ésta – dice tocándole en el hombro—es una especialidad para hacer dulce. Ésta sabe arreglarse con cuatro trapos y sale por ahí que da gusto verla. Ésta lo mismo sabe cortar un vestido, que cantar un aria, que poner unas sanguijuelas.....

A la pobrecita se le cae la baba oyendo estos elogios, aunque sepa que no son sinceros, y para corresponder cumplidamente comienza á decir que tiene un marido ejemplar.

—Nos queremos mucho—dice ella—porque éste es muy bueno y adivina mis menores deseos. Sabe que me gusta la merluza, y en cuanto ve que está barata ya me la está trayendo debajo del gabán para sorprenderme. Estamos lo mismo que el primer día, y doy gracias á Dios por haberme otorgado un marido como éste.

—¡Zalamera!—exclama él golpeando dulcemente la barbilla de su esposa con el dedo índice de la mano derecha.

—No digo más que la verdad—replica la esposa.

No hemos hecho más que traspasar los umbrales de aquella morada, y la esposa tiene que encerrarse en su habitación para no soportar el diluvio de improperios de su marido.

—Eres una habladora y una embustera—grita él, aplicando los labios al ojo de la cerradura.

—¡Pero Nemesio! ¿Querías que fuese á decir en público que me maltratas?—responde ella desde dentro.

—Lo que quiero es morirme. ¡Maldita sea la hora en que me casé!.....

III.

Visitaremos á Consuelo y Eduardo.

Están recién casados y han ido al altar henchidos de amor y de ilusiones.

Es fácil que no quieran recibirnos: pero de todos modos, llamaremos.

—¿Los señoritos?

—Voy á ver si están.

—Diga usted que hemos salido—oímos decir en voz baja á Eduardo.

—Sí; que hemos ido á paseo—añade Consuelo en el mismo tono.

¿No se lo decía á ustedes?

Es inútil contar con los recién casados. No turbemos su dicha.....

Ya volveremos cuando haya desaparecido la ilusión de los primeros días, y podamos presenciar cómo se tiran los platos á la cabeza.

VIDA ÍNTIMA.

Hay que convenir en que D. Melitón es un ángel, según dicen sus amigos. ¡Qué alma la suya tan generosa! ¡Y qué amor más desinteresado hacia los cuadrúpedos de ambos sexos!

Él curó con el cariño propio de un cirujano de segunda clase á un gato cojo; él devolvió la salud á un cerdo perteneciente á su familia, que había caído con una fiebre gástrica; él, en fin, salvó del trancazo á un recaudador de contribuciones, que

no tenía padre ni madre ni quien le calentara el cocimiento de flor de saúco.

Por todos estos sacrificios generosos D. Melitón ha conquistado el epíteto de «bienhechor», y es uno de los fundadores de la «Sociedad protectora de huérfanas y traperos desamparados».

Alguna vez que otra D. Melitón publica artículos en los periódicos serios, como *El Adalid de Porcuna* ó *La Justicia de Miraflores de la Sierra*, diciendo que es preciso regenerar este mundo, porque la perversión moral no puede ser más grande, y que el Gobierno debe empezar por suprimir las zarzuelas ú obligar á las coristas á que usen pantalones de muletón sujetos al tobillo con un broche.

Él quiere una sociedad todo candor, todo mansedumbre; quiere que la humanidad se acueste todas las noches entre ocho y media á nueve menos cuarto, y si algún impugnador le lleva la contraria, él, que es un terrón de azúcar, se pone á dar porrazos sobre la mesa del café y á llamar «hombres sin pudor» á todos los que no piensen de la misma manera.

Hace pocos días que asistimos á una conferencia dada por D. Melitón en el *Círculo de los padres de familia virtuosos*. ¡Con cuánta elocuencia expresaba sus doctrinas aquel hombre excepcional!

«Abominemos — decía apretando los puños—

de esos seres que se entregan al placer con desenfreno; de los que convierten el hogar en teatro de sus crímenes; de los que martirizan á su familia; de los que no tienen una palabra de compasión para la esposa infeliz, que está fuera de cuenta..... ¡Abajo los impuros; viva la santidad del hogar doméstico y el arroz con leche!»

Los aplausos ahogaron las últimas palabras del orador, que fué felicitado por todos los allí presentes.

Al día siguiente los periódicos decían que don Melitón era un apóstol de los mejores, y que si hubiese muchos hombres como él, otra sería la suerte de este país y de las hijas de familia.....

Ahora bien, la esposa de D. Melitón no está conforme con nada de esto.

Y si no, ahí va la copia de una carta que ha dirigido á una tía suya residente en Jadraque:

«Querida tía: me pide usted que le diga algo sobre Melitón; pues bien, continúa siendo el mismo que usted conoce. La sociedad le respeta, los amigos le ponen en las nubes, los periódicos le llaman «el acreditado bienhechor», y á mí me da cada paliza que me parte.

»Anteanoche, porque salió un poco espesa la sopa de ajo, me dió con un panecillo francés en la nuca, y aun tengo el cardenal.

»Su palabra más dulce es la de «bribona», y cuando no tiene motivos para regañar, se pone á

meterme bolitas de pan duro por las ventanas de la nariz, porque dice que esto le entretiene. Yo apenas como, porque él me quita los alimentos para regalárselos á la portera, y ahora ando por casa envuelta en un paletó suyo todo roto, porque no tengo más que el vestido de salir y dos enaguas, una de ellas sin jareta.

»En fin, esta vida es insoportable, y el día menos pensado sabe usted que Melitón me ha degollado ó que me tiene emparedada en la despensa, pues ya me lo ha dicho muchas veces. Yo no tengo á quién volver los ojos, y si alguna vez me quejo nadie me hace caso, pues todos tienen á Melitón por un ángel; sobre todo desde que se ofreció á ponerle sinapismos á Romero Robledo con motivo de su último catarro.

»Venga usted á buscarme si no quiere que muera á manos de mi esposo, ó que un día, harta de sufrir, me arroje por el viaducto sin reparar en nada.

»Su sobrina que la quiere.

Angustias.

»*Postdata.*—A última hora he sabido que Melitón está metido con la criada, y hoy anuncian los periódicos que probablemente le darán la cruz de Beneficencia por sus importantes servicios y su amor á la humanidad.

»¡Cómo está el mundo, querida tía!—*Vale.*»

ESPECIALIDADES.

No hay como dedicarse á una especialidad cualquiera para conseguir en España la nota de hombre importante.

El que no posee bienes raíces, ni dotes intelectuales, ni ropa de abrigo, ni nada, va ¿y qué hace? Se mete á cultivar una especialidad, y á los pocos meses resulta persona notable con derecho á que diga algún periódico:

«El Sr. Fulano, cuya competencia en asuntos

marítimos es de todos conocida, va á escribir un libro sobre la manera de hacer navegable el Arroyo Abroñigal.»

Lo mismo el que escribe artículos sobre música, que el que pronuncia discursos sobre administración, que el que publica opúsculos sobre el cultivo de la remolacha, todos viven en este país rodeados de consideraciones y con dinero en el bolsillo, porque la ignorancia de los demás los eleva y dignifica.

No hace muchos años que hacía su entrada en Madrid un joven huérfano y mal encarado. Venía á solicitar un destino que le permitiese atender á su alimentación personal; pero los destinos andaban por las nubes, y harto de hacer antesalas y de adular á los porteros, decidió meterse á especialista.

—¿Qué aficiones son las tuyas?—le preguntamos.

—Yo sólo le tengo afición á las novelas de Escrich y á la carne de membrillo.

—Pues es necesario que te dediques al cultivo de un ramo cualquiera. ¿Por qué no te haces especialista en asuntos *financieros*, como se dice ahora?

—No voy á saber.

—Entonces puedes dedicarte á la agricultura, ó al estudio de los alcoholes, ó á examinar la vida de Cervantes como viajero, como filósofo y como barítono.

—Yo he tocado la flauta en mis buenos tiempos.

—¿Y qué?

—Que si te parece, puedo dedicarme á la especialidad de los instrumentos de viento.

—¡Oh, qué idea! ¿Conoces el pentágrama?

—No le conozco más que de vista.

—No importa. Hazte crítico filarmónico.

Nuestro amigo compró un método de solfeo, dos ó tres libros franceses de crítica musical y una lira de metal blanco para la corbata, á guisa de alfiler, y hoy es uno de los críticos más famosos del país.

Las empresas le adulan, los editores le encargan trabajos, las tiples le sonríen, y no hay tenor italiano que no le convide á comer macarrones. El Gobierno le nombra para formar parte de todos los tribunales, cuando hay que adjudicar una plaza de profesor de música, y el hombre entra en los teatros por derecho propio, con gran regocijo de los empresarios, que le dicen á lo mejor:

—Usted es el único que entiende aquí de música. Algo daría por tener un hijo como usted. Al mío le da por todo lo flamenco, y ahora me ha metido en casa un *cantaor*, que se ha quedado sin ajuste, y tiene que dormir con uno de mis niños mientras no le sale una buena proporción.

El especialista musical sonríe con cierto desdén, y promete favorecer al empresario en todo lo que pueda.

Éste, agradecido, le regala un termómetro figurando un violín, para que lo coloque en su cuarto en clase de objeto simbólico, y el crítico dice á su patrona:

—Advierta usted á la criada que limpie este instrumento con mucho cuidado, porque lo tengo en gran estimación.

—¡Es precioso!—exclama la patrona.—¿Ha costado mucho?

—No lo sé; es regalo.

—¡Caramba! ¡Qué suerte tiene usted, D. Trifino!

Los demás huéspedes rabian de celos aparte y envidian al crítico, no sólo por su saber, sino por los obsequios que le tributan las almas agradecidas.

—Diga usted que á mí no me gusta abusar de mi situación—dice el crítico;—que lo demás, tendría la casa llena de todo. Aun ayer quiso regalarme una perra de lanas la mamá de una tiple á quien protejo, y yo me opuse terminantemente.

El hombre está en grande, porque además del producto de sus artículos, cobra sueldo del Estado, gracias á un Ministro filarmónico que toca la guitarra, y por esta razón respeta y adula al joven crítico; pero él no hace gala de su posición oficial, y buena prueba de ello es que ni siquiera va á la oficina. En cambio, se lisonjea con su profesión de crítico y pone en las tarjetas:

TRIFINO FALSETE.

Redactor musical de varios periódicos y presidente honorario de la Sociedad filarmónica LA LIRA, *de Alhama.*

Tribulete, 93, 2.º

Conste que aquí lo más conveniente es dedicarse á una especialidad cualquiera, aunque después se dé el caso de aquel famoso economista que preguntaba confidencialmente á su esposa:

—Díme, Aquilina: ¿cuántas son trece por ocho? Porque hace media hora que estoy multiplicando, y de cada vez me sale un resultado distinto.

PELIGROS PARLAMENTARIOS.

Antes los diputados eran personas inviolables, que vivían á cubierto de cualquier deterioro y conservaban las levitas en buen uso.

Ahora, desde que se han establecido las broncas parlamentarias, no hay representante del país que se considere seguro. El último tiberio de la Cámara baja prueba elocuentemente que se nece-

sita más valor personal para ser diputado á Cortes que para matar un toro de Miura.

—¿A dónde vas, Secundino?—pregunta la diputada consorte al esposo de su corazón, enjugándose los ojos con lo primero que encuentra.

—¿Adónde quieres que vaya?—responde el aludido.- A cumplir mis deberes parlamentarios.

—¡Dios mío!—replica ella, estrechándole contra su corazón.—¡Piensa en tus hijos!

É introduce en el bolsillo del esposo un frasco de árnica y un rollo de trapos, á fin de que no carezca de los auxilios de la ciencia en el caso probable de que surja el consiguiente jaleo constitucional.

Ayer tuvimos ocasión de leer una carta que dirige á una tía carnal, residente en provincias, cierto diputado conservador, tímido de suyo.

Dice así el documento:

«Mi querida tía: No he escrito á usted antes porque estuve en la cama á consecuencia de un pisotón de un compañero de banco, que no puede contenerse cuando oye hablar á los diputados de oposición, y no ve dónde pone las botas. Hablaba Azcárate, y él, que es muy nervioso, comenzó á patalear y á morderse los puños, y sin saber lo que hacía, fué y me plantó ambos pies encima del dedo gordo de la derecha, estropeándomele completamente.

»¡Ay, tía! No sabe usted lo mal que se ha

puesto el parlamentarismo, y lo mucho que nos exponemos nosotros los amigos fieles de la situación. Antes iba uno á las sesiones como quien va á una boda, y no faltaban chicas elegantes que nos dirigían miradas desde la tribuna: de modo que el que tenía un físico regular y un traje decente, conquistaba dos ó tres corazones cada tarde, sin exposición de ningún género; ahora, desde que nos hemos lanzado por el camino de las batallas, no sabe uno si podrá volver á su casa con todos sus remos sanos. Ayer estuve á punto de recibir un palo en los riñones y de que me mordiese un amigo, confundiéndome con un miembro de la minoría republicana.

»Yo, para evitar deterioros, me he comprado un chaleco de gamuza, que siempre preserva algo, y estoy por pedirle á Badila unos hierros para las piernas como los que usa él debajo de los pantalones cuando sale á picar. Con estas precauciones creo que podré salir sin rasguños de la lucha enconada de los partidos.

»Parece que no; pero se necesita tener mucha fuerza de voluntad y mucha resistencia para seguir desempeñando plaza de diputado de la mayoría. Crea usted que si no fuera porque el ser diputado da cierta importancia, y porque me gusta hacer rabiar á D. Simeón, el boticario, y demás enemigos políticos de esa, mañana mismo dejaba la diputación y me iba al pueblo. Cada día

van agriándose más las relaciones entre fusionistas y ministeriales; y como dice un filósofo que hay aquí, llamado Isasa, «la cosa está que arde».

»A nosotros, los de la mayoría, ya nos duele la garganta de tanto *increpar* á las oposiciones; pero no hay más remedio que cumplir estos deberes de partido para que no digan después los jefes que no tenemos voz y que somos unos infelices. Hemos establecido la costumbre de interrumpir á los oradores de las minorías y de lanzar apóstrofes violentos. La otra tarde dije yo uno, muy bonito, y le gustó tanto á Romero, que no se pudo contener, y me dijo por lo bajo: «¡Olé, viva tu madre!» Ya ve usted que esto es siempre honroso para un joven como yo, nacido en un pueblo insignificante, y para mi mamá, que en gloria esté. No ha conseguido otro tanto en sus cinco legislaturas D. Emeterio, mi contrincante, pues lo más que logró fué que le abrazara Capdepón el día que dijo: «¡Bravo, bravo!» mientras éste pronunciaba un discurso.

»No se asuste usted cuando oiga decir que ha habido bronca. Yo procuraré quedarme siempre corto; porque, la verdad, no me gustaría salir con un chirlo; pero, por si acaso, bueno será que me remita usted algunas vendas y la receta del ungüento para las contusiones. Y con recuerdos á mis correligionarios y la promesa de enviarle á

Nicomedes, el sangrador, la cruz sencilla de Carlos III, por sus buenos servicios durante la pulmonía de usted, sabe le quiere su sobrino,—*Veremundo López.*»

PETARDOS.

¡Ay! ¡No confiéis nunca en la integridad de nuestros ferrocarriles.

Hay quien espera recibir una caja llena de botellas de Jerez y recibe un disgusto horrible, como le ha sucedido á un caballero de la calle de Piza-

rro, que bajó á la estación relamiéndose de gusto, y al abrir la caja, delante de un empleado de la Compañía, vió con dolor que se habían bebido seis botellas, de las doce que esperaba. En los huecos correspondientes á las seis botellas sustraídas, una mano aleve había depositado ladrillos, cascote y otros materiales de construcción.

—¡Esto es un abuso incalificable!—gritaba el caballero.

—¡Hombre! No parece si no que le han quitado á usted el hígado—decía el de la Compañía.—La cosa no es para tanto.

El caballero hizo la oportuna reclamación ante el comisario del Gobierno, y se fué á su casa á esperar, sentado en una silla, que se resuelva el asunto y que le paguen las botellas, pero ya verán ustedes como no se las pagan.

Es una delicia tener que valerse de nuestros ferrocarriles. A lo mejor recibe uno carta de una parienta cariñosa, diciendo:

«Querido primo: Adjunto te remito un talón del ferrocarril para que recojas una caja que contiene unos bollos de canela, hechos por mamá, pues ya sabes que tiene muy buena mano para estas cosas. Entre los bollos va una relojera bordada en cañamazo, y que te dedico yo, al saber que has estrenado dentadura postiza con buen éxito. Acúsame el recibo para nuestra tranquilidad, pues ya sabes que somos muy nerviosas, y

mientras no tengamos noticia de que has recibido el regalito, viviremos presas de la mayor excitación. Adiós; besos á los niños, y tú cuenta con el cariño de tu prima, *Filito.*»

La carta produce gran entusiasmo en la familia. Los niños comienzan á saltar de júbilo, y muelen á preguntas al autor de sus días.

—Dime, papá, ¿nos darás bollos?

—Sí, hijos míos, sí.

—¿Y manda muchos?

—No lo sé.

—¿Serán cincuenta?

—Lo ignoro.

—¿Y nos los comeremos todos?

—Todos.

—¿Y le daremos á la criada?

—Sí.

—¿Y son muy ricos los bollos?

—Riquísimos.

—¿Y nos dejarás llevar bollos al colegio?

—¡Siiiii!.....

El papá tiene que encerrarse en su despacho, para que no le vuelvan loco aquellos diablillos, y aun así y todo, uno de ellos se sube sobre una silla y dice por el ojo de la cerradura:

—Dime, papá, ¿y los bollos son muy grandes? ¿Serán así como tu sombrero de grandes?

Después de satisfacer la natural curiosidad de sus retoños, el padre infeliz decide bajar á la es-

tación en busca de la caja, y desde aquel momento se desarrolla la impaciencia en el corazón de los chiquillos, que no hacen más que asomarse al ventanillo de la escalera, y abrir el balcón, y lanzar gritos de júbilo cada vez que llaman á la puerta.

—¡Ya están ahí los bollos!—gritan á lo mejor dirigiéndose al pasillo en tropel.

—¡Es el carbonero!—dice uno, haciendo un gesto de rabia.

—Maldito sea.....—añade otro.

Por fin, llega la tan deseada caja.

El papá viene sudando la gota gorda, porque ha tenido que bajar á la estación y pelearse con un empleado, y regañar con los de consumos, y sufrir las impertinencias de un cochero, que no quería admitir la caja en el pescante.

—¡Vaya! ¡Ya está aquí esto!—dice el papá, dejándose caer sobre una butaca.—Venga el martillo.

Los muchachos se lanzan como fieras en busca del chisme, y promueven una acalorada cuestión porque todos quieren cogerlo á la vez.

Y comienza la delicada operación de abrir la caja.

—¡Demonio! ¡Qué fuerte está! Á ver, necesito cualquier instrumento para levantar la tapa. ¿Habéis visto por ahí las tijeras grandes?..... Vengan..... ¡Caracoles! Ya me he dado un martillazo

en el dedo gordo..... Ven aquí, Juanito; mete las tijeras por esta rendija..... ¡Así!..... ¿Otro martillazo? ¡Por vida del demonio!..... ¡Me he deshecho el meñique! ¡Qué manera de clavar cajas tienen en provincias!..... ¡Si yo tuviese un escoplo!.....

—¿Sirve esto?—pregunta uno de los chicos presentando á su padre una tira de acero con broches.

—¿De dónde has sacado eso?

—Del corsé de la criada.

Después de muchos esfuerzos, el padre consigue levantar la tapa, y los chicos le rodean abriendo los ojos desmesuradamente y prorrumpiendo en exclamaciones de alegría.

—Ea, ya están aquí los bollos—dice el padre introduciendo las manos en la caja.

Los muchachos lanzan un grito de asombro.

El más chiquitín, apoyándose en las puntas de los pies para llegar á la mesa, pregunta impaciente:

—¿Qué es? ¿Qué viene dentro de la caja?

Y contesta el papá tornándose lívido:

—¡Un barreño hecho pedazos!

PERSONAS SERVICIALES.

Conozco una señora muy servicial, que no tiene absolutamente nada que hacer en este mundo, y se pasa la vida queriendo ser útil á sus semejantes.

Dice ella que ha nacido para hermana de la

Caridad, y cuenta que ha visto morir á siete ú ooho personas de ambos sexos.

—Sobre este hombro exhaló el último suspiro un sastre que vivía en el piso segundo—exclama. —Supe que estaba próximo á dar las boqueadas, y me puse á disposición de su esposa inmediatamente. ¡Pobrecillo! Si no fuera por mí, se hubiera muerto solo, en calzoncillos de punto, sentado en una mecedora. Pero yo no puedo ver una lástima sin acudir á socorrerla. Sin ir más lejos, todas las tardes voy á casa de D.ª Walda, la del entresuelo, para ver si se muere ó qué hace. Quisiera estar allí á la hora de la desgracia para cerrarle los ojos. La pobre no tiene más familia que un feto en espíritu de vino, sobrino suyo.

Mi vecina se mete en las casas con el propósito de asistir á los enfermos, y nada la seduce tanto como poner sinapismos, y dar fricciones y poder decir al paciente:

—¡Vaya, á sudar! No saque usted los brazos, y tenga usted valor, que eso no vale nada. Cuando quiera usted remojar la garganta, yo le daré el caldito con una jeringuilla.

—No se moleste usted, Ramona.

—No me molesto; todo lo contrario. Yo estoy aquí dispuesta á ser útil, y quiero que se acuesten todos, porque me basto y me sobro para velar á un enfermo.

Y Ramona coge á la dueña de la casa y, quieras

que no, la desnuda para que se acueste y no pase mala noche.

—De ningún modo—dice la esposa del enfermo.

—Nada, nada; usted se va á dormir, porque si no me incomodo. ¡Pues no faltaría más!

A pesar de las protestas de la interesada, Ramona le desabrocha el vestido y no se detiene hasta dejarla en paños menores; después la quita las botas y el corsé y los añadidos del pelo, y la empuja hasta dejarla en su alcoba diciéndola:

—Ea, á dormir, que yo me encargo de todo. ¿A qué hora hay que darle la cucharada? ¿A las doce? Perfectamente. Aunque no lo haya mandado el médico, voy á ponerle á D. Jacobo otros sinapismos, porque aquella nariz no me gusta nada. Cuando la nariz se enrojece, hay que debilitarla con revulsivos enérgicos. Yo sé tanta medicina como cualquier doctor, porque he visto morir á muchísimas personas.....

La esposa del enfermo no tiene más recurso que acostarse y dejar á Ramona en posesión de la casa, y en cuanto ésta se ve sola comienza por meterse en la cocina y revolver los cacharros, y oler todos los pucheros y probar todas las tisanas.

—¡Jesús! ¡Qué gente!—dice hablando á solas. – ¡Qué manera de hacer la flor de malva! ¿Dónde se ha visto cocer las hierbas en una olla? Esto se cuece en un pucherito hondo con dos asas..... ¿Qué será esto? ¡A ver!

Cuando ha pasado revista á todos los pucheros, se dirige á la alcoba de D. Jacobo, y si está dormido le despierta para decirle:

—Voy á darle á usted un poquito de caldo.

—No, por Dios—contesta el paciente.

—¿Cómo es eso? ¿Me va usted á desairar? Mire usted que me incomodo.

—Pero.....

—Vaya, levante usted un poquito la cabeza, que voy á introducir la jeringuilla.

—No quiero caldo—replica D. Jacobo.

Pero la enfermera le mete el tubo por entre los labios, y después le aprieta la nariz para que trague el líquido á la fuerza.

A lo mejor ocurre que el enfermo se agrava, y entonces Ramona corre al cuarto de la esposa infeliz y le dice de sopetón:

—No se alarme usted, pero D. Jacobo está muy malito.

—¡Jesús!—grita la otra levantándose de prisa y corriendo.

—Nada de lágrimas. Tenga usted reflexión. Piense usted en *sigo* misma, D.ª Aniceta.

—¡Ay Jacobo de mi alma!

Las dos se dirigen á la alcoba del enfermo, y exclama Ramona:

—¡Pobrecillo! Ya no nos conoce..... ¿Quién soy yo?..... ¿A ver si sabe usted quien es ésta?..... Vamos, D. Jacobo, fíjese usted bien.

—Jacobo, Jacobo, ¿no me conoces? Soy yo, soy tu Aniceta.

El enfermo lanza un quejido y fenece, cara á la pared.

Entonces Ramona coge á D.ª Aniceta por la cintura y se la lleva á la sala diciéndole:

—¡Valor, valor! Hágase usted fuerte.

—Deje usted que le vea.

—De ningún modo. Estoy yo aquí para recibir su último aliento.

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande!

—Vamos, serénese usted; todos tenemos que pasar por el mismo trance..... Voy corriendo á ver cómo ha quedado el pobrecito y usted no se mueva de aquí..... ¡Petra! ¡Muchacha! Ven corriendo á sujetar á la señora, por si le da alguna convulsión; y no la dejes salir de la sala..... ¡Ay, Dios mío!

Todo es amargura el día siguiente en casa de D. Jacobo. Su viuda, entregada á la desesperación, dice que se quiere morir allí mismo; las personas conocidas tratan de consolarla, prodigándola frases tiernas.....

¿Y Ramona? ¿Dónde está Ramona? Ramona se ha metido en el comedor, y allí, entre suspiros lastimeros, devora toda la carne que ha sobrado del cocido, diciendo de cuando en cuando:

—¡Ay, qué vida ésta, Señor! No somos nada absolutamente. ¡Ay, qué tragos!

Y se bebe todo el Jerez destinado al enfermo.

GIMNASIA CASERA.

La monomanía de la gimnasia está perdiendo á mucha gente. Dicen los higienistas que es muy saludable el ejercicio corporal, y que los tiernos infantes deben ayudar á la naturaleza utilizando la gimnasia como elemento de desarrollo.

Muchos padres discretos llevan á sus hijos al gimnasio, donde por medio de una bien dirigida enseñanza adquieren las condiciones precisas para brillar en sociedad. Hoy por hoy, lo que más conviene es tener una buena musculatura y poder conducir un piano de un punto á otro, sin manifestar la menor fatiga.

Los que piensan bien y no reparan en duro más ó menos, educan á su familia y se educan á

sí propios sometiéndose á un profesor inteligente; pero hay otros muchos que practican la gimnasia casera sin ayuda de nadie, como le sucede á don Doroteo, el profesor de lenguas vivas, que quiere adquirir vigor á toda costa y ha comprado unas pesas en el Rastro, procedentes de una almoneda, y se pasa el día haciendo flexiones delante del espejo.

Cuando deja las pesas, coge un niño de seis años, hijo suyo, que parece una lombriz, y lo levanta á pulso para arrojarlo encima del sofá, como si fuera un trapo viejo, sin atender las prudentes indicaciones de la madre de la criatura, que le grita:

—¡Doroteo, por Dios! No cojas al niño por arriba, que lo vas á deshacer. Cógelo por la parte de abajo, que es lo que tiene menos blanducho.

Hay gimnastas caseros perjudicialísimos, porque destrozan los muebles y estropean á su familia.

Conozco á un sujeto que alardea de hombre forzudo, y siempre está dando pruebas de su vigor muscular, ora levantando sillas á pulso, ora removiendo cómodas con la espalda. En cuanto tiene un pretexto, ya está sacando la conversación sobre la gimnasia, y cifra todo su orgullo en que le diga algún amigo:

—¡Caramba! Tiene usted mucha fuerza bruta.

—Regular—contesta él pavoneándose.

Y para demostrar su fortaleza, coge una mesa de noche y se la echa al hombro con una sola mano, ó bien agarra á su esposa por la cintura y la suspende en el aire, levantando la pierna como los titiriteros

—¡Jesús, qué hombre!—grita la infeliz.—Ten un poco de formalidad, que se me ven las enaguas.

Pero él no para la atención en estos detalles, y pasea á su esposa triunfalmente por el domicilio, sin fijarse en que á ésta se le han caído las dos zapatillas con el pataleo.

Muchas personas aficionadas á los ejercicios gimnásticos no hacen más que saltar del lecho y, sin cubrirse las carnes, cogen las pesas y las levantan á la altura de la frente diez ó doce veces seguidas. Otros se agarran á los boliches del catre y se estiran todo lo posible, para desentumecer los músculos; algunos se lanzan por el pasillo en paños menores y dan unas cuantas carreras vertiginosas, para conseguir la elasticidad de las articulaciones, según ellos dicen.

Días pasados fuimos á visitar á un caballero muy respetable, que el día menos pensado resulta académico de la Historia, y nos le encontramos tumbado sobre los baldosines del gabinete. En una mano tenía una sombrerera y en la otra un barreño.

—¿Qué hace usted ahí?—le preguntamos; y él nos contestó:

—Estoy haciendo ejercicios de gimnasia higiénica. Todas las mañanas, antes de vestirme, me tiendo aquí, y poco á poco voy desarrollando la musculatura.

Después se levantó de un brinco y estuvo haciendo flexiones agarrado á una percha; pero no estaba bien segura, y nuestro respetable amigo vino á dar con su cuerpo en el duro baldosín, arrastrando en su caída la tercera parte del tabique.

Su señora acudió sin manifestar gran sobresalto.

—Ya estoy acostumbrada al estrépido—nos dijo tranquilamente—porque mi esposo, desde que hace ejercicios gimnásticos, todos los días rompe alguna cosa. Anteayer quiso levantar uno de los tiestos del balcón y lo dejó caer sobre una pareja de orden público que estaba de servicio. Ayer me rompió dos cristales con el almirez; el jueves hizo pedazos una palangana con la cabeza, porque quiso dar un salto á pies juntillas por encima del aguamanil..... ¡Ay! ¡Qué maldita gimnasia! Él dice que estos ejercicios son una garantía para la salud; pero el día menos pensado quiere dar una voltereta en el suelo y se me desnuca.

LOS ESCOGIDOS.

Siempre han sido punto menos que infumables los puros del estanco; pero desde que la Compañía Arrendataria ha prohibido la venta de los cigarros escogidos, nuestra situación ha empeorado notablemente.

Antes pagábamos gustosos unos cuantos céntimos de prima, y los estanqueros nos escogían los puros, con lo cual adquiríamos la probabilidad de

no envenenarnos del todo. Ahora va usted á pedir á un estanco cigarros escogidos y le contestan con malos modos:

—Aquí no hay escogidos.

—Bueno, pues deme usted de los que haya, y sea lo que Dios quiera.

Y lo que nos dan son tronchos de lechuga, que huelen á todo menos á tabaco, y saben á ensalada de acelgas.

Pero hoy se fabrican los mismos cigarros de siempre, y dicho se está que los mejores alguien se los fuma.

La Compañía ha querido evitar un abuso y lo ha hecho más irritante que nunca, pues hasta ahora éramos muchos los que disfrutábamos del privilegio, y hoy sólo los íntimos de la casa pueden conseguir la suprema ventura de fumar cigarros *decentes*.

Yo he visto entrar en el estanco á un sujeto misterioso y aplicar los labios al oído del estanquero para decirle la palabra sagrada.

—¿Cuántos?—preguntaba éste á media voz.

—Nueve—respondía el otro.

El estanquero metía la cabeza debajo del mostrador y permanecía allí unos cuantos segundos buscando su tesoro. Después entregaba al comprador un paquetito: éste lo recibía con faz jubilosa; pagaba su importe y desaparecía veloz.

Entretanto á mí me entregaban una cesta llena

de taruguitos verdes en forma de puros para que escogiera á mi satisfacción.

—¿Pero tiene usted la seguridad de que estos sean puros?—preguntaba yo tímidamente.

—¿Pues qué quiere usted que sean? ¿Alcachofas?

—¡Quién sabe!

La Tabacalera vigila sin descanso, y en cuanto sorprende alguna infracción legal, ya está destituyendo al estanquero. Primero lo mete en un cuarto obscuro, y allí, por orden del director, le regaña un empleado con barba corrida y anteojos verdes, que no tiene más misión que esa en la Compañía. Después coge al estanquero por un brazo y lo pone en el arroyo diciéndole:

—Vaya usted al infierno. ¡So prevaricador!

De modo que los estanqueros viven recelosos y creen ver en cada comprador un espía de los paraguayos, ó sea de Jove y Hevia.

Yo me he permitido entrar en un estanco y llamar aparte al estanquero para decirle con la voz más dulce de que he podido disponer:

—¿Tiene usted la bondad de venderme cigarros escogidos? ¡Se lo pido á usted por el alma de su madre!

El estanquero me miró con desconfianza, y quiso echarme mano al bigote para ver si era postizo. ¡Me había tomado por un agente de la Tabacalera disfrazado de fumador!

—No hay cigarros escogidos—murmuró, por último.

—¡Vaya! ¡Sea usted compasivo! ¡Por la Virgen Santísima!

Pero todo fué inútil, y eso que yo empleé una porción de recursos para excitar sus simpatías: desde acariciar á un gato muy hermoso que estaba sobre el mostrador, hasta hablarle bien de un cuadro de flores artificiales hecho por la estanquera consorte, que tiene colgado en la trastienda.

Hoy he llegado á convencerme de que no es posible fumar puros escogidos como no se tenga amistad entrañable con los vendedores, porque éstos no se fían de nadie en el mundo desde que ocurrió el caso siguiente:

Entró un caballero de luenga barba gris en cierto estanco de esta capital. Brillaba en su rostro la sonrisa candorosa de los padres de familia pobres, pero cariñosos.

—¿Cigarros escogidos?—preguntó con cierta buena fe, propia de las almas grandes.

El estanquero creyó ver en aquel hombre simpático á un fumador inocente, y le presentó los cigarros que pedía.

—¿A cómo son?—siguió preguntando el caballero.

—Nueve por una peseta.

—¡Basta!—gritó el comprador arrancándose la barba gris.—Acabas de dictar tu sentencia.

—¡Cielos!—exclamó el estanquero tornándose lívido.

—¿Me conoces, desgraciado?—preguntó el ex barbudo.—Soy Picadillo, el espía de la Tabacalera.

—¡Jesús!—dijo el estanquero, cubriéndose el rostro con las manos.

Y al día siguiente ya no era estanquero, ni era nada.

Los que carecemos de relaciones en los estancos tenemos que fumar manojos de lechuga, ó trocitos de caoba ó papel de estraza; todo menos tabaco. De manera que lo que aquí conviene es buscar una recomendación para el estanquero, á fin de que nos venda cigarros escogidos.....

Porque de que existen no me cabe la menor duda.

HOMBRES IMPORTANTES.

No es tan difícil como parece llegar á ser en este país hombre importante. Basta con obtener un acta de diputado, usar levita negra á toda hora, mirar con desdén olímpico á los demás seres de la tierra, hablar poco y con acento solemne y mani-

festarse en desacuerdo con los Ministros, aun siendo ministerial.

Hay sujeto que carece de sentido común, que no es elocuente, ni adinerado, ni limpio, ni profundo, ni nada, y, sin embargo, ha conseguido que se le tenga por persona ilustre. ¿Por qué? Porque entra en el salón de Conferencias muy tieso y no se quita los guantes nunca, y contesta con monosílabos á las preguntas que se le dirigen, y arquea las cejas cuando delante de él se trata de un asunto grave.

Un día resuelve «hacer un acto» importantísimo, no se sabe cuál, y comunica en secreto su resolución á un periodista, que se apresura á escribir el siguiente suelto:

«Parece que el respetable hombre público señor Mangallón se dispone á adoptar una actitud especialísima, frente á la conducta del Gobierno.»

Otro periódico dice al día siguiente:

«Estamos autorizados para declarar que la actitud del Sr. Mangallón es equívoca, aunque correcta.»

—¡Dios mío! ¿Qué pasa aquí?—se dicen algunos políticos candorosos.—¿Cuál será la actitud definitiva de Mangallón?

Y siguen todos sus movimientos, con el fin de saber si está ó no en desacuerdo con el Gabinete. Uno de los más ágiles *reporters* averigua que Mangallón tomó por la mañana, contra toda su

costumbre, un vaso de zarzaparrilla y un huevo duro. Este ya es un dato importantísimo. Por la tarde estuvo en el Congreso y conferenció con un ugier en esta forma:

—¡Hola, Juan!

—Buenas tardes, señor de Mangallón.

—¿Cómo va?

—Bien, ¿y usía?

—Yo, bueno, gracias.

—¿Y en casa?

—No hay novedad.

Después se internó por los pasillos, sacó un cigarro, lo encendió, lanzó al viento una bocanada de humo y se puso á meditar arrimado á una ventana.

En aquella mente bullía algo; tal vez una idea, tal vez un programa de gobierno, tal vez el propósito de mandarse hacer un batín de verano para andar por casa.

El *reporter* no se atrevió á turbar los pensamientos que agitaban el cráneo de aquel hombre importante; pero comunicó sus impresiones á otro compañero, no menos perspicaz, y entonces se entabló el siguiente diálogo:

—Está algo triste.

—Puede que le aprieten las botas.

—Ó quizás esté madurando algún discurso.

—¡Quién sabe!

Las sospechas de los periodistas comenzaron á

cundir entre los ministeriales del salón de Conferencias, y ya nadie habló más que de la actitud de Mangallón.

—Por un vecino suyo se sabe que ha pasado la noche muy intranquilo—decía uno.—La criada salió dos veces á la calle por azúcar.

—Por la tarde se compró una cartera de piel de perro en la calle del Arenal—añadía otro.

—¡Justo! Para tomar notas.

—Y un lápiz.

—¡Demonio!

—Y un paquete de palillos perfumados.

—¡De palillos!

El Gobierno participaba de estas inquietudes, y algún Ministro todo se le volvía preguntar:

—¿Quién ha hablado con Mangallón en confianza?

—Verduguete—le contestaban.

Y el Ministro iba á buscar á Verduguete para decirle:

—¿Usted ha hablado con Mangallón?

—Sí, señor; he tenido ese gusto.

—Pues bien; ¿qué le ha dicho á usted?

—Me dijo que estaba tomando la leche de burras con liquen.

—¿Nada más?

—¡Ah! Y que le gusta el calzado de punta ancha.

Todas las gestiones para averiguar la verda-

dera actitud del misterioso Mangallón resultaban infructuosas.

Y mientras unos y otros se entregaban á las cavilaciones naturales y trataban de leer en la mirada de aquella personalidad ilustre, la esposa de éste le decía al tiempo de repasarle unos calcetines:

—Pero oye, Mangallón, ¿es verdad que tú eres hombre importante? Porque yo no te noto nada.....

ARCHENA.

Los efectos de estas aguas son maravillosos.

Llega uno con los cuatro remos inservibles, toma un bañito á 36 grados, y al otro día ya puede bailar un vals en el salón del establecimiento, ó jugar á las cuatro esquinas en el Parque, ó saltar á la comba en los jardines del pabellón de Madrid.

Cítanse curas prodigiosas; por ejemplo, la de un señor de Albacete, que vino aquí en una cesta, tapado con una toalla, como si fuera lomo; ni hablaba, ni oía, ni tenía interés en averiguar lo del movimiento obrero.

—¿Qué bulto es éste?—preguntó el encargado de la fonda al ver aquel montón de carne reumática.

—Es un bañista—contestó el cochero que le había conducido hasta allí.—Póngalo usted en un rinconcito cualquiera, donde no estorbe, y mañana que le den un baño.

Así fué: al pobre señor le quitaron la toalla y le echaron en remojo. Hoy es uno de los bañistas más animados y más alegres: él organiza excursiones á Murcia, hace juegos de prestidigitación y se dispone á darnos una sesión de gimnasia recreativa en el Casino.

El número de bañistas es extraordinario, pero no todos los que se bañan están enfermos; hay muchos que no sienten la menor molestia ni han tenido en toda su vida un mal dolor, y sin embargo, acuden aquí para probar las excelencias de las aguas.

—¿Usted á qué viene?—preguntamos á un caballero sano y rollizo como un repollo.

—A bañarme y á tomar inhalaciones—me contestó tristemente.

—Pero, ¿está usted enfermo?

—Verá usted: yo, en cuanto llega el mes de Julio, no hago más que sudar, y el año pasado, por San Isidro, se me inflamó el dedo gordo del pie derecho, cosa que no me había sucedido nunca. Entonces fuí á ver á un paisano mío, que es alguacil, pero persona muy inteligente en reumatismos, y me aconsejó que me viniera aquí corriendo á tomar vahos. Ya llevo veintidós.

En efecto, lo primero que hace el hombre todos los días es esperar que abran el salón de inhalaciones para agarrarse al tubo, y allí se pasa las horas muertas aspirando gases. Muchas veces se queda dormido con los labios unidos á la boquilla de cristal, y tiene que entrar el encargado del salón á decirle:

—¡Eh, caballero! Que son las cinco y voy á cerrar.

—Bueno, no se enfade usted.

—No es que me enfade, sino que ha llegado la hora de cerrar esto.

—¡Qué lástima! ¡Ahora que empezaba yo á sentir algún alivio!

El que viene aquí por primera vez y no tiene idea de lo que son baños, ni estufas, ni aguas sulfurosas, experimenta impresiones rarísimas.

Ayer nos decía un señor muy respetable y nuevo en estas lides:

—¡Caramba! Yo estoy asustado.

—¿Por qué?

—Porque me han sucedido una porción de cosas que no esperaba. Primero fuí á beber el agua al pie de la fuente, y creí echar la primera alimentación de mis mayores. ¡Qué horror! ¿No la ha probado usted nunca? Pues sabe á huevos putrefactos y á chinches.... Después entré en el baño, que estaba echando demonios, y ya en él, me hicieron tomar, quieras que no, un vasito de horchata de almendras, que á mí me supo á jabón de olor. Del baño fuí conducido, en el traje de Adán, al cuarto de las estufas..... Allí me colocaron una especie de delantal..... Cada vez que lo recuerdo se me enciende la sangre.

—¿Por qué?

—¿Le parece á usted decente que á mi edad me vean en paños menores una porción de sujetos á quienes no conozco? Debo advertir á usted que soy magistrado de lo civil y que estoy para ascender á presidente de Sala. ¿Qué dirían mis compañeros si me vieran con el delantal?

Encontramos muy justificada la indignación del respetable magistrado.

—¿Por qué no se establece un turno pacífico para los baños de vapor?

—¡Caramba! Eso de que le metan á uno entre media docena de sujetos completamente desarropados, no nos parece decoroso.

También acuden señoras á este famoso establecimiento. Algunas toman el baño sin lanzar una

queja; pero éstas son las menos. Las hay que en cuanto se meten en la pila no cesan de dirigir reconvenciones á la bañera.

—¡Jesús! ¡Qué caliente me ha puesto usted el agua!

—Está como todos los días.

—¿Ve usted? Ya me empiezan las punzadas en el vacío, y es la mejor prueba de que el agua está demasiado caliente..... Venga usted, bañera, que quiero cambiar de postura. A ver si puede usted cogerme esta pierna y subírmela un poco, que se me baja. Deme usted unas fricciones en la nuca con una media mía..... Bañera, retuérzame usted este brazo; bañera, cuente usted bien los minutos; bañera, deme usted dos puñetazos suaves en la espina dorsal para que venga pronto la reacción.... .

Hay otras señoras que vienen aquí acompañando á sus esposos reumáticos, y traen la misión de cuidarles con esmero y vigilar sus pasos en la tierra.

—Venancio, no hables mucho, que te puedes irritar. Venancio, no fumes. Venancio, no escupas. Venancio, métete más esa gorra. Venancio, da unos cuantos saltitos á ver si vas adquiriendo flexibilidad en la pierna. Venancio, aflójate el rabillo del pantalón para darle más amplitud al vientre.

El caso es que el bañista observador puede en-

contrar aquí asuntos de sobra para escribir varios artículos.....

Pero el médico me recomienda que no haga uso de la pluma mientras me esté gargarizando, y doy aquí punto hasta que las aguas surtan su efecto y pueda dedicarme, sin peligro de la salud, á mis ordinarias tareas.

VISITANTES.

Va llegar día en que no podrán salir los periódicos, por culpa de los visitantes nocturnos que acuden á las Redacciones con diferentes propósitos.

Los hay que vienen á hacernos visitas cariñosas, sin que tengamos el honor de conocerlos; hay también amigos de la infancia que quieren pasar la noche calentitos y se refugian en nuestro seno,

y hay otros, por último, que nos han saludado dos ó tres veces en el café y se creen por esta razón en las mejores circunstancias del mundo para pedir que publiquemos un suelto afectuoso á la memoria de un pariente suyo, fallecido á consecuencia de un ataque de muermo agudo ó de bilis constitucional.

¡Nada! Que no conseguimos vernos libres de visitas durante las horas de trabajo, y ha habido noche en que hemos tenido que escondernos para que no diera con nosotros cierto visitante diario que entra en la Redacción como en su propia casa, y nos dice invariablemente:

—¿Qué tal? ¿Se trabaja? Bueno, y ¿qué hay de cosas? ¿Es cierto que á Fabié le ha resultado falsa una moneda de dos pesetas? ¿Se ha confirmado lo de San Pedro? Hoy se decía por ahí que va á trabajar en una compañía de aficionados.

No es cosa de que llame uno al portero y mande poner de patitas en el arroyo al visitante preguntón. Lo que hacemos es tragar hiel y guardar silencio, á fin de que el hombre se canse y apele á la fuga; pero no suele darse por vencido, y recorre una por una las mesas de la Redacción, haciéndole á éste una pregunta, dándole al otro un pitillo, tirándole al de más allá de las orejas, en clase de amigo íntimo, y aprovechando cuantas ocasiones se presentan para armar conversación y meter ruido.

Menos mal si el que visita es de esas personas rápidas que entran dando las buenas noches con gran estrépito, y después se dirigen al primer redactor que hallan á mano para decirle:

—Vengo sobre unas vejigas de espíritu de vino.....

—¡Hombre! Voy á tirar el cigarro inmediatamente.

—Quiero decir, vengo á que rectifiquen ustedes una noticia sobre introducción fraudulenta de una partida de alcohol. Nada de eso es verdad. Lo que ha habido es que.....

Y hacen en un periquete la relación de lo ocurrido.

Lo malo es cuando el que visita no trae propósito fijo y se sienta con el mayor desahogo, después de saludar á todos los infelices que tenemos que dejar la pluma para estrechar su mano.

—¿Conque trabajando siempre? ¿Eh? Pues yo vengo de Lara de ver á Rossell. ¡Qué hombre más gracioso! Hoy se ha sentado en el suelo, y estuvo tirándole pellizcos en las pantorrillas á Pepito Rubio.

Nadie se atreve á entablar conversación con aquel hombre funesto, gran aficionado á teatros, que dice haber sido uña y carne de Latorre y haberse bañado con Romea en el mismo barreño. Nosotros no le contestamos, pero él no deja de hablar aunque le llamen perro judío, y á cada

paso perdemos la ilación y se nos van las ideas, tanto que la otra noche tuvimos que hacer un suelto sobre la enfermedad de D. Antonio, y escribimos:

«Parece que la dolencia que aquejaba al Presidente del Consejo ha desaparecido; hoy ha abandonado el barreño por prescripción facultativa.»

Uno de los visitantes más insufribles es el hombre político, de carácter serio, que habla campanudamente y dice haber pertenecido á aquellas brillantes Redacciones de otros tiempos, «cuando el periodista era el verdadero *sacerdote de la idea*, que *ora* empuñaba el fusil, *ora* la pluma, *si que* también la espada del honor.....»

Mientras pronuncia su discurso hay que permanecer con el oído atento, porque á él le gusta que le escuchemos como si fuera un oráculo.

Antes de marcharse suele felicitarnos á todos en tono protector, y aun se digna alargarnos la mano, diciéndonos ampulosamente:

—Saludo á los obreros de la inteligencia..... y adelante.

El número de los que visitan las Redacciones es infinito.

Aun no hace muchas noches que entró en la nuestra el Sr. de Cartílago con toda su familia.

—Buenas noches, señores—nos dijo alegremente.

—Pase usted—contestó un redactor, que le conoce de verle en la cervecería.

—Ustedes dispensarán que les interrumpa, pero vengo á ver las fotografías de Consuegra. Salíamos de casa de mi mamá política, que está de días, y he dicho á mi gente: «Vamos á subir á *El Imparcial*, ahora que están allí todos reunidos, y podremos ver las fotografías.» Niños, podéis sentaros en el diván, que estos señores son muy amables..... Ustedes dispensen la confianza, pero yo también he sido redactor de *El Eco de los Agrimensores*.....

La familia estuvo cerca de media hora registrándolo todo, y ha quedado en volver una noche de estas con el ama de cría, que no ha visto lo que es una Redacción, y quiere conocerla para escribírselo á su madre.

Conque ya saben ustedes los buenos ratos que nos hacen pasar los visitantes nocturnos.

NUESTROS TRANVÍAS.

No hay nada más aburrido que tener que esperar el tranvía, sobre todo cuando necesitamos llegar al punto de destino á hora determinada.

El tranvía no aparece nunca cuando se le espera, y basta que usted lleve prisa para que ocu-

rran durante el trayecto toda clase de accidentes desgraciados.

Unas veces es un carro que se atraviesa en el camino, otras veces una mula que se desmaya sobre el duro pavimento, otras una señora que hace señas al conductor para que pare, mientras ella, con paso lento y majestuoso, se dirige al carruaje, abusando de la paciencia de los demás viajeros que llevan prisa.

Aun en el caso de que encuentre usted un tranvía cuando lo desea, es preciso revestirse de la mayor resignación para hacer el viaje, porque los vehículos van, por lo general, llenos de gente, y hay que ceder el asiento á las señoras, y soportar los codazos de los díscolos, y los pisotones de los gordos, y las «indirectas» de las damas intransigentes, que dicen á lo mejor:

—¡Jesús! ¡Cuántas personas mal educadas hay en este Madrid! Llevo este hombro asado.

—Señora—contesta usted.—Yo no tengo la culpa de estas estrecheces; en alguna parte he de apoyar la cabeza, porque si la dejo sola me expongo á un vahido.

No queda más recurso que resignarse á padecer bajo la presión de los viajeros, la descortesía de algunos cobradores y la natural irascibilidad de los mayorales, á quienes dice usted con la mayor dulzura, cuando tiene la desgracia de ir en la plataforma:

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

—Conductor, ¿quiere usted hacerme el obsequio de parar frente al 11?

Y contestan ellos, después de soltar un taco:

—Hombre, ¿por qué no se ha bajado usted en la otra parada? ¡Maldito sea un dolor!..... Espérese usted que bajemos la cuesta..... ¡El demonio del hombre!

—Bueno, bueno, no se incomode usted.

Vale más tratarlos dulcemente, porque si no.....

—¿Hay sitio?—pregunta usted á cualquier cobrador, por verídico y formal que parezca.

—Suba usted—responde el interpelado; y le empuja hacia adentro, porque en las plataformas no cabe ni un alfiler de cabeza chica. Ya en el interior del coche, usted se agarra á las correas del techo para que no le derriben los vaivenes ni los inevitables descarrilamientos, y aun así y todo va usted expuestísimo á caer de bruces sobre alguna señora honesta é incontrovertible, que viaja con una hija espiritual, y pone las manos á guisa de escudo, diciendo:

—Mucho cuidado, que va aquí la niña y me la puede usted estropear. ¡Qué falta de consideración tienen algunas personas!

Días pasados cierto amigo nuestro tuvo que hacer un viaje en la plataforma posterior de un tranvía, ocupada por un caballero gordo que no hacía más que toserle en el semblante; dos paletos provistos de sendas alforjas, un guardia de or-

den público con manteleta de hule y una chula que llevaba en brazos un niño de ocho meses dispuesto á chuparlo todo.

A nuestro amigo empezó á faltarle la respiración, porque uno de los paletos le tapaba las narices con las alforjas, y el otro le metía un codo por la boca del estómago. A todo esto, el niño comenzó á intranquilizarse y á pedir á gritos lo que no podían darle en aquel momento, y después de muchas exploraciones infructuosas, se puso á chuparle á nuestro amigo la oreja izquierda y á tirarle de los pelos, hasta que el hombre tuvo que apelar á la fuga.

Menos mal si el que viaja no sufre otras molestias que las que dejamos relatadas. Lo peor es tener que servirse de ciertos tranvías donde se exige al viajero que conserve el billete como documento precioso.

Llega el revisor y pregunta:

—¿El billete?

—Lo he roto.

—Pues ha hecho usted mal.

—Hombre, yo creí.....

— Pero muy mal.

—Es que.....

—En fin, pase por esta vez; pero conste que ha faltado usted á sus deberes como viajero y como ciudadano español.

Ahora no piden más que el billete, imponién-

dole al viajero esta obligación, aparte de otras muchas que ha establecido el Estado, el Gobernador civil, el Municipio, la Diputación provincial, el casero y otras autoridades. Quizás mañana nos obligue la Empresa del tranvía á presentar una certificación de buena conducta y la partida de bautismo, ó bien quiera imponernos el uso forzoso de los chalecos de Bayona, y entonces entrará el revisor diciendo:

—A ver; desabróchese usted. ¿Lleva usted el chaleco reglamentario? Sí, ya le veo. ¿Tiene usted billete?

—Sí, señor; aquí está el mío y el de mi señora.

—¿Su señora? Eso es lo que necesito comprobar. ¿Tiene usted la partida de matrimonio?

—No, señor; se la hemos remitido á Romero Robledo para excitar sus buenos sentimientos y que me coloque en Ultramar.

—Pues bájense ustedes inmediatamente.

—Pero.....

—Yo cumplo las órdenes de la Empresa.

¡Si no hay cosa más agradable que viajar en tranvía!

LA FIEBRE DEL DÍA.

En casi todas las administraciones de loterías se han acabado los billetes de Navidad, lo cual prueba elocuentemente que somos unos jugadores empedernidos.

Todos los que tienen un duro se lo juegan, con gran perjuicio de otras atenciones preferentes, y hay quien, á falta de camisa, lleva un cuello postizo sujeto á la elástica con un alfiler, y sin embargo, juega cuatro pesetas en un billete y dos pesetas en otro...

La fiebre de la lotería produce más estragos que la viruela, y algunas personas andan por ahí con el rostro abatido y la mirada incierta, esperando que se publique la lista grande. Quieren reirse y no pueden; van á lavarse y les falta la respiración; tratan de tomar café y lo echan por las narices.

—¿Qué es eso?—se pregunta á alguno.—Está usted así como alelado.

—¡Hombre! La lotería de Navidad me trae medio loco—contesta el aludido.

—¿Juega usted mucho?

—Juego veinticinco reales en siete suertes, y tengo la corazonada de que me va á caer. El año pasado por un número dejé de cobrar catorce duros y medio; si en vez de un 6 es un 9, me armo. Nunca he tenido más ilusión que ahora, porque han pasado cosas en mi casa que son de muy buen agüero.

—¡Hombre!

—Sí, señor; ayer á mi señora se le cayó un retrato de su madre en el cocido; esta mañana en la oficina fuí á pegarle á mi escribiente y vertí el

frasco de la goma sobre un macillo de balduque. Todo esto es de muy buena sombra.

Los supersticiosos están en grande porque creen que hay una porción de hechos anunciadores de la buena suerte; y si les aprieta una bota, ó se les cae en el vino un pelo del bigote, ó pierden un botón de la camisa de dormir, lanzan un grito de alegría y adquieren, *ipso facto*, la completa seguridad de que va á ser para ellos el premio gordo.

En cambio, si salen á la calle y tropiezan con un chato rubio, ó les pisa un transeunte picado de viruelas, ó les saluda por equivocación un sereno de comercio, toda su esperanza se disuelve como el humo y sufren lo indecible.

Pero todos, quién más, quién menos, acarician en el fondo del alma una halagadora ilusión, y no hay nada que les moleste tanto como oir decir á cualquiera de esos optimistas alegres que gozan con la desesperación de los demás:

—No se ilusione usted. El premio gordo caerá en el número 12.543, que es el que juego yo en compañía de un barbero que vive en la calle del Gato, y en estado de inocencia.

En las oficinas, en los teatros, en los círculos de recreo, en las parroquias, donde quiera que se reunan media docena de sujetos en corporación, surge inmediatamente la idea de jugar un decimito, y desde aquel punto y hora los corazones se ensan-

chan ante la risueña perspectiva de un cambio de fortuna.

Doña Ceferina, que da reuniones todos los jueves y días festivos, ha acordado comprar un décimo para repartir entre sus contertulios.

—Sí, sí—dicen todos á coro.

—Bueno, pues que vaya á comprarlo Balbinito, que es hombre de mucha suerte—agrega uno de los circunstantes.

—¿Tiene suerte?—pregunta doña Ceferina.

—¡Ya lo creo! El mes pasado se encontró en la calle del Tribulete más de dos libras de lomo envueltas en un número de *La Civilización*, de Carulla. Además le ha tocado en una rifa un refajo de señora, hecho á punto tunecino, y casi todas las semanas se encuentra en la calle piezas del perro y huevos duros.

—Lo mejor será que mi Rupertito elija el número—dice una señora de la tertulia.

—¿Quién es Rupertito?

—¿Es mi niño, el más chiquitín, que va para los doce años, y todavía no pronuncia á causa de su mucha inocencia.

Por unanimidad se acuerda que sea Rupertito el que elija el décimo; y el niño se dirige al día siguiente á la administración de loterías, acompañado de todos los contertulios de doña Ceferina.

—Usted dispensará—dice al lotero la mamá del

muchacho —pero deseamos que este ángel escoja un décimo... Anda, cielín, pon tu manita sobre un papelito de esos.

El niño, que es más bruto que mandado hacer, mira al administrador de loterías con escama y rompe á llorar como un becerro de tres hierbas; pero aquél le anima diciéndole:

—Vamos, niño, no te asustes; coge el número que más te agrade.

Entonces Rupertito se abalanza sobre los décimos colocados á su alcance y los estruja entre los dedos, llenándolos de pringue.

—¡Dios mío! Los va á borrar —dice uno de los contertulios.

—¿Qué tiene en las manos esa criatura?—agrega el lotero.

—Es sopa—contesta la madre.—Tiene la costumbre de meter las manitas en la sopera, y yo le dejo para que no coja una rabieta.

Rupertito escoge al fin un número, y todos se lanzan sobre el papel para leerlo cien veces.

—¡El 8.239!

—¡Buen número!

—¡Acaba en un 9 y empieza en un 8! ¡Buena sombra!

—Verá usted cómo sale.

—¡Ay! ¡Si saliera!.....

Estas y otras frases brotan de los labios de aquella gente feliz, que se mete en la cama pen-

sando en el premio gordo para recibir un desengaño el día 23.

Porque yo soy de los que creen que la lotería no toca nunca.

Por lo menos á mí.....

AGUINALDOS.

¡Nada! Que no puede uno salir á la calle, ni quedarse en casa, ni meterse en el café, ni visitar á los amigos. ¡Malditos aguinaldos!

Si va usted al teatro, saldrán á su encuentro los

azucarillos para que no se los llevasen los contertulios.

—Bueno, pero en cambio todo el cocido que sobra en esta casa se lo lleva él, y el año pasado le regalé un sombrero mío que me venía ancho.

—Bueno, si tú no quieres no hay nada de lo dicho.

—Ya se ve que no. Pues no faltaba más. ¿Qué me dan á mí? Nada.

—Tú, gracias á Dios, tienes que comer.

—Porque trabajo como un negro; porque me sacrifico en el cumplimiento de mi deber.

—¿No vas hoy á la oficina?

—Estoy por no ir. Hace un frío horrible, y además, si ocurre alguna cosa, está allí Lopez, el escribiente que es muy listo.

—A ese deberías hacerle un obsequio.

—¡Un demonio! ¿No le paga el Gobierno?

—También á ti te paga sin ir á la oficina.

—Es diferente... A propósito: estoy por ir á casa de D. Eleuterio, el senador, que es uña y carne del ministro. Va á haber una vacante en la Dirección, porque Grasilla está dando las boqueadas, ó poco menos.

—¿Grasilla?

—Sí; el oficial primero. Estuvo en el teatro Romea á ver una zarzuelita y salió de allí sin taparse la boca. No sabe si fué el viento ó la zarzuela, pero el caso es que está muy grave. Esta ma-

ñana estuve allí para ver si se muere ó qué hace, y me dijeron que le faltaban unos catorce minutos para expirar.

—Pues anda, no te descuides. Dile á D. Eleuterio que te apoye con todas sus fuerzas, y hazle ver que lo necesitamos mucho, porque aunque no tenemos hijos estamos llenos de obligaciones; y que le mandamos todos los meses veinticuatro reales á nuestra tía la de Ávila, para lo más necesario.

—¿Han llamado otra vez?

—Sí... ¿Quién? ¿Qué se le ofrece á usted? ¿Aguinaldo? No, señor; no hay aguinaldo.

—¿Quién es?

—El sereno.

—¿El sereno?.... No he visto gente más sin vergüenza. ¿Conque es decir que además de darle quince céntimos cada vez que me abre la puerta, y me la abrirá lo menos tres veces al año, voy ahora á desembolsar una peseta por su cara bonita? Has hecho bien en despedirle. ¡Pues no faltaba más! ¡Jesús, Jesús! Qué afán de saquearle á uno; todo el mundo pide; todo el mundo

quiere vivir valiéndose del dinero ó de la influencia de los demás. ¡Qué país! Adiós, Ramona, yo voy á ver á D. Eleuterio, porque Grasilla morirá de un momento á otro, y es preciso que no me coja la delantera alguno de esos pedigüeños que no piensan más que en hacer su negocio.

EL JEFE.

Aquí ya se sabe, hay persona que se acuesta siendo oficial segundo de administración civil, auxiliar de la clase de terceros de un Ministerio, y al abrir los ojos por la mañana resulta que ya no es nada absolutamente.

Cualquiera diría que el Gobierno no tiene otra cosa que hacer más que dar y quitar destinos; y hoy nombra á uno y mañana le deja cesante, y al otro día le repone, y así sucesivamente hasta la consumación de los siglos.

Pues sin embargo de esto, no deja de haber funcionarios públicos que se dan tono en la oficina y regañan á sus inferiores jerárquicos y piden el agua con énfasis, y hasta dicen que no la toman si no se la dan con azucarillo.

¡Si parece mentira! Desde el momento en que obtienen la credencial ya creen que han venido al mundo en representación del Hacedor Supremo para mandar en todos los mortales de tres mil pesetas abajo.

El nombramiento de un nuevo jefe produce honda impresión entre los funcionarios de menos cuantía.

—¡Ya está ahí!—dice uno entrando en el despacho con agitación manifiesta.

—¿Quién?—pregunta otro.

—El nuevo jefe.

—Á ver, á ver.....

Y todos aplican el ojo á la cerradura para conocer á su tirano, que ocupa la habitación inmediata.

—¡Qué alto es!—dice uno.

—Parece algo chato—añade otro.

—Lo que tiene es una dentadura muy blanca.

—¡Caramba! ¡Qué sortija lleva en el dedo pequeño! ¿Será fina?

Lo primero que hace el jefe es llamar á sus súbditos, y decirles con acento solemne:

—Señores: no por mis merecimientos, que son escasos, sino por la voluntad del Gobierno de la nación, he llegado á este puesto donde confío poder contar con la ayuda de ustedes, *si que* también con su adhesión. Yo soy rígido, pero al propio tiempo sé premiar los servicios de aquellos que me sirven con fe, lealtad é inteligencia.....

Uno de los empleados contesta á nombre de sus compañeros con frase torpe, pero conmovida, y terminada esta importante ceremonia, el jefe se queda solo para entregarse á serias meditaciones administrativas.

Los subalternos, entretanto, comentan el discurso del jefe, y alguno está pensando en buscar una buena recomendación á fin de tener de su parte á aquel señor rígido, que viene dispuesto á premiar ó á destruir, según el caso.

Lo que no saben aquellos infelices es que el nuevo jefe ha obtenido su empleo á fuerza de súplicas, como cada hijo de vecino, y que tiene la misma influencia con el Gobierno que tengo yo con el cardenal Patriarca de las Indias.

En opinión de los subalternos, todo el que manda es un sabio, y á más de sabio persona influyente, y á más de influyente, rico. Desde el

rincón del Negociado, todos los que están en las alturas parecen gigantes, y hay quien cree que en vez de cocido comen pavo trufado todos los días, y se lavan en agua de colonia pura.

Pero desgraciadamente no hay nada de eso.

El jefe, por regla general, es un caballero que busca la alimentación por medio de la nómina y que ha obtenido su empleo después de muchas gestiones y no pocos desaires. El único ser todopoderoso es el ministro, y aun éste se ve obligado en muchas ocasiones á violentar sus propósitos, pues quiere dejar cesante á uno que no sabe leer más que en letras de molde, y antes de extender el documento fatal, pregunta:

—¿Quién recomienda á este bruto?

—La duquesa del Escabeche.

—¡Demonio! Hay que respetarle—replica el ministro.

Y el bruto continúa cobrando.

En las oficinas públicas el jefe no es más que una autoridad interina. Hoy tiene tratamiento y le sirven el agua en bandeja de plata; mañana, ó el otro, cesante ya, nos le encontramos en la carrera de San Jerónimo, y vemos con dolor que lleva torcidos los tacones.

—¿Conoces á ese?—nos preguntan; y nosotros contestamos:

—Sí; ese que ves con la levita deteriorada y los pantalones con fleco, ha sido jefe.

—¿Jefe?

—Sí, y ahora ni siquiera puede presentarse concejal por falta de ropa.

¡Cuántos jefes hemos conocido que entraban en la oficina dando puñetazos á las mesas y poniendo motes á sus subalternos y después les encontramos en las timbas de calderilla apuntando dos perros grandes á una sota!

El respeto al jefe llega á constituir un verdadero culto para ciertos empleados de cortas luces.

—¡Oh, D. Agapito! ¡Qué hombre tan superior! —nos decía en cierta ocasión un pobre escribiente, refiriéndose á su superior jerárquico.

—¿Y qué tal genio tiene?

—Malo, malísimo; á todos los que tenemos menos de seis mil reales nos pega con el puño cerrado por un quítame allá esas pajas; pero no hay más remedio que aguantarle. ¡Como es jefe!

Para aquel pobre empleado D. Agapito era una especie de Dios en carne mortal.

Pero la ilusión del empleado duró poco. Un día le preguntamos:

—¿Cómo le va á usted con su jefe?

Y nos contestó muy enojado:

—No es jefe ni es nada. ¿Creerá usted que me pidió prestadas dos pesetas hace cuatro meses, y aun no me las ha devuelto?

¡Hay cada jefe!.....

CRITICOS NUEVOS.

Para ser crítico á la manera que lo son algunos que conocemos, basta presentarse al director de un periódico humilde, diciéndole:

—Usted no me conoce, ¿verdad?

—No tengo ese gusto.

—Pues yo soy crítico.

—¿Su nombre de usted?.....

—Por el nombre no me conoce nadie todavía, porque todo lo que llevo escrito hasta ahora se lo he mandado á un hermano de mi madre que está de registrador en Villarronzal; pero ahora me he decidido á dar varapalos en las columnas de los periódicos..... No crea usted que exijo remuneración, ni menos pensarlo; lo que yo deseo es desenmascarar á mucha gente que vive de la pluma y no sabe quién fué Espartero.

El director ve en el aspirante á crítico un joven dispuesto á producir escándalos y á amenizar con sus desvergüenzas las columnas del periódico, y le abre los brazos.

Desde aquel día el joven campa por sus respetos y llena cuartillas y más cuartillas para decir que todos los autores dramáticos son unos brutos, y que los únicos que saben escribir son él y una tía que tiene en Guatemala haciendo de monja.

Como nadie se cuida de contestar al crítico, ni hay quien se ocupe en leer sus lucubraciones, el muchacho va adquiriendo la errónea convicción de que sus argumentos son irrebatibles, y llega á decir en el café á los tres ó cuatro admiradores que le rodean:

—¿Habéis visto qué paliza le doy á Víctor Hugo en el número 14 de *La Ensaimada?*

—Sí, sí; bueno le pones.

—Pues ya veréis como no hay quien se atreva á contestarme.

Hay crítico de estos que abandona la pluma á los dos ó tres meses de profesión y se dedica á pedir pesetas prestadas, ó bien consigue un destino del Gobierno, y se sepulta para siempre entre los legajos de la oficina.

—¿No escribe usted ya?—se le pregunta.

—No, señor—contesta él—porque verá usted lo que son las cosas: mientras criticaba las obras de los literatos de reputación no he tenido el menor disgusto; pero un día me metí á censurar un prospecto que había escrito un boticario de la calle de la Lechuga, y por poco me estrella. Además mi mamá vivía en un ¡ay! desde que me había hecho crítico, porque con la fuerza de la sátira comenzó á salirme una erupción por todo el cuerpo.

Ahora dícese que se trata de establecer una academia para jóvenes críticos recién llegados de provincias. Por un precio módico podrá cualquier hijo de familia sin ilustración ni dotes naturales adquirir el baño de erudición que exige el oficio,

Hay quien vino aquí desde su pueblo para entrar de dependiente en una ferretería, pero lo pensó mejor y se fué derecho á la prensa, donde hizo su presentación en esta forma:

—Venía á ver si hacía falta un crítico barato.

—Hombre, no—dijo el director del periódico.—Lo que me hace falta es un ama de cría con leche fresca, porque va á dar á luz mi señora.

—¡Caramba! ¡Cuánto siento no poder servir para el caso! Pero si usted quiere puedo quedarme como crítico y como niñero.

—Enhorabuena; quédese usted.

Y el crítico escribía por las mañanas en la redacción y por las tardes sacaba á paseo á los niños; de modo que en aquella casa se le tomó una simpatía tan grande, que cuando sobraba carne del cocido, en vez de dársela al aguador, se la guardaban al crítico, y toda cuanta ropa desechaba el amo, para el crítico había de ser.

Hoy ocupa un puesto importante en la administración pública, merced á la protección de su amo, que aun le dice una vez que otra:

—Pepe, ahora que no le ve á usted nadie, límpieme usted las botas.

Cuando la crítica era privilegio exclusivo de los seres superiores, los simples mortales nos sometíamos respetuosamente á la censura ilustrada, y no osábamos levantar la voz en sentido de protesta. Hoy que cualquier infeliz ejerce de crítico, como podría ejercer de sangrador ó de quitamanchas, leemos un artículo en que se nos pone de oro y azul, y en vez de entristecernos, nos echamos á reir.

No hace muchos días que fué á ver á un literato famoso cierto joven de la clase de críticos desengañados.

—¿Qué desea usted?—le preguntó el literato.

—Desearía entrar en un periódico, y usted podría recomendarme. ¿Me conoce usted?

—No, señor.

—Pues soy Honorato Barbilla, crítico.

—¡Ah, sí!

—He criticado las obras de todo el mundo y las de usted principalmente; pero veo que nadie me contesta y estoy decidido á abandonar el escalpelo..... Ahora busco una plaza en una redacción cualquiera.

—¿Para escribir los artículos de fondo?

—No, señor; para escribir las fajas. Me conozco bien y esto es lo único para que sirvo.

TENORIO.

Ya está ahí ese.
Ese es el tan reputado *Don Juan Tenorio.*
Con la aparición de las castañas asadas coin-

cide siempre la presentación en ciertos coliseos del célebre burlador de Sevilla; pero este año el número de burladores es infinito.

Los hay de todas las fachas; altos, bajos, gordos, flacuchos y picados de viruelas; de modo que alguno no hace más que aparecer en las tablas y obliga á decir al espectador, por benévolo que éste sea:

—¿Pero ese es Don Juan Tenorio? ¡Caramba! Pues si se parece muchísimo á una prendera de la calle del Carnero.

—Hombre—suele replicar algún amigo del interesado.—Debe usted comprender que acaba de salir de una gástrica y conserva algo la hinchazón; que lo demás, hay poquitos que midan «el verso» como ese hombre.

—¿Él, dónde ha estado hasta ahora?

—Estuvo en Torrejón, trabajando «á sastre», y además hacía *dracmas* en una *sociedaz* de *aficionaos*, pero donde tiene usted que verle es en el *Puñal del Godo.*

—¿De qué godo?

—Silencio, que no se oye—interrumpe un espectador poniéndose de pie y lanzando una mirada de odio profundo á los alborotadores.

No hay Tenorio como el del Español, según dice la gente clásica.

Á este teatro acuden las personas profundamente madrileñas que han visto trabajar á Ca-

prara y dicen hoy, haciendo un gesto de suprema amargura:

—¡Qué tiempos aquellos! ¡Aquél sí que era un *axtor* de riñones! ¡Qué manera de coger á doña Inés por las enaguas y de echársela al hombro, como quien coge un baúl!

Los revendedores hacen su agosto en la plaza de Santa Ana, porque todo madrileño de buena cepa tiene que ver el Tenorio del Español; de lo contrario creería faltar á uno de los más dulces preceptos religiosos.

Aquel teatro tiene un carácter especialísimo; diríase que allí hasta los acomodadores huelen á Comendador, y parece que sólo en aquel tablado pueden resonar los cantos funerales

Ó salmos penitenciales

que entonan entre bastidores dos bajos de nacimiento, acompañados por un piporro.

—¡Comendador! ¡Que me pierdes!—grita el héroe del drama en un momento de furor.

Y el público contiene la respiración y clava los ojos en D. Juan, que medita la barbaridad gorda.

Concluído el acto, durante el cual han fallecido de muerte violenta el Comendador y D. Luis Megía, el público se entrega á todo linaje de comentarios.

—¡Qué hombre más terrible!—dice una seño-

rita color de salmonete pálido, procurando contener los nervios.

—Hay alguna *desageración*—añade un caballero de principios profundamente morales.—En las comedias siempre aumentan.

—No lo crea usted—interrumpe la mamá de la señorita antes citada.—Los hombres, en un pronto, son capaces de cualquier cosa. Que le diga á usted mi hija lo que nos pasó con un huésped que tuvimos en la calle de la Paloma. Sólo porque le quemamos con la plancha un cuello postizo, sacó el revólver y nos disparó siete tiros. Nuestra suerte estuvo en que era muy corto de vista.

—¿Y no mató á nadie?

—No, señor; casi todos los tiros fueron á dar sobre una perdiz disecada que teníamos en el comedor. Era lo único que nos quedaba de mi difunto esposo.

—Ah, ¿usted es viuda?

—Sí, señor; y por eso estas comedias fuertes me impresionan mucho, porque la que ha estado en relaciones como yo trece años sin poderse casar porque se oponía mi familia, comprende lo que ha debido sufrir D. Juan Tenorio.

—Sí; el Comendador era algo bruto, mejorando lo presente—objeta el caballero moral.

—Cuánto más le valiera dejar que se casara la chica, y puede que D. Juan se hiciese hombre de bien, como pasó con uno de mi pueblo que tenía

muy mala cabeza, y un día cogió á la criada y se vino con ella á Madrid..... Pues ahora le tiene usted empleado en el Ayuntamiento con 14 reales, y no hay quien pueda decir que le debe á nadie el valor de un alfiler.

Para persuadirse de la influencia que ejerce sobre el público el famoso drama de Zorrilla, basta asomarse al anfiteatro del Español. ¡Qué caras tan simpáticas! ¡Qué expresión de profundo entusiasmo hacia D. Juan Tenorio! ¡Qué exclamaciones de júbilo cuando al final sale doña Inés y se lo lleva al cielo después de haber hecho tantas picardías!

En fin, que sale uno del teatro dispuesto á reventar al primer comendador que se le ponga delante.

Lector, ¿quieres que tu hijo adquiera el vigor necesario para ser un héroe el día de mañana? Pues abónale á los toros, llévale con frecuencia al juego de pelota y dale una ración de Tenorio todos los años.

PERRERÍAS.

Todas las personas aficionadas á perro han gozado lo que no es decible con la Exposición que se ha celebrado en el Retiro.

Allí hay perros de todas clases: desde el *bulldog*,

que más que perro parece un guardia de orden público afeitado, hasta la galga inglesa de hocico estrecho y mirada lánguida, que nos hace recordar á esas señoritas anémicas que van á beber agua ferruginosa á la Casa de Campo.

Aun no se ha generalizado entre los que tienen perro la costumbre de exhibirlo en los certámenes, porque hay personas modestas que huyen de la celebridad y del bombo público; pero conocemos algunas señoras que dicen estos días, estrechando contra su corazón á sus amantes falderillos:

—Ven acá, tú, rico del alma, que voy á llevarte á la Exposición para que se mueran de envidia todos los perros de este mundo.

Porque no hay amor más exagerado que el que sienten por los perros algunas personas finas.

Hemos conocido uno, perteneciente á un matrimonio sin hijos, que comía á la mesa con babero y tomaba parte en todas las conferencias de los esposos. Cuando éstos tenían visita, el primero que se presentaba era el perro, á quien colmaba su dueña de toda clase de caricias.

—Celín, ven acá, hermoso, dale la mano á este caballero—decía la señora.—No tengas miedo que es un amigo de casa, y te va á dar un terroncito, porque te quiere mucho..... Mire usted, mire usted qué mono se pone, y cómo lo agradece con los ojos. ¿Con quién le encuentra usted parecido?

—Señora, no sé.....

—¿Conoce usted á Martínez, el que tiene la fábrica de velas en la calle del Colmillo?

—No, señora.

—Pues es su vivo retrato; sólo que aquél tiene la mirada menos intensa..... Al pobrecito le hemos tenido á la muerte días pasados, por culpa de la cocinera. El es loco por la coliflor rebozada; pero le hace mucho daño, y el otro día, mientras yo le estaba haciendo una mantita para andar por casa, se subió á la mesa de la cocina, á riesgo de caerse, y estuvo comiendo coliflor como una persona.

—¡Pobrecito!

—¡Ay! ¡No sé cómo hay quien haga daño á estos inocentes!

En fin, en aquella casa no se habla más que del perrito, y el animal parece que lo conoce y abusa de su posición, ladrando á todo el mundo y mordiendo todos los pantalones que encuentra al paso.

—Guau, guau.

—¿Muerde?—pregunta usted con escama.

—No, señor; no muerde más que á los picados de viruelas, porque le trae á la memoria la imagen de una perra á quien aborrece.

Menos mal cuando los perros no salen de su domicilio. Lo grave es encontrárselos en los establecimientos públicos, en compañía de sus dueños. Hay quien los lleva al café, á la iglesia y al tea-

tro, como quien lleva un tío recién llegado de provincias ó un diputado á Cortes que no conoce la localidad. Á lo mejor el perro se le sube á uno á las narices, apoyando las patas en nuestros hombros, y decimos de mal talante:

—¡Caramba con el perro éste! ¡Eh, chucho!

Y entonces contesta el amo, un poco ofendido en su dignidad:

—¡Hombre! ¡Ni que le fuera á usted á comer! Es un animal muy cariñoso, y se conoce que le confunde á usted con el carbonero, que también es rubio, y siempre que le ve juegan los dos un rato.

Esos perros de café son inaguantables, porque meten las narices en los bolsillos de los parroquianos, ó bien se suben á los divanes para lamer la mesa, con gran regocijo de sus poseedores, que celebran la gracia, y aun les ayudan en sus tareas inocentes.

—Verá usted, verá usted cómo escondo este terrón en el bolsillo de cualquiera de ustedes, y qué pronto da con él..... *Tom*, aquí, ¡búscalo!

Y el perrazo comienza á husmear, introduciendo la cabeza en todos los bolsillos y ladrando desesperadamente.

—¿Por qué trae usted el perro á estos sitios?—pregunta uno.

—¿Dónde quiere usted que lo deje? ¿En casa para que se muera de melancolía? No, señor; el

perro es un animal muy noble, y el que tiene perro debe cuidarlo, que es lo que hago yo.

—Corriente, pero á mí me ha mordido dos veces en los pantalones.

—Eso lo hace jugando. Mire usted cómo tengo esta pantorrilla. ¿Ve usted los dientes aquí señalados? Pues son los suyos; en cuanto me ve en la cama, viene de pronto y me muerde, para que me ría y le deje subirse.

—¿Y se sube?

—Sí, señor; unas noches duerme conmigo y otras con la criada. Le hemos acostumbrado á eso, porque antes se aburría y andaba por casa comiéndolo todo. Una noche se comió un corsé encarnado de mi cuñada, creyendo que era carne con hueso para el cocido.

Nos parece bien que haya Exposición de perros, porque allí no estorban á nadie; pero nos parecería mejor que cada uno los tuviera guardados en su casa, después de terminado el certamen, á fin de evitarnos nuevos disgustos á los que andamos por ahí y tenemos que soportar las perrerías del mundo.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ÍNDICE.

	Páginas.
Amado lector	5
El divorcio	7
Los que pintan	13
Cosas de los genios	19
Personas comunicativas	25
Ventajas de los toros	31
Corresponsales	37
Sic vos non vobis	43
Cambio de ministerio	49
Cabos sueltos	55
Cosas tristes	61
Personajes célebres	67
Reformas	73
Seres superiores	79
Los estrechos	85
Funcionarios	89
La instrucción á mojicones	95
Los goces del hogar	99
Inclinaciones	105
Escenas de familia	111
Brujerías	117
Los hombres serios	123
El tío millonario	127
Ventilar el honor	133

Páginas.

Producción nacional..... 139
Aquella niña..... 145
Mejoras..... 153
Petitorios..... 157
Nuestros representantes..... 163
Matrimonios..... 167
Vida íntima..... 173
Especialidades..... 177
Peligros parlamentarios..... 183
Petardos..... 189
Personas serviciales..... 195
Gimnasia casera..... 201
Los escogidos..... 205
Hombres importantes..... 211
Archena..... 217
Visitantes..... 223
Nuestros tranvías..... 229
La fiebre del día..... 235
Aguinaldos..... 241
El jefe..... 247
Críticos nuevos..... 253
Tenorio..... 259
Perrerías..... 265

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

JUN 19 1940

FEB 10 1941 M

AUTO. DISC.

AUG 1 5 1990

LD 21-100m-7,'39(402s)

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003324998
YB 43
170362
Taboada